

*Selecta*

JIMENA  
COOK

*La promesa*

LOS CABALLEROS DEL TIEMPO III

# La promesa

Libro 3. Los caballeros del tiempo

*Jimena Cook*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A mi madre, la mujer que más admiro y quiero. Siempre en mi corazón.*

## Prefacio

*“Hace mucho tiempo nos hicimos una promesa, un compromiso entre tú y yo, un pacto de amor que ni el tiempo ni el espacio han sido capaces de romper. Ambos sabemos que volveremos a estar juntos. A pesar de todo lo que nos suceda, nuestra promesa prevalecerá y nada ni nadie podrá romper nuestro juramento hasta que regreses a mí... Ahora puedo sentirte, sé que estás ahí... ¡Vuelve a mí!*

*Allí dónde tú estés, amor mío, te encontraré”.*

## Prólogo

—¿Dónde estoy? —pregunté a la mujer despeinada y con ropa del siglo XI que tenía frente a mí. Ella, al escucharme, se giró para mirarme.

—¡Vaya pregunta! Lo sabe muy bien, lady Katherine. No se demore, él la está esperando —continuó andando a paso ligero.

—Él, ¿quién es él?

—¿Se puede saber qué le pasa hoy, señorita? Su padre se lo explicó antes de que abandonáramos Dunnottar. Por favor, no hable, ya sabe que no debemos llamar la atención y tenemos que pasar desapercibidas. —Se puso la caperuza de su capa marrón para ocultarse tras ella. Se detuvo, estaba frente a mí—. ¡Cúbrase! No la pueden reconocer. Nadie debe saber, ni siquiera él, que es la primogénita del conde de Dunnottar. Recuerde las palabras de su padre, en el momento que descubran su identidad no dudarán en matarla.

No entendía nada de lo que me estaba pasando, preferí no hacer más preguntas. La imité, me cubrí con la capucha de mi capa negra. La noche era fría y húmeda, y la niebla cada vez más espesa en un bosque desconocido para mí.

A pesar de la oscuridad, la mujer conocía a la perfección el camino que debíamos seguir. Llevaba una antorcha que iluminaba el suelo que pisábamos. Después de mucho caminar llegamos a las proximidades de un río, se detuvo.

—Esto no me gusta —susurró.

—¿El qué? —le pregunté asustada por la incertidumbre y desconcierto de la

situación.

—Su caballo no está. No se mueva —ordenó.

Pero yo era incapaz de obedecerla. La seguí con sigilo y en ese instante ambas lo vimos. Junto a la ribera del río yacía muerto un hombre de avanzada edad, un hilo de sangre recorría su boca. Ella se giró, apagó su antorcha. Tapé mi rostro con mis manos al ver la imagen.

—¡Le dije que no se moviera!

—¡Está muerto! —dije asustada.

—Sí, lo han asesinado y el ejecutor no debe estar muy lejos de aquí. Debemos regresar otra vez a Dunnottar. —Escuchamos el relinchar de varios caballos.

—¡Corra, señorita! ¡Están aquí!

Sentía su presencia muy cerca de mí. La mujer se detuvo, me señaló unos arbustos tras unos árboles. Nos escondimos allí, entonces los vi, tres jinetes ocultos tras sus capas negras detuvieron sus caballos y uno de ellos desmontó de su corcel; observaba, presentía nuestra presencia. Una ráfaga de viento retiró su capucha mostrando su rostro, me asusté al verlo, tenía quemada una parte de su cara. Volvió a montar en su caballo e hizo una señal a sus acompañantes para continuar en otra dirección. Me percaté que los tres caballeros llevaban un anillo de oro con un rubí incrustado en el centro en el que había tallado un dragón.

—¡Uff, eran ellos! Esta vez los hemos despistado, pero vienen a por usted. Regresamos a Dunnottar. —Cogió su alforja y me la dio—. Tiene que llevarlo usted. —Me miró con sus grandes ojos azules—. Lady Katherine, es nuestra salvación, ya lo sabe. El manuscrito y amuleto del que le habló su padre están dentro del bolso, protéjalo con su vida —dicho esto se quitó un cordón de cuero del que colgaba la cruz de David, me la puso—. La protegerá, pero jamás lo deje a la vista de nadie. Ahora, ¡dese prisa!, tenemos que llegar antes de que amanezca.

Atravesamos el bosque con cautela, podía sentir la respiración de los

guerreros tras nosotras.

¿Qué ocurría? No entendía nada, debía ser una pesadilla, pero era demasiado real como para engañarme. Algo había pasado en la Torre de Hércules mientras contemplaba el destello de luz que proyectaba el faro. La niebla era espesa y la oscuridad de la noche había irrumpido con brusquedad. Recordé que sentí una fuerza que me empujaba y me forzó a caer al suelo en el momento que decidí regresar a mi casa, cuando me quise incorporar mis manos estaban sobre tierra húmeda, mi ropa no era la misma y me encontraba en un bosque con la mirada severa de una mujer quien se dirigía a mí con otro nombre, Katherine.

—¡Dunnottar! —dijo la anciana señalando en la lejanía.

Alcé la mirada y divisé una gran fortaleza desafiante al borde de unos acantilados, un lugar estratégico para una buena defensa. Los primeros rayos de sol aparecieron en el horizonte, la luz intensa me cegó, entonces volví a sentir la misma fuerza.

Me dolía la cabeza, abrí los ojos y allí estaba otra vez, en la colina donde se levantaba desafiante la Torre de Hércules. La intensa claridad me deslumbraba, oculté mis pupilas con el brazo.



## Capítulo 1

—¡No entiendo por qué tuvo que hacer esa promesa, padre! ¡No estoy dispuesto a aceptarlo!

—Aldan, no nos queda más remedio que cumplir con nuestro deber. Tú sabes muy bien que son tiempos difíciles, ellos quieren guerra. Eres consciente de que el joven rey tiene muchos enemigos, entre ellos el conde de Leicester, Simón de Monfort, un maldito inglés, ambicioso y con mucho poder. Él quiere el trono y hará lo que sea por conseguirlo. —Mi odio hacia el conde de Leicester es indiscutible—. Monfort quiere acabar con todos nosotros y está dispuesto a sembrar la discordia entre los escoceses y centrar la atención del rey inglés en contra nuestra. Está planeando un perverso plan para hacerse con nuestras posesiones.

—Eso lo sé, padre, pero yo debo estar con mis hombres, luchando por la defensa de nuestras tierras. —Miré a los ojos a mi progenitor—. Los ingleses violan a nuestras mujeres y se apropian de nuestro ganado y cosecha. No quiero acompañar a un muchacho hasta Kinloss mientras sé que mi brazo y espada pueden hacer falta en cualquier momento. —Golpeé con mi puño la mesa de madera que me separaba de él—. Los Mackenzies nos apoyan y sus hombres se sumarán a los nuestros para proteger nuestros intereses. Yo quiero y debo estar allí.

—Aldan, no es un tema que haya que debatir, es una orden. Como jefe del clan y padre tuyo debes obedecerme —respondió con energía—. Solo tendrás

que asegurarte que el chico llegue sano y salvo hasta la abadía que está al borde de los acantilados, uno de los frailes que allí habitan os estará esperando y se encargará de él. —Guardó silencio y bajó su rostro—. Murdor te acompañará. —Se sentó, estaba débil y muy enfermo—. Me estoy muriendo y no quiero irme a la tumba con esta amargura.

—¡No diga eso, padre! —Aunque era obvio que no gozaba de buena salud, no me gustaba escuchar de su boca la palabra muerte—. ¿Qué es lo que me oculta? ¿Por qué es tan importante ese joven?

—Ya sabes de la maldición de nuestras tierras, él es el único que nos devolverá la paz. —Me miró con expresión de súplica—. El conde de Dunnottar ha confiado en mí, ya sabes el vínculo que une desde hace años a los Macrae con los Dunnottar.

—¿Qué relación tiene ese joven con el conde?

—No puedo decirte más, todo lo sabrás a su debido momento.

—¡Uff! —Me movía nervioso y molesto de un lado para otro—. Está bien, pero solo hasta Kinloss.

—Has tomado la decisión correcta. Solo lo puede hacer un Macrae.

—Llevar y proteger a un muchacho es algo que puede hacer cualquiera —le dije con resignación.

—Pero no es un simple muchacho, lo persigue la orden del Dragón y, por lo tanto, ya sabes quién está detrás. Además, ese manuscrito que guardas también deberás llevarlo contigo para dárselo al fraile.

¿El manuscrito? Hacía tanto tiempo que lo había ocultado que ya no me acordaba de él. ¿Cómo se había enterado mi padre? Solo lo sabíamos los de la orden de Los Caballeros del León. Me giré con rapidez para estar frente a él.

—Lo sé desde hace tiempo, Aldan. El libro donde está oculto cayó en mis manos. Recuerda que fui miembro de la Orden, sé la importancia de lo que esconde.

—No puedo deshacerme de él, le prometí a Korvan que lo guardaría en un lugar seguro.

—Ha llegado el momento de desprenderte de él. Mandaré un mensaje a los caballeros de la orden para que sepan de tu partida con el manuscrito y la protección del muchacho, ellos también deben saberlo. Él es nuestra salvación, tiene la llave para que haya paz en las Tierras Altas. En su poder está la otra mitad del manuscrito. —Hizo una pausa y me miró—. Y tú, hijo mío, eres el elegido para esta misión, debes proteger al muchacho con tu vida si fuese necesario. —Estaba preocupado—. Simón de Monfort quiere encontrar al muchacho y sospecha que nosotros lo protegemos.

Sabía que el conde de Leicester barajaba la idea, desde hace mucho tiempo, que una de las partes del manuscrito estaba en manos de uno de los caballeros de la Orden, solo éramos cuatro, con lo que hacía incursiones muy a menudo en nuestras tierras. Korvan ya me alertó de ello, sospechaba que algo sabía y nos tenía vigilados. Ahora, por lo que me había dicho mi padre, también sabía de la existencia del chico y de la otra parte del documento sagrado. Si me iba del castillo el manuscrito debía ir conmigo. Sospechaba que en mi ausencia podría aparecer el conde de Leicester y aprovecharse de la debilidad de mi padre para sus sádicos fines.

## Capítulo 2

La joven se les había escapado. Hernes estaba enfadado y cargó su ira contra los otros dos jinetes que estaban con él.

¡Inútiles!, pensó. En realidad sabía que lo tenía que hacer solo, pero se había vuelto a unir a la orden del Dragón porque sospechaba que tarde o temprano Juan de York aparecería en escena.

Había estado tres años en Francia persiguiendo su rastro. Quería el libro secreto que él escondía y estaba bajo su poder. Pero ese abad era muy astuto y siempre conseguía permanecer oculto. Además, él sospechaba que York había ido a Francia buscando una de las partes del manuscrito, y también intuía que sabía dónde encontrarlo.

Esta vez lo mataría, lo tenía pendiente. La maldición seguía persiguiéndolo, debía acabar con la mujer que continuaba con la estirpe de esa bruja. Creyó que era la joven portadora del anillo, pero ahora estaba convencido que lady Katherine era la última descendiente de la hechicera. Sí, la hija del conde de Dunnottar debía morir, pensó. Lo averiguó cuando se topó con esa anciana, iba camino a Dunnottar, al ver su mirada de temor sospechó que algo ocultaba y así fue, su olfato de cazador nunca le fallaba. Entre sus manos escondía un pergamino firmado por el conde y donde se podía leer:

*“Begira, mi hija corre peligro. Hay que proteger su vida y lo que le pertenece desde hace mucho tiempo. Ella es la única que nos podrá salvar de la guerra y devolver la paz en nuestras tierras. Te necesito. Recuerda la*

*profecía. Debes venir cuanto antes”.*

Él la miró y prefirió dejarla escapar, ella los llevaría hasta la joven, la seguirían sin que se percatase de ello. Dunnottar estaba muy vigilado por los soldados del conde, pero Hernes no temía a nada ni a nadie, se consideraba invencible.

Miró a los dos jinetes, estaban alrededor de la lumbre. Tenía que deshacerse de ellos. Debía ir solo.

## Capítulo 3

— ¡Mónica! ¿Se puede saber dónde has estado? ¡Mira cómo vienes! — dijo Sara, mi amiga de la infancia.

En ese momento es cuando fui consciente de mi aspecto, estaba sucia y tenía el pelo revuelto y enredado.

— ¡Uff! Pues si te digo la verdad, no lo sé.

— No regresaste a casa. Rodrigo estuvo esperándote en el sofá y, la verdad, ya sabes que no me gusta tener a tu noviete rulando por aquí. ¡No lo soporto!

— Me sentí indispuesta y perdí el conocimiento. — Me autoconvencí que había sido así.

Estaba agotada, me fui directa a la habitación para descansar. Sara se interpuso en mi camino.

— ¿Se puede saber adónde vas?

— A la cama, estoy agotada.

— ¿Ya no te acuerdas? ¡Me lo prometiste!, iríamos al mercado medieval.

¡Era cierto! Le había jurado acompañarla por los alrededores de la plaza de María Pita donde habían puesto el mercadillo.

— Déjame que me duche y enseguida nos vamos.

Sara me miró con interés.

— ¿Y ese bolso? Nunca te la había visto. ¡Me encanta!

Entonces es cuando me di cuenta que llevaba la alforja de cuero cruzada, la misma que me había dado la anciana. Empecé a ponerme nerviosa. ¿Qué es lo

que estaba ocurriendo?

Entré a mi habitación, me quité el bolso, lo abrí, había un documento antiguo. Examiné el manuscrito, se trataba de una serie de círculos concéntricos que eran la continuación de otra hoja que faltaba para que el dibujo se completase, estaba arrancado adrede. Alrededor de las líneas circulares había escrito frases en un idioma que desconocía. Me asusté. Llevé la mano derecha a mi cuello y lo toqué, el colgante con la cruz de David estaba ahí.

¡Dios mío, qué está sucediendo! Cogí el amuleto, era una piedra pulida con forma cuadrangular; por una parte había un símbolo en forma de hélice rodeada por un círculo, por la otra parte tres líneas paralelas coronadas con tres círculos. ¿Qué significaba aquello? Lo volví a guardar todo en la alforja, la escondí en el cajón de mi mesilla de noche. Tenía un fuerte dolor de cabeza.

Había mucho ambiente, música celta de fondo, juegos, puestos y todo muy recreado de la época. Sara estaba entusiasmada, pero yo no podía olvidarme de todo lo que me estaba pasando. Sara se encontró con unos amigos de su trabajo, a mí no me apetecía quedarme allí, así que me puse a caminar por los puestos; me gustaba ver los objetos que vendían. Me detuve en uno de hierbas medicinales.

—Es muy bueno para los resfriados, señorita —me dijo una joven de grandes ojos azules que estaba tras el mostrador—. Y esta para el dolor de cabeza.

—Gracias. —Sonreí.

—Y estas para el mal de amores. —Me guiñó un ojo.

—Bueno, por el momento no la necesito.

—¡Uy! Pues muy pronto la necesitará.

No entendí muy bien por qué decía eso. Ella se dio cuenta de mi expresión de asombro.

—Perdone, a lo mejor le ha molestado mi comentario. Era solo un

comentario. No me haga caso.

—No me ha molestado. Quizás tenga usted razón y me arrepienta de no haberle comprado las hierbas. —Ambas reímos.

—¿Viene sola? —me preguntó.

—No, estoy con mi amiga.

—¡Ah! Pues la está buscando.

—¿Cómo? —dije sin saber a lo que se refería.

—Sí, allí. —Señaló a una muchacha morena vestida de negro. Tenía el pelo recogido en una trenza. Su mirada estaba fija en mí. Sentí un escalofrío al verla. Desvié la mirada y a los pocos segundos volví a observar y allí seguía, inmóvil, escrutándome.

—No, ella no es mi amiga —respondí.

—¡Ah!, perdone, creí que la conocía.

Decidí continuar paseando por las diferentes casetas. Miré hacia atrás y no vi a Sara. ¿Dónde se habría metido?, pensé. Me percaté que esa mujer seguía mis movimientos a cierta distancia, mantenía su mirada fija en mí. Aceleré el paso, giré en la primera esquina y decidí esperarla allí, tenía que saber el motivo por el que me seguía. Transcurrieron unos segundos cuando pasó delante de mí. Me puse tras ella.

—¿Por qué me persigue?

Ella se detuvo en seco y giró con lentitud hasta posicionarse frente a mí. No respondió a mi pregunta.

—¿Qué quiere de mí? —volví a increparla.

Sin decirme nada, metió la mano en su bolsillo y extrajo una medalla con forma cuadrangular, me la mostró, en cada una de las caras había un amuleto, los mismos que tenía yo en mi poder. Mi rostro se tensó. Todo mi cuerpo temblaba. ¿Qué significaba?

—Los reconoces, ¿verdad? —me dijo.

—No entiendo nada —dije. En realidad estaba asustada después de los acontecimientos de la noche anterior.



—Sígueme, aquí no podemos hablar. —Miraba para todos los lados temerosa de que nos estuvieran observando.

Mi mente se debatía entre la desconfianza hacia esa joven extraña y la gran curiosidad que sentía por saber qué era lo que me quería decir. Ella, al percatarse de que no la seguía, estaba inmóvil, se detuvo, alzó la mano e hizo un gesto para que fuese hacia donde estaba.

Me guió por las calles empedradas y estrechas de los alrededores de la plaza. Nos metimos por callejuelas hasta detenernos frente a una puerta de madera, la abrió y me miró.

—Venga conmigo —dijo.

Entramos a una tienda de objetos antiguos, atravesamos la estancia hasta acceder a una habitación oscura, tan solo una tenue luz de una lámpara iluminaba el pequeño recinto. Una anciana sentada en el centro de la sala nos miró, la joven se giró para observarme.

—Ella te está esperando —me dijo la muchacha. Después se marchó.

—Por favor, siéntate —ordenó la anciana.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—Enseguida lo sabrás —respondió.

Me acomodé en una silla frente a ella. Sin decir nada cogió una baraja de cartas del tarot, colocó tres cartas sobre la mesa boca abajo; después extrajo otra baraja de cartas, seleccionó otras tres y las alineó por encima de las otras. Levantó la vista y me miró.

—Elige una carta de la primera fila y otra de la segunda. —Obedecí—. Dámelas. —Dicho esto las levantó. Era un caballo de espadas y la carta de los enamorados. Apartó ambas—. Elige otra. —Me señaló de la primera fila. Seleccioné una y se la di, la levantó, me asusté nada más verla, era la figura del demonio. La mujer alzó su rostro, su expresión era de preocupación.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

Levantó las cartas que quedaban, una era el mundo y las otras dos tenían los símbolos del amuleto que estaba en mi poder.

—Una maldición te persigue, querida, debes elegir entre dos mundos. Solo podrás hacerlo cuando cumplas una misión que te fue encomendada.

—¿Qué maldición, qué misión? No sé de qué me está hablando.

—También veo una promesa que hiciste años atrás...

—¡Uff, me voy a volver loca! —Hice ademán de levantarme, pero ella me detuvo con su mano.

—Hay un hombre que se cruza en tu vida y está ligado a ti desde hace mucho tiempo... Él es el elegido para ayudarte a terminar la misión que nunca acabaste, deberás confiar plenamente en él, un caballero de honor cuya espada velará por ti en todo momento. Pero debes tener cuidado, el mal te persigue, algo oscuro te acecha, está muy próximo a ti.

—No sé qué hago aquí, no comprendo lo que me está diciendo.

—Espera, por favor, llevo varias noches soñando contigo y con estas dos cartas. —Señaló las de los símbolos del amuleto—. Sabía que hoy ibas a estar en el mercado, lo soñé, por eso mandé a Lidia a buscarte. —Hizo una pausa—. En mis sueños solo observo que te persigue un ser oscuro, quiere algo que está en tu poder. Veo dos vidas en paralelo y tú estás en ellas, presiento peligro inminente. —Me miró—. ¿Ves estas dos cartas? —Asentí—. Las tres líneas en paralelo las conocían los antiguos druidas como Awen, el nombre de una mujer de dos mundos, una armonía que se rompe y una elección que se tiene que hacer; pero Awen es el gran secreto druida, nadie logró descifrar el misterio oculto tras esas tres líneas. Muchos pensaron que representaban a tres mujeres, cada una de ellas con una misión diferente y unidas con un vínculo de sangre, ellas se encontrarán en alguno de esos dos mundos. —Miró al otro amuleto—. Y este otro con forma de hélice y un anillo alrededor representa el renacer en otra vida, pero también la invisibilidad y la muerte. Una presencia que no ves ni percibes te persigue y no es de esta época.

—Ahora sí que me estoy asustando.

Le relaté todo lo sucedido la noche anterior. Fijó su mirada en la carta del caballero de espadas, después volvió a levantar la mirada.

—Lo sé, ayer yo soñé lo mismo, estuve allí —dijo la anciana.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunté.

—Hay algo del pasado que regresa a tu presente.

—No era un sueño, era muy real. Amanecí en la Torre de Hércules con un manuscrito y un amuleto.

—Tienes que ocultarlo, Katherine —me sorprendí que me llamase por ese nombre.

—¿Katherine? ¿Por qué me has llamado así? Mi nombre es Mónica.

—Para mí eres Katherine y así te llamaré.

## Capítulo 4

El abad, Juan de York, estaba nervioso, sabía que no podían reconocerlo. Tenía que caminar por la noche y esconderse por los senderos oscuros. Hacía dos días que había regresado de Francia y, por fin, sabía dónde podía encontrar el manuscrito. La clave la tenía él. Lo descubrió hacía mucho tiempo en la biblioteca de la abadía de Fountains. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Se repetía una y otra vez.

Todos estos años que el abad había estado en Francia le habían servido para dar respuestas a las incógnitas que dejó en suelo inglés. Ahora era cuando debía tener más cuidado. La orden del Dragón lo buscaba, quería su muerte, en Francia pudo despistarlos, pero en tierras inglesas no iba a ser tan fácil, estaban por todas partes, y sabía que ese bastardo, más que nadie, deseaba su muerte.

El astuto abad se cubrió con la capucha de su capa y se adentró por el bosque de Sherwood, lugar ideal para avanzar sin ser visto. Tenía que tener cuidado, desde la muerte del rey Juan el bosque estaba lleno de ladrones dispuestos a todo por un par de monedas, ese pensamiento lo hizo sonreír, él tenía algo para esos rateros. El viaje hasta Kinloss iba a ser largo y pesado. Suspiró. La niebla espesa y la abundante arboleda ocultaron su figura conforme avanzaba por los caminos húmedos y de difícil acceso.

## Capítulo 5

No entendía cómo mi padre había elegido la noche del juramento. Podía comprender que aprovechase la estancia del conde de Dunnottar para esconder al muchacho y a la anciana, pero esa noche no era la más apropiada para ello, llamaría la atención entre la servidumbre. Solo pensar en la idea de lo que se me obligaba a hacer me hacía hervir la sangre.

Observé por la ventana de mi habitación, el patio era un ir y venir de escuderos, soldados y sirvientes. Todo tenía que estar preparado para recibir a los miembros del clan y a sus mujeres; así como, a los nobles amigos de mi padre que venían a realizar el juramento de amistad y obediencia a Fionnla Macrae, mi padre, a cambio de protección, era el caso del conde de Dunnottar que venía acompañado de su hija, la anciana y el misterioso muchacho.

Decidí alejarme de allí, estaba nervioso e irascible, quería estar ejercitándome en la lucha con mis hombres contra nuestros enemigos, los amigos del rey inglés. Bajé con rapidez las escaleras, cogí mi caballo y tras pasar el puente de piedra me dirigí hacia la zona acantilada. La humedad de la espesa niebla traspasaba mis huesos, pero el frío no era un obstáculo para detenerme. Sabía que estaba anocheciendo y que muchos invitados ya estaban asentados en el castillo, y a pesar de que yo debía ser el primero en prestar el juramento a mi padre esta vez no lo haría en ese orden, era mi forma de protesta ante lo que me encomendaba. Era consciente que al orgulloso y soberbio Fionnla no le sentaría nada bien mi comportamiento y que después,

en privado, me lo haría saber, pero era algo que no temía, nunca me había achantado frente a mi progenitor, un hombre distante y frío que jamás había dado muestras de cariño hacia su primogénito, el heredero de sus tierras.

Me puse al borde de los acantilados, desafiando a todos los elementos de la naturaleza. El viento soplaba cada vez más fuerte, pero apenas me movía a excepción de mis cabellos y el kilt. Grité, necesitaba descargar toda la rabia que llevaba dentro. Transcurrió bastante tiempo hasta que decidí regresar al castillo, irrumpí galopando a gran velocidad en el patio sin percatarme que una joven, acompañada de un caballero y una anciana, se ponía en mitad de mi camino. Esquivé a la dama, pero a punto estuve de llevármela por delante. Bajé del caballo con rapidez y fui a observar que estuviese bien. Me encontré a una joven de cabello negro, largo, despeinado por el viento. Su mirada estaba fija en mí, desafiante, pero me percaté que en las profundidades de sus pupilas había esa sombra de temor que tanto había percibido en mis contrincantes en los campos de batalla.

—¿Se encuentra bien?

No me respondió, estaba tensa, me dio la espalda y se puso a caminar en dirección al interior del castillo seguida de la anciana. El caballero de edad avanzada siguió con la mirada durante unos segundos sus pasos y después se centró en mí.

—Discúlpela, está agotada del viaje. Debo estar en la ceremonia del juramento que tendrá lugar en breve. —La actitud de la joven me había sorprendido. Si hubiese sido un hombre ese gesto hubiese acabado en pelea, un Macrae jamás permitía un desprecio así.

El caballero se alejó. La voz de Paul hizo que volviese a la realidad.

—Señor, su padre lo está buscando.

—Gracias, Paul.

Sabía que sería el último en prestar el juramento, iba justo a entrar en el salón de reuniones cuando me golpearon por la espalda. Puse mi mano en la empuñadura de mi espada y me precipité para girarme y ver quién estaba tras

de mí. ¡Otra vez era esa mujer! Se había chocado conmigo. Huía de alguien o de algo. Estaba claro que corría con alguna intención y su mirada estaba centrada en si la perseguían. Levantó su rostro para mirarme. Noté otra vez temor en ella. Era muy bonita. ¿Cómo no me había dado cuenta la primera vez que la vi? Sus expresivos ojos negros me observaban sin apenas parpadear.

—¡Otra vez usted! —dije.

Ella no respondió, en ese momento apareció la anciana, su mirada era severa.

—La ceremonia es en esa sala, lady Katherine —dijo la mujer. La cogió del brazo y la llevó al gran salón. Entré tras ellas. Las perdí enseguida de vista.

Avancé despacio, con mi mano puesta en la empuñadura de mi espada. Llegué hasta el lugar donde mi progenitor estaba sentado, lo miré, saqué mi espada colocando el filo en alto, me recliné apoyando una rodilla sobre el suelo y apoyé el filo de mi espada.

—Yo, Aldan Macrae, heredero del clan Macrae, juro proteger con mi espada a todos los integrantes del clan; así como a mi padre, Fionnla Macrae —obvié la palabra obedecer, muchas de sus órdenes no coincidían con las mías y sabía que no siempre las acataría.

Mi padre se irguió mientras yo permanecía reclinado, se hizo un gran silencio. Me hizo un gesto para que me incorporase. Me observaba con intensidad mientras ambos bebíamos de la misma copa de vino. Entonces mi padre mostró su sonrisa más falsa y los sirvientes empezaron a desplegar sobre la gran mesa de madera con forma de U las viandas repletas de carne y verduras y la cerveza y el vino. Sabía que aquello no me lo iba a perdonar, pero yo no iba a jurar algo en contra de mis principios. Siempre seguiría los valores que me inculcó mi madre, una Macrae que me hizo comprender que las personas estaban por delante de la pertenencia a un clan.

Los trovadores animaban la fiesta. Pronto el silencio cesó y se empezaron a escuchar las risas y las conversaciones de las voces estridentes de algunos barones. Desde mi sitio buscaba a la joven de ojos negros. La vi sentada al

lado del hombre con el que había llegado y la anciana. Percibí que estaba ausente, no bebía y apenas comía.

Mi padre se acercó a mí y me susurró.

—Ahí está el conde Dunnottar con su hija. —Señaló al hombre que acompañaba a la joven—. Ella es lady Katherine, y la mujer que está con ellos es la dama que acompaña en todo momento a la joven. El muchacho también está en el castillo, escondido en los aposentos del conde. Pronto lo conocerás, a él solo lo puedes ver por la noche, por seguridad. Mañana, cuando el sol se oculte, partiréis en dirección a Kinloss. En ti están puestas todas nuestras esperanzas.

Así que esa era la hija del conde.

—¿Y el conde y su hija? ¿Regresarán a su castillo?

—Sí, de inmediato. Ellos corren peligro, sobre todo la joven.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Te habrás dado cuenta que es muy bonita, ¿no?

—Sí, bastante. No pasa desapercibida.

—Pues Simón de Monfort también piensa lo mismo. Se ha encaprichado de la joven y ya sabes cómo es ese bastardo, aunque su padre se haya negado a entregarle su mano, es un hombre que jamás acepta una negativa como respuesta y tiene el apoyo del rey de Inglaterra que justificará cualquiera de sus fechorías.

—¡Ese maldito! Hay que acabar con él. Hace pagar a los campesinos más de lo que pueden y tienen por trabajar sus tierras, se encapricha de nuestras mujeres y se enamora de nuestras tierras. Quiere apoderarse de todo lo que nos pertenece a la fuerza. Los acompañaré a Dunnottar antes de llevar al muchacho.

—No, Aldan, lo más importante es el joven. Si él llega a Kinloss, todos, incluidos la joven muchacha, estaremos a salvo. Nadie debe saber la identidad del muchacho, para el resto de los mortales el joven no puede hablar.

Lo miré extrañado.



—¿Hablar? ¿Por qué?

—Para que nadie lo someta a preguntas que puedan desvelar su identidad. Son muchos los que lo quieren, la orden del Dragón y Simón de Monfort están también detrás de él.

—Mañana, al anochecer, partiremos. En cuanto regrese me ocuparé personalmente de Simón de Monfort —le dije. Ese hombre ya nos había hecho bastante daño.

—De él nos ocuparemos a tu regreso, Aldan. —Fionnla bajó su mirada. Yo sabía que en realidad temía a que a mi regreso él no estuviese entre nosotros, estaba muy enfermo.

Se escuchaba la música, los caballeros y sus damas bailaban. La buscaba con la mirada, las palabras de mi padre bombardeaban mi mente. ¡Ese inglés!, pensé. Sabía que mujer que se le encaprichaba la tomaba sin miramientos, eso sí, la joven Dunnottar era de la nobleza y no podía actuar como lo hacía con las campesinas que trabajaban sus tierras. Pero si se había encaprichado de ella haría lo imposible por tenerla. No soportaba a ese hombre. Había algo en esa muchacha que me hacía sentir la necesidad de protegerla.

Ella no estaba. Fui a hablar con el conde Dunnottar.

—Disculpe, no sabía que usted era Aldan Macrae —me dijo el conde.

—Disculpas aceptadas. Yo desconocía que usted era a quien tenía que ayudar llevando al muchacho y a la anciana a Kinloss. —Le sonreí—. Estamos en paz.

—Le agradezco lo que va a hacer por mí. Es de suma importancia que el chico llegue a ese lugar. Ellos... —Miró para todos los lados y bajó su tono de voz, susurraba—. Imagino que ya sabe a quiénes me refiero —asentí—, quieren hacerse con el joven y lo que porta.

—Conmigo no tienen nada que temer.

—¡Ahí está! —exclamó—. Esta muchacha...

Miré hacia donde él lo hacía, estaba apartada del resto de los invitados. Intentaba salir al exterior. En ese momento se unió a nosotros la anciana que

venía con ellos. Algo en esa mujer me parecía familiar, era como si la conociese y no sabía dónde la había visto.

—Mi señor, lady Katherine no atiende a razones. Su hija es una cabezota.

—Lo sé, Begira.

¡Begira!, pensé, ese nombre me era conocido. Tenía que averiguar dónde había visto a la anciana.

—Begira —dijo el conde—, este hombre es Aldan Macrae, él os llevará a ti y... al joven —titubeó— a Kinloss. —El conde me miró—. No sé si le habrá dicho su padre que el joven solo caminará por las noches y descansará por el día. Es más seguro.

—Viajaremos también de día. Llevaremos un carro, en el interior podrán descansar él y la mujer durante las horas de sol. Quiero llegar cuanto antes a Kinloss —dije.

—Sí, es lo mejor. Cada día que pasa el peligro es más inminente.

—Ahí está, señor —interrumpió Begira—. Debe recriminarla, su comportamiento no es el apropiado de una dama. Además, es peligroso que siga actuando de esa forma.

El conde se dirigió hacia el lugar apartado del salón de la celebración donde estaba la joven. Yo observaba con curiosidad aquella escena, la anciana estaba detrás del conde, este la cogió del brazo a la muchacha mientras le recriminaba por su comportamiento. Tenía que sacarla a bailar, sentía curiosidad por conocerla. Me acerqué.

—Creo que me estoy mareando —dijo la joven—, me voy a caer. —Me asusté y enseguida le rodeé la cintura con mis brazos evitando que rodase al suelo.

Me puse de rodillas, la cabeza y hombro de la joven descansaban sobre mi pecho. Begira se acercó.

—Respire, lady Katherine. —La muchacha obedeció a la anciana.

El conde miraba asustado a la joven y Begira lo cogió del brazo y lo apartó. En ese momento Katherine me miró.

—¿Se han ido? —me preguntó.

—No, todavía siguen ahí —respondí sin entender a la joven, parecía como si todo lo hubiese simulado.

—Por favor, avíseme cuando se marchen.

—Creo que no lo harán hasta que no se recupere.

—¡Ah, claro...! Ya estoy mejor —dijo mientras se levantaba como si nada hubiese sucedido. Arqueé las cejas al verla y media sonrisa se dibujaba en mi rostro. Había fingido un mareo para que él no la siguiese amonestando por su comportamiento.

—Debería estar más aturdida —le susurré—, sino su padre se va a percatar que le ha mentado. —Se giró para mirarme.

—Créame que no me importa.

El conde y Begira se acercaron a nosotros.

—Si ya te encuentras mejor debemos entrar al salón —dijo el conde en un tono severo.

Los vi alejarse. Esboqué una sonrisa, esa mujer era increíble, diferente al resto de damas que estaba acostumbrado a tratar. Me divertía su comportamiento. Estaba decidido a buscar un momento para estar solo con ella.

—Disculpe, ¿me permite bailar con su hija? —Ella me miró con curiosidad, el conde estaba rojo de ira.

—Por supuesto. ¡Katherine! —le ordenó.

—No me gusta bailar —respondió.

Su respuesta me sorprendió. Alcé las cejas.

—¡Sal a bailar! —ordenó el conde—. Begira se acercó a ella y la cogió del brazo con fuerza llevándola frente a mí.

—¡Haz lo que te ordena tu padre! Después tú y yo hablaremos. —Dicho esto se alejó.

La miré con interés a sus bonitos ojos negros.

—¡No sé qué le hace tanta gracia, caballero! —me dijo.

—¿De verdad que no lo sabe? —Le sonreí y antes de que me respondiese la cogí de la mano y la llevé al centro de la sala a bailar. Me percaté que analizaba con curiosidad el kilt que llevaba puesto. Su mano estaba fría y me dio la sensación que temblaba. —La observé a los ojos, ella bajó su mirada con timidez—. ¿Qué teme, lady Katherine? Me tiene intrigado. —Levantó el rostro.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Tiembra y veo miedo en su mirada. Soy un guerrero y percibo esas sensaciones.

—Pues en esta ocasión se ha equivocado. Su instinto no funciona conmigo.

No pude contener una carcajada. Su respuesta me sorprendió. La música cesó y ella me miró antes de girarse dándome la espalda. La intenté seguir, pero en ese momento Lezley se puso delante de mí.

—Me has ignorado toda la noche, Aldan. —Me observaba con sus grandes ojos azules.

—Sabes que eso no es cierto.

—Sí, sí que lo es. Desde que regresaste de las tierras de los Maclean no me has prestado ninguna atención y ya sabes cuáles son mis sentimientos, Aldan.

—Lezley, querida, ya te dije que te aprecio mucho porque te he visto crecer en las tierras de mi padre, pero mi corazón no pertenece ni pertenecerá a ninguna mujer.

—¡Pero tendrás que casarte, Aldan! Tú serás el jefe del clan y tu obligación es tener herederos. Yo puedo ser tu mujer, sé que me terminarás amando.

—Lezley, no sigas más con este tema. Quiero que no barajes esa idea en tus pensamientos.

En ese momento iba a marcharme a buscar a la joven Dunnottar.

—Es por ella, ¿verdad? He visto cómo la mirabas mientras bailabas con esa mujer.

Me detuve, no me lo esperaba. ¿Qué estaba insinuando? Me giré para mirarla.

—Ya te he dicho que no hay ninguna mujer en mi vida, Lezley. —Me marché. No entendía a la muchacha, sabía de su atracción por mí, en más de una ocasión se había insinuado, pero yo no estaba enamorado de la joven y, aunque me atraía porque era muy bonita, no intenté nada con ella porque sabía que cualquier escareo con Lezley supondría una exigencia de su familia a que yo respetase su honor e hiciese lo que se esperaba del heredero del clan Macrae. No, no estaba dispuesto a casarme y menos con una mujer a la que no amaba.

Quería buscar a lady Katherine, el conde Dunnottar hablaba con mi padre y había visto marchar a la anciana hacia sus aposentos, pero ella no daba señales de vida por ninguna parte. Salí al exterior, a pesar de la época en la que estábamos, la noche era húmeda y fría. Observé y allí estaba. ¿Qué pretendía? Se alejaba del recinto protegido como si quisiera adentrarse en el oscuro bosque. Fui directo a ella, enseguida la alcancé.

—Fuera de estas murallas, milady, nadie podrá defenderla de los peligros que acechan ahí fuera. Y no solo me refiero a ladrones y maleantes, sino a los guerreros del clan Macdonald, enemigos nuestros... y créame que con las mujeres no tienen muchos miramientos y más si son amigas del clan Macrae.

Ella se giró para estar frente a mí.

—No pensaba alejarme de los muros de su fortaleza, solo deseaba pasear y pensar, aunque tampoco me dan miedo los guerreros Macdonald, no soy una mujer cobarde, Aldan Macrae. Además, solo es un paseo. —Me guiñó un ojo.

—¡Ja, ja, ja! Pues no creo que sea el mejor momento para hacerlo, con una fiesta como la de hoy, en la que muchos de los guerreros que han hecho el juramento beben hasta perder el sentido, es mejor estar dentro del castillo que fuera en la oscuridad.

—¿Qué está insinuando?

—No creo que le interese que le dé todo tipo de detalles. —Le sonreí.

—Pues fíjese que sí, me gustaría que fuese más claro en sus comentarios.

—Muy bien, milady, usted lo ha querido, voy a ser muy explícito en mi respuesta —dije mientras me acercaba a ella quien me retaba con su mirada

—. Muchos de esos hombres que están ahí dentro, ebrios, pierden los modales y las formas, no saben distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, si la ven a usted sola, en mitad de la noche, no dudarán en intentar besarla y hacerla suya, ¿me entiende ahora o quiere que aún sea más claro?

—No, ya lo he entendido, gracias. La verdad, no me sorprende, son todos unos bárbaros que se comportan como animales, he podido comprobar en su fiesta la grosería de esos hombres y sus modales. Seguro que usted justificaría ese tipo de comportamientos.

—No, jamás lo haría, no lo toleraría. Cualquier hombre, incluso de mi propio clan, que abuse o maltrate a una mujer lo mataría con mis propias manos y su cuerpo después sería expuesto a todo el mundo para evitar que alguien volviese a cometer tal atrocidad. De eso usted puede estar segura. —Arqueó las cejas ante mi comentario y se mordió el labio inferior. No pude evitar centrar mi mirada en su boca.

Se quedó mirándome con intención, se dio media vuelta y se puso a andar hacia el interior. Caminaba junto a ella.

—Me tiene intrigado —le dije—. No logro entender por qué tiene tan preocupados a su padre y la mujer que la acompaña. —Ella no contestó, seguía andando cada vez más deprisa.

—¿Qué es lo que teme? —le pregunté. Intuía que había algo que le hacía tener esa actitud de miedo en todo momento. Se detuvo en seco y se posicionó frente a mí, mirándome con intensidad a los ojos.

—En el supuesto caso que hubiese algo en mi vida que me preocupase o me hiciera temer algo, ¿usted cree que se lo contaría?, ¿a un hombre que no conozco de nada?

—¿Y por qué no? Su padre ha jurado obediencia y lealtad al jefe de los Macrae, con eso debería ser suficiente.

—Para mí no lo es. Si me disculpa. —Desapareció de mi vista. Me quedé observando cómo se alejaba de allí.

## Capítulo 6

Era él el que me iba a acompañar hasta Kinloss, me lo había dicho Begira. No daba crédito a todo lo que me estaba pasando. Esta situación tenía que tener alguna explicación, pero me resistía a pensar que no fuese un sueño, lo cierto era que cuando anochecía mi vida cambiaba, veía el fogonazo de luz que me transportaba a una época pasada, ¿qué significado tendría? Begira se empeñaba en decirme el peligro que corría. ¿Pero de qué peligro hablaba? Me explicó que tendría que llevar un atuendo de muchacho y que Aldan Macrae jamás debía sospechar que mi identidad no era la del chico que intentaba aparentar. No hablaría con nadie que no fuese ella y me apartaría de las miradas del joven guerrero para que no me reconociese.

Aquella mañana decidí ir a buscar otra vez a la anciana que soñaba conmigo y me había hecho esas revelaciones, tenía que encontrar alguna explicación.

Me adentré en la callejuela oscura y estrecha del día anterior. Observé desde la lejanía la puerta de la tienda, estaba abierta, pasé y observé que todo estaba desordenado e incluso había objetos en el suelo. ¿Qué es lo que ocurría?

—¡Hola! ¿Hay alguien? —grité. Nadie me respondía.

En ese momento salió la anciana, pálida y despeinada y observé que tenía arañazos en una de las manos.

—Tiene que irse de aquí lo antes posible, lady Katherine. —Otra vez ese nombre, no entendía por qué se empeñaba en llamarme así.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Él está buscándola.

—¿Él? ¿Quién es él?

—El hombre oscuro, aquel que desea su muerte y quiere la parte del manuscrito que está en su poder.

—Comprenda que no sé de qué me está hablando.

—Querida, ese hombre tiene la capacidad de traspasar la Puerta de los Hombres. Los antiguos druidas ya hablaban de un haz de luz que comunicaba dos mundos que estaban en distintas dimensiones y diferentes épocas. No todas las personas pueden traspasar esa línea, solo los elegidos. Tú eres una de ellas, pero ese hombre también. Él sabe que tú eres la mujer que posee el manuscrito. No sé ni cómo conoce tu identidad ni cómo ha llegado hasta aquí, pero es peligroso y en sus ojos está el deseo de sangre.

—Me está asustando.

—Tiene que ir a Inverness, después debe viajar hasta Kinloss. Allí encontrará las respuestas que busca. El manuscrito debe llevarlo a tierras escocesas. Yo intentaré estar con usted en la otra época...

—¿En la otra época...?

—Sí, ese es el viaje que ambas haremos en paralelo, dos dimensiones, dos mundos, dos épocas... debe ser así. Vaya a la capital de las Highlands y organice su viaje para encontrar una explicación a todo lo que está sucediendo. Lleve consigo el manuscrito, la piedra y el colgante de la cruz de David. Ahora... márchese, él puede estar por aquí.

—Pero no puede decirme esto y echarme sin más. Necesito respuestas. ¡No entiendo lo que me está pasando!

—No puedo decirle nada, tendrá que encontrarlas usted, lady Katherine. Cuando llegue el momento tomará una decisión que cambiará el rumbo de su vida. Irá descubriendo el sentido a todo lo que le está pasando. Eso sí, no confíe en nadie, no revele su secreto.

—¡Hum...! —No permitió que continuase preguntándole.

—Haga lo que le he dicho y márchese, señorita, aquí corre peligro.



Salí de la tienda. No entendía nada, miré para todos los lados, no había nadie. Salí despavorida de allí. ¿Cómo me iba a ir a Inverness?, pensé. Estábamos en junio y podría coger vacaciones, pero ir sola no me emocionaba. Se lo comentaría a Sara, seguro que se animaba a venir. Hacía mucho tiempo que me estaba insistiendo en que teníamos que hacer un viaje solas.

Rodrigo estaba en la salita de estar esperándome. Su gesto era serio, intuía que estaba enfadado. Tras los acontecimientos ocurridos apenas le había prestado atención.

—Ya era hora de que aparecieses por aquí —dijo Rodrigo.

—He estado muy liada con un nuevo proyecto para los niños en el colegio —mentí.

—Pero al menos podrías haber respondido a mis llamadas o a los Whatsapp.

—Tienes razón. Lo siento.

Caí desplomada en el sofá, estaba agotada. Él se acercó para darme un beso y yo lo esquivé. La verdad es que hacía mucho tiempo que no sentía nada por él. Su carácter dominante y posesivo había provocado que poco a poco me fuese desilusionando hasta que el amor, que en un principio sentía por él, desapareciese. Ahora solo le tenía cariño, y era consciente que debía ser sincera con él, aunque en ese momento no me apeteciese enfrentarme a la discusión que sabía que llevaría el terminar con nuestra relación. Sara entró en ese instante y fue mi salvación. Él, al verla, decidió marcharse, ambos no se llevaban nada bien. Cuando vi que Rodrigo cerraba la puerta y desaparecía, suspiré. Mi amiga me miró y se sentó a mi lado.

—¿Cuándo le vas a decir que no quieres seguir con él?

—Pronto.

—¿Pronto? ¿Eso es una respuesta? Él es una persona que no te hace feliz, te he visto más veces discutir con él que contenta y emocionada de disfrutar una

tarde con tu chico. Cuanto antes des el paso mejor.

—¿Te vendrías conmigo a Escocia?, ¿a Inverness? —Cambié de tema. Sara abrió los ojos, me miraba aturdida y sin reaccionar.

—¿Inverness?

—Sí, a las Tierras Altas. Las Highlanders.

—¡Pues claro! —dijo con una gran sonrisa. Ya sabes que siempre he sentido curiosidad por lo que llevan esos escoceses debajo de sus faldas.

—¡Sara! —Me reí por la ocurrencia de mi amiga.

## Capítulo 7

Era la primera vez que Hernes estaba nervioso. Nunca en su vida había sentido miedo por nada ni nadie, pero intuía que algo no marchaba bien. Era de noche y la niebla apenas dejaba ver la abadía. Hernes dejó su caballo por los alrededores y avanzó con sigilo hasta la puerta de entrada, se abrió con solo rozarla, lo estaban esperando. Allí estaba un fraile enjuto, de mirada fría.

—Llega tarde.

—Dije que hoy estaría aquí, pero no especifiqué en qué momento — respondió Hernes mirando al hombre que tenía frente a él.

El fraile se giró y guio a Hernes por los fríos y oscuros pasillos del lugar. Atravesó el corredor. Hernes podía oler el pan recién hecho que, desde la cocina, inundaba gran parte de los accesos a la abadía. Antes de entrar en el claustro, el fraile se giró con ligereza para observar de reojo al encapuchado que iba tras él, volvió a reanudar el paso. El tintineo del agua hizo que Hernes se centrara en la fuente que había en el centro de ese lugar. El fraile se detuvo frente a la puerta que daba paso a la iglesia. Ambos entraron al interior. El frío del lugar hizo estremecer a Hernes, su mirada se centró en las tres velas rojas que había en el altar, la única luz de ese lugar. Enseguida lo vio. El fraile se acercó al caballero arrodillado frente a la gran cruz de madera que colgaba de la pared, le susurró algo en el oído y se marchó. Hernes se quedó a la espera de algún movimiento por parte del hombre que estaba arrodillado. Enseguida se fijó que su espada estaba en el suelo y no se había desprendido de sus

guantes, sus botas estaban manchadas de barro reciente, con lo que Hernes sabía que no hacía mucho tiempo que él estaba allí. El caballero se santiguó y se irguió, se giró para estar frente a él, y Hernes vio su mirada de odio. Simón de Monfort cogió su espada y avanzó con lentitud.

—Él está aquí —dijo.

—Lo sé —contestó Hernes.

—Entonces, ¿qué estás esperando para traerlo ante mí? Sabes lo que quiero de él. Esa sanguijuela de York nos traicionó.

—Yo soy el primer interesado en coger a ese bastardo —respondió Hernes.

## Capítulo 8

—¿Dónde está el muchacho? —le pregunté a Begira que salía con rapidez de las cuadras. Se sobresaltó al escuchar mi voz.

—Él... está descansando, señor.

—¿Descansando? ¡Quiero verlo! Esta noche partiremos y deseo conocer al muchacho que tengo que proteger con mi vida.

Begira bajó el rostro, estaba nerviosa.

—Él chico está delicado. La luz le perjudica a su salud, por eso descansa por las mañanas y por las noches se hace visible; no obstante, durante el día será mejor que se oculte para no ser visto por los que lo persiguen. —Me miró con intención mientras los dedos de sus manos se entrelazaban.

—¡Por favor, mujer! ¡Ni que fuera una frágil dama!

—Señor, se lo ruego, respete sus costumbres y no intente alterarlas. Por el bien de todos. —Dicho esto se alejó corriendo hacia las cocinas.

No entendía nada. Podía comprender que fuese mejor empezar el viaje por la noche, siempre se pasaba más desapercibido, incluso que al muchacho nadie lo tenía que ver, pero tanto misterio y secreto en torno a él hacía que sintiese curiosidad. Por otra parte, el conde Dunnottar y su hija se habían marchado de madrugada, no me había despedido de la joven, ¡esa mujer!... Había algo en ella diferente del resto. En ese momento apareció Lezley, ella me vio y corrió con rapidez hacia donde yo estaba, no la esperé, continué andando hasta donde estaban mis hombres, necesitaba hablar con Murdor y con el resto. Sabía que

estaban ayudando al padre Lean en la ermita, ya que, debido a las fuertes lluvias, una parte del tejado se había desprendido.

—¡Aldan! —gritó Lezley.

—¿Qué quieres, muchacha? —Me detuve.

—¿Qué bien que todavía no te has marchado! Quería verte antes de que te fueras. ¿Cuándo regresarás?

—No lo sé, Lezley. Tengo que hablar con mis hombres. ¿Es algo importante lo que me tienes que decir?

—Te amo, Aldan. —Se acercó a mí, se puso de puntillas, me abrazó y me besó en los labios.

La retiré.

—¿Qué haces, mujer?

—Pero Aldan, antes te gustaba besarme.

—Lezley, sabes que nunca ha sido así. Tú eras la que me besabas, yo no respondía a ninguno de tus besos, es más, nunca te he dado esperanzas de que pudiera sentir algo por ti.

—Siempre pensé que llegarías a amarme y que acabarías casándote conmigo.

—Nunca te engañé, siempre te dije la verdad y lo sabes. Nunca me casaré con ninguna mujer. Discúlpame, muchacha, pero ahora tengo que ir con mis hombres.

Me alejé de ella, era una joven que siempre había estado obsesionada conmigo. Suspiré.

Murdor y Brod estaban en el tejado, y Balgair y Ailbert estaban teniendo una discusión con el padre Lean; el sacerdote me miró.

—¡Por fin! —dijo viniendo hacia mí con los brazos extendidos hacia el cielo—. Aldan, necesito que les digas a estos dos brutos que deben ser responsables de sus actos y que como los vea merodear a las jovencitas sin intención de formalizar la relación con ellas, los voy a obligar a casarse. — Los miró a ambos—. Voy a hablar de esto con Fionnla.

Balgair y Ailbert me miraron con expresión de súplica.

—Padre, no hace falta que hable con Fionnla sobre este asunto, le prometo que reprenderé a estos dos sobre su comportamiento.

—Eso espero, muchacho, porque si no me veré en la obligación de tomar cartas en el asunto.

El padre Lean se fue hacia el huerto que estaba cerca de la ermita, gruñía y movía la cabeza de un lado para otro. Sonreí, a pesar de ser un viejo cascarrabias, tenía buen corazón.

—¡Ja, ja, ja! —Rieron a la vez Balgair y Ailbert. Me puse frente a ellos.

—Como volváis a estar con jovencitas, yo mismo os obligaré a casaros.

—¡Eso no lo puedes hacer, Aldan! Además, ellas no se niegan a estar con nosotros —dijo Balgair.

—Pero pertenecen a nuestro clan, y si su honor se ve mancillado tenéis que responder ante el laird, eso lo sabéis.

En ese momento Murdor bajaba del tejado.

—¡Por fin ya está acabado! Ese viejo gruñón... Espero que esté contento con el trabajo que hemos hecho.

—Murdor, esta noche partimos —le dije. Asintió.

—¿Iros? —preguntó Brod.

—Sí —no les dije el motivo de mi marcha, mi orgullo me impedía sincerarme ante mis hombres, yo mismo me avergonzaba de aquello, cualquiera podía acompañar a un muchacho y me enfadaba tener que hacerlo yo.

Balgair y Ailbert se adelantaron y los tres se posicionaron delante de mí y de Murdor con los brazos en jarra.

—¿Por qué no podemos ir nosotros contigo? —dijo Balgair.

—No puedo llevar a más de un hombre, llamaríamos mucho la atención.

—Pues no lo entiendo —respondió Brod.

—La orden del Dragón está detrás del asunto que tengo entre manos y Murdor es el que más conoce a ese grupo. Os necesito aquí. Los hombres de

Simón de Monfort pueden visitar a mi padre y vosotros tendréis que protegerlo, está muy enfermo.

—¿Adónde te diriges? —preguntó Ailbert. Observé que se había puesto nervioso al mencionar a Simón de Monfort.

—A Kinloss. No debéis decir a nadie hacia dónde voy.

Ya había anochecido, el muchacho y Begira todavía no habían aparecido. Fui a ver a mi padre, pero antes le dije a Murdor que buscara a esos dos, teníamos que partir ya. Sabía que Fionnla estaba en el torreón, estaba muy débil y temía que en cualquier momento pudiese morir. Ascendí a grandes zancadas por las escaleras y llamé a la puerta con energía, no esperé a que me permitiese entrar. Fionnla estaba de espaldas a la entrada de la estancia, observando por la ventana que tenía frente a él.

—¿Cuándo partes? —me preguntó.

—En cuanto encuentre a ese muchacho y a la mujer que lo acompaña.

—Ten cuidado. —Se giró para estar frente a mí—. Asegúrate que el joven llegue a la ermita y entrega el manuscrito al fraile, tu parte del manuscrito también debes dársela.

—Sí, descuide, que todo se hará como usted ordena. Pronto estaré de vuelta.  
—Iba a marcharme.

—Espera, Aldan. —Se acercó a mí y posó su mano sobre mi hombro. Me miró con intensidad a los ojos—. Hijo, Monfort es muy astuto, tiene ojos en todas partes y su ambición y maldad son desmesuradas.

—Tranquilo, padre, he estado en situaciones peores. —Puse mi mano sobre la suya, me sorprendió su gesto ya que era la mayor muestra de cariño que me había dado desde que nací. —Bajó su rostro y se giró dándome la espalda y observando por la ventana.

—Sabes que estoy muy enfermo. El juramento de ayer en realidad fue para dejar claro que tú eres el nuevo laird del clan y la fidelidad que me



prometieron es un acto que también se extiende a ti, hijo.

—¿Qué me estás queriendo decir, padre?

—Que a partir de hoy tú eres el laird del clan Macrae. Mañana reuniré a todos los hombres y se los anunciaré, al igual que se los haré saber a los clanes amigos. —Hizo una pausa, respiró—. Me estoy muriendo, Aldan.

—Pero... ¡padre! —Me acerqué a él, pero se alejó de mí, no quería ninguna muestra de cariño por mi parte—. Ahora márchate y cumple con tu deber y obligación. —Siempre había demostrado esa frialdad y falta de sentimientos hacia mí. No quería seguir hablando conmigo. Me alejé de allí, dolido por su falta de cariño hacia mí y por sus palabras.

En el patio de armas estaban esperándome Murdor con Begira y el chico. Era la primera vez que lo iba a tener cerca, ellos dos iban delante en un carro. Murdor estaba montado en su caballo y sujetaba las riendas del mío. Me aproximé al muchacho, el cual intentaba ocultar su rostro con la capucha de su capa.

—¡Mírame! —le ordené. Giró con lentitud el rostro, apenas podía distinguir bien sus rasgos, llevaba su rostro tiznado, ¿por qué iba así? Llamaba más la atención—. ¿Cómo te llamas?

—Rob —respondió.

—Muy bien, Rob, a partir de este momento seguirás mis órdenes. No quiero que hables con nadie y no debes hacer nada sin mi consentimiento. —El joven asintió. Era un poco extraño, delgado y con extremidades delicadas y frágiles. ¡Uff!, mirándolo intuía que el viaje se iba a hacer demasiado largo.

Murdor me observó mientras subía a mi caballo.

—Un poco rara esta pareja, Aldan —me dijo. Nos reímos.

—¡Esperad! —Me detuve, era el padre Lean.

—Me voy con vosotros. Yo también tengo que llegar a Kinloss.

Corría con dificultad hacia el carro donde estaban la mujer y el joven. Su prominente barriga le dificultaba avanzar más deprisa.

—¡Muchacho! —le dijo a Rob—. Ponte atrás, yo iré delante con Begira.

Rob obedeció al padre y se ocultó en la parte trasera del carro. No daba crédito a lo que estaba ocurriendo, no solo iba a llevar a esos dos, sino que ahora se sumaba el sacerdote.

—Ya podemos partir —dijo el padre.

Me acerqué a él.

—¿Y esto a qué viene? Nadie me ha dicho que usted también vendría.

—Joven Macrae, no haga preguntas porque no le voy a dar ninguna explicación, y ahora, ¡en marcha! —dijo atusando las riendas del caballo. Suspiré.

—Muy bien, padre, pero tiene que obedecerme en todo momento.

—Lo haré, lo haré...

Me puse al lado de Murdor, levanté los hombros en señal de desesperación.

—Se avecinan problemas, Aldan. —Murdor me guiñó el ojo—. ¡Ja, ja, ja!

Emprendimos el viaje, mi amigo iba tras el carro y yo delante. La noche era fría y húmeda a pesar de la época en la que estábamos. Miré hacia atrás y ya no se distinguía la torre del castillo, intuía que transcurriría bastante tiempo hasta que regresase otra vez a mi hogar. Si mis cálculos no fallaban, en una semana podríamos estar en Kinloss, yo estaba dispuesto a hacer pocas paradas; además, el joven y la anciana dormirían en el interior del carro durante el día y Murdor y yo estábamos acostumbrados a descansar muy pocas horas, el problema era el padre Lean, él podría retrasarnos y hacer que el viaje se alargase a más de siete días. Había algo que me preocupaba bastante, el paso por Inverness, sabía que allí podríamos toparnos con nuestros enemigos, los Macdonald, aunque sus soldados campeaban por todo el territorio, un encontronazo con ellos desembocaría en una pelea.

## Capítulo 9

Begira me miraba sin apenas pestañear, no había abierto la boca y eso ya era preocupante. Las pocas ocasiones que había estado con ella siempre me recriminaba por mi comportamiento o me comentaba lo que teníamos que hacer. Yo no le prestaba atención, bastante tenía con intentar comprender lo que me estaba pasando. Me autoconvencía que solo eran sueños, pero sabía que no era así, en cuanto el sol se escondía por el horizonte una luz blanca me cegaba y me trasladaba a una época donde la brutalidad y la falta de humanidad reinaba en el ambiente, un lugar donde yo era lady Katherine y debía llegar hasta Kinloss con un manuscrito que la anciana me había dado. Pero lo peor de todo y lo que me tenía exhausta eran los acontecimientos que habían sucedido en mi vida real. Esa mujer, extraña y con dones sobrenaturales, había desaparecido, y también me identificaba con lady Katherine; un desconocido me perseguía y yo debía ir a Inverness para encontrar una explicación a todo lo que me estaba pasando. ¡A Inverness! Y allí qué, pensé. No sabía por dónde empezar ni qué hacer. La única persona que me podía ayudar se había evaporado. Y allí estaba yo, vestida de muchacho con un bruto y autoritario escocés, su amigo y un sacerdote.

El carro se detuvo con brusquedad. Observé a Begira que en ese momento había desviado su mirada. El amigo del escocés abrió la tela que nos aislaba del exterior.

—Deben bajarse del carro, tenemos que cruzar el lago.

Observé al escocés que respondía al nombre de Aldan, temía que me reconociese como la joven con la que había bailado la noche del juramento, aunque era difícil, Begira había ensuciado mi cara adrede y me había disfrazado bajo unas calzas horribles y un gambesón que me llegaba hasta los muslos y ocultaba mi cuello, después una incómoda cota de malla que cubría mi cuerpo y por último el almófar que ocultaba el pelo, recogido en un moño bajo que Begira había hecho con mucho esmero; luego me había dado una capa para resguardarme del frío.

Me fijé con disimulo en el laird del clan Macrae, la noche anterior me habían llamado la atención sus bonitos ojos color miel, grandes, con una mirada penetrante, que contrastaban con el tono dorado de su piel y su pelo castaño, fosco, que caía hasta el cuello. Era fuerte y muy alto, me impresionó su naturaleza hercúlea, yo no era una mujer alta y su corpulencia, sus manos anchas y sus fuertes brazos cuando me cogieron me hicieron estremecer. Ninguna mujer se sentiría indefensa con un hombre así, pensé.

Observaba sus movimientos ágiles y atléticos, era sumamente atractivo. Hablaba con un campesino en gaélico que por lo que entendí a través de sus gestos, facilitaría una barca y una especie de plataforma hecha de troncos de madera para los caballos y el carro.

—¿Lo conoce? —Me sobresalté. Era el sacerdote que nos acompañaba. Me sorprendí, él no me habló en gaélico.

—No —respondí.

—Pues cualquiera lo diría, jovencito. Lo mira con un gran interés. —Agaché el rostro avergonzada, tenía que ser más cuidadosa, nadie debía sospechar que era una mujer—. Tranquilo, que ya sé tu secreto, muchacho, Begira me lo ha dicho. —Mis ojos debieron expresar mi sorpresa ante sus palabras—. ¡Ja, ja, ja! No me mires así, tampoco es un pecado. Si no entiendes el gaélico no es tu culpa, más bien es la de tu padre por casarse con una inglesa y permitir que solo te enseñara el idioma inglés. —Me sentí aliviada al escuchar sus palabras, por un momento pensé que todo se venía abajo—. Eso sí, muchacho,

cuando ese bruto —dijo señalando a Aldan con el dedo— se entere de que no eres quien él cree que eres... no le va a gustar nada, cuando se enfada todo el que está a su alrededor tiembla, pero tú no te preocupes que yo te defenderé —me dijo guiñándome un ojo.

Lo vi alejarse, el padre Lean me había caído bien, sus ojos expresaban bondad. Lo vi acercarse a Aldan y susurrarle algo al oído, ambos me miraron y Aldan se echó las manos a la cabeza. Después vino con pasos rápidos hacia donde yo me encontraba, Begira también lo debió ver y enseguida se posicionó a mi lado.

—¿Así que eres medio inglés? —Asentí—. ¡Uff, lo que me faltaba!

—Ya está lista la barca, Aldan —dijo Murdor.

—Muy bien, montad todos, tenemos que cruzar a la otra orilla cuanto antes. La niebla cada vez es más espesa.

Lo vi alejarse para preparar a los caballos, él no iría en nuestra barca. Mejor, pensé, por muy atractivo que me pareciese, su mirada de desprecio hacia mí iba en aumento; así que prefería que estuviese lejos, me intimidaba y eso no lo iba a consentir.

El padre Lean remaba con agilidad.

—Déjeme que le ayude, padre —le dije.

—No, una joven nunca debe hacer cosas que nos corresponden a los hombres —dijo con una sonrisa en su rostro. Begira iba a hablar, pero el sacerdote no se lo permitió—. Ahora que estamos lejos de esos dos brutos puedo expresarme. Fionnla me reunió antes de que partiésemos, él sabe que tú eres lady Katherine, querida, pero es algo que tenemos que mantenerlo en secreto, si ese bruto de Aldan supiese que eres una mujer, su comportamiento protector hacia ti haría que tus enemigos descubriesen enseguida quién eres. Te buscan, sospechan que eres tú la portadora del manuscrito, quien tiene las claves para encontrar las reliquias de san Andrés, robadas y escondidas hace mucho tiempo. —Suspiró—. Este es el motivo por el que maltratan a nuestra gente diciendo el rey inglés que somos nosotros, los escoceses, los que

robamos lo que pertenecía a la corona y a la iglesia. Son falacias y esas mentiras solo tienen un fin: hacerse con nuestras tierras y fomentar el odio entre los escoceses y los ingleses. Por ese motivo os acompaño, Fionnla me lo pidió, ya que teme que los modales toscos de su hijo te ofendan, jovencita, y porque necesitáis un aliado que sepa de vuestra identidad por si en algún momento surgen problemas. Alguien como yo que vele por vosotras y os guarde durante vuestro descanso matinal.

—Padre, si alguien sabe que ella es la hija del conde Dunnottar la matarán —dijo Begira.

—Lo sé... Puedes estar tranquila, muchacha, que nadie sabrá tu identidad.

—Gracias, padre —le dije.

—Simón de Monfort y los caballeros del Dragón la buscan —dijo Begira—. Saben que tiene una parte del manuscrito.

—Sí, pero ellos buscan a una joven no a un muchacho. —Sonrió.

Las aguas oscuras del lago estaban tranquilas y eso permitió que el padre avanzase remando a gran velocidad hasta que llegamos a la otra orilla. Los estuvimos esperando. Enseguida estuvieron con nosotros, Murdor se montó con gran agilidad en su caballo, Begira y el padre Lean en el carro y yo estaba ensimismada con el paisaje, ajena a todos ellos, me parecía tan extraño estar ahí... No había ninguna casa de las de mi época ni nada que me acercase al siglo XXI. Era real lo que estaba viviendo, sentía la humedad en mi piel, todo era auténtico, no era una larga pesadilla que fuese a terminar en ese momento. El bruto escocés rompió mi intimidad, me agarró de la mano y me llevó a trompicones hasta el carro, me levantó como una pluma y empujando mi trasero me introdujo en el interior.

—¿Qué te pasa, muchacho inglés? ¿Aparte de no hablar gaélico también eres sordo? —Estaba enfadado, pero yo no entendía el porqué.

—Qué le pasa, lady Katherine, no puede llamar así la atención. Le estaba diciendo que se subiese al carro y usted, ahí, sin hacer caso, perdida en sus pensamientos. Corre un grave peligro, ¡a ver cuándo es consciente de ello! —

me amonestó Begira.

Apenas presté atención a las palabras de la anciana, en ese momento lo único que me irritaba era en cómo ese bruto se había atrevido a tocarme el culo. ¿Qué se había creído? No le iba a consentir que me tratase de esa forma.

—Bárbaro escocés —susurré.

—¿Cómo? ¡Uff! ¡Qué voy a hacer con usted! No ha escuchado nada de lo que le he dicho, sigue en su mundo —dijo la anciana, resignada.

Estaba muy cansada, pronto amanecería, siempre temía no regresar a mi época. Tenía que contarle a alguien lo que me estaba pasando. ¿Sería brujería? Debía hablar con un sacerdote, pero... ¿con quién? Hacía tiempo que me había desvinculado de la iglesia, pero necesitaba que me dijeran qué era lo que me estaba pasando.

—Señorita, tiene que prepararse y ocultarse con las pieles, pronto va a amanecer. Usted debe dormir, ya sabe a lo que me refiero —me dijo Begira.

—¿A qué se refiere? —le pregunté. ¿Acaso sabía que viajaba en el tiempo? ¿Era eso a lo que se refería?

No me respondió, la luz cegadora irrumpió como otras veces haciéndome perder el conocimiento y controlando mi ser hasta quitarme la capacidad de todos mis sentidos.

—¡Mónica, Mónica! —Era la voz de Sara detrás de la puerta—. ¿Estás bien? Llevas durmiendo mucho tiempo.

—Sí, estoy bien, ahora sí. —¿Qué bien me sentía en mi hogar! Toqué mis sábanas, mi almohada—. Ahora salgo —respondí.

Me levanté, me miré en el espejo. ¡Dios mío! Era la primera vez que me pasaba. Toqué mi rostro, estaba tiznado de lo que me había dado Begira. Nunca había pasado, cuando regresaba a mi mundo no traía nada conmigo a excepción de la piedra, el manuscrito y el colgante que me dio la anciana, pero esta vez mi rostro estaba sucio, otra señal más de que todo lo que sucedía era real. Fui al baño que había en mi habitación y me lavé la cara con jabón.

—¡Quieres salir ya! —gritaba Sara.

—Sí, ya voy. —Abrí la puerta. Mi amiga sonreía—. ¿Qué es lo que pasa, Sara?

—¡Ya tengo los billetes para ir a Inverness! Nos vamos el sábado, así que ya podemos ir preparando las maletas.

Ya no me acordaba, Sara se había entusiasmado con la idea de viajar las dos juntas hasta la capital de las Tierras Altas y a Kinloss.

—¿El sábado? ¡Pasado mañana!



## Capítulo 10

Juan de York miraba a todos los que estaban sentados junto a él, alrededor del fuego, mientras devoraba el trozo de pan y de queso que tenía en sus manos. Sabía que ellos tenían curiosidad por saber quién era y por qué viajaba con unos gitanos apartándose de los caminos principales. Él solo les había dado una bolsa con monedas de oro con tal de que pudiese acompañarlos hasta Inverness, allí tendría que dirigirse al lugar santo situado en la colina de San Miguel, intuía que la llave fue enterrada por santa Columba en el cementerio próximo a la iglesia de la colina. Siempre se había dicho que eran leyendas, pero él intuía que no era así, después de haber estado en Francia supo que la santa estuvo en Inverness predicando y también descubrió que un misterio rodeaba a la vida de esta, escondía una llave que según la leyenda abría todas las puertas que llevaban a un tesoro guardado por la iglesia, un secreto que se había ocultado a la humanidad por la Santa Sede, del que no había datos ni detalles y que solo fue desvelado a muy pocos, entre ellos a la santa, a quien se le dijo que lo ocultara en un lugar seguro. Él estaba dispuesto a hacerse con esa llave, que en realidad era el documento sagrado, sabía que cuando se hacía referencia a esta en realidad de lo que se hablaba era del manuscrito que contenía las claves para llegar a las reliquias del santo, las que todos ansiaban encontrar, sobre todo la orden del Dragón.

Se percató de que un joven lo miraba con interés, al cruzarse con la mirada del abad, el muchacho se levantó y se apartó del resto. La noche era fría y

húmeda. Tenía que descansar, ya que después de muchos días caminando con esos gitanos por fin llegaría a Inverness.

## Capítulo 11

—Tenemos que detenernos, Aldan. Los caballos están exhaustos. Necesitan beber y descansar —dijo Murdor.

—De acuerdo, haremos una breve parada.

—Deberíamos descansar, ¡fíjate en ese pobre sacerdote, está pálido!

—Murdor, todo el tiempo que ganemos es bueno para nuestra misión. Quiero dejar a esos dos lo antes posible en Kinloss. —Observé el carro—. Son muy raros —dije.

—La verdad que sí que lo son —respondió Murdor—. El joven solo aparece por la noche y esa mujer no permite que nadie entre al carro durante el día. ¿Qué es lo que se traerán entre manos? El padre Lean los protege y defiende en todo momento.

—Sí, por eso cuanto antes dejemos a los tres antes nos podremos liberar de esta carga.

Nos detuvimos al lado de un río. Todavía faltaba un día para llegar a Inverness. El sacerdote se bajó del carro, tocaba con ambas manos sus posaderas.

—¡Muchacho!, nos vas a matar con tan pocos descansos. Me duele el trasero —dijo el padre acercándose hacia donde estaba.

—Padre Lean, usted es el que quiso acompañarnos y hasta que no lleguemos a Kinloss va a ser un viaje duro. Hay que avanzar.

—¡Uff! Se nota que corre sangre de los Macrae por tus venas. Terco... —Se

fue refunfuñando hacia la parte trasera del carro, de allí salió Begira.

—¿Y el muchacho? Él también tiene que comer para estar fuerte y aguantar el viaje —le dije.

—Ya sabe, señor, Rob descansa por el día.

—Sí, lo sé, pero tendrá que cambiar sus hábitos. —Estaba dispuesto a despertar a ese joven. Me daba la sensación que con tanta protección lo habían hecho débil, incapaz de defenderse si no era tras unas faldas de mujer. ¡Qué vergüenza!, pensé.

Me dirigí a grandes zancadas hacia el carro, Begira se interpuso en mi camino.

—¿Qué pretende, señor? Su padre le dio unas indicaciones precisas respecto a los hábitos de Rob y a lo que usted debía hacer.

—Sí, siempre y cuando esos hábitos no interfiriesen en el recorrido. No podemos adaptarnos continuamente a que duerma por la mañana y esté activo por la noche. Los demás no podemos seguir sus costumbres, debemos descansar, aunque sea unas horas por la noche y aprovechar el día para avanzar. ¡No voy a permitir que nos retrase durante el viaje por esos hábitos!

—Lo sé, señor, pero él...

La aparté con cuidado de mi camino, en ese momento escuché unas carcajadas tras de mí.

—¡Vaya, vaya!, ¿a quién tenemos aquí? Si es el primogénito de los Macrae.

Conocía esa voz. Me giré con rapidez, quería estar cara a cara con mi enemigo.

—¡Roy Macdonald! Márchate si no quieres que te corte el cuello —le dije.

—¡Ja, ja, ja! Estás en tierras que no te pertenecen.

—A vosotros tampoco.

—¡Qué equivocado estás, Macrae! Estos son nuestros caminos, nuestros bosques y tierras.

—Es terreno neutral —dije con rotundidad.

Aparecieron seis hombres de entre la maleza, nos rodearon, coloqué con

rapidez mi mano en la empuñadura de mi espada, un Macdonald nunca me intimidaba. Eran más que nosotros en número, pero eso no era para mí un problema. Murdor se puso a mi lado.

—Tranquilo, Macrae, solo voy a ver lo que escondes dentro de ese carro, tengo curiosidad. —Begira interrumpió su paso. Él la apartó de un empujón y la cogí para evitar que se cayese por su brusquedad al apartarla—. ¡Ni se te ocurra! —grité. Fui a abalanzarme hacia él, pero tres de sus hombres me rodearon con sus espadas.

—Tiene que ser algo muy valioso para mostrar tanto interés.

Roy apartó la tela que ocultaba el interior, tras unos segundos volvió a aparecer en escena. Se acercó con lentitud hacia mí.

—Ahí dentro no hay nada ni nadie, no sé a qué viene tanto misterio. —Se carcajeó. Fijé mi mirada en Begira. En ese momento apareció el padre Lean.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa aquí? —los reprendió.

—Tranquilo, padre, ya nos íbamos, y lo hacemos porque sabemos que hay ingleses merodeando y no nos gustaría toparnos con esos indeseables. ¡Cómo te vuelva a encontrar en mi camino, Macrae, date por muerto!

—Lo mismo te digo, Macdonald —le respondí.

Sus hombres envainaron sus espadas y se marcharon con rapidez. Fijé mi mirada en Begira, ella bajó su rostro, estaba claro que algo escondía. En el interior del carro no había nada ni nadie, eso era lo que había dicho Roy. Sin mediar palabra me dirigí allí, tenía que averiguar lo que estaba pasando. ¿Dónde estaba el muchacho?

—¿Adónde te crees que vas, Aldan? —dijo Lean.

—A ver lo que hay ahí adentro —respondí con rotundidad.

—No, déjalo estar. Está el chico descansando. Debemos irnos ya. Hay ingleses cerca. ¿No has escuchado a ese Macdonald?

—Sí, lo he oído, pero ahora hay algo que me preocupa más.

—Aldan, tenemos que irnos. Acabo de escuchar caballos cerca —dijo Murdor.

Tenía razón, en ese mismo instante yo también los había oído.

—¡Vamos! Pero después me tendréis que explicar vosotros qué es lo que ha pasado —dije señalando al padre Lean y a Begira.

Teníamos que alejarnos de allí, temía que si eran ingleses pudiesen ser soldados de Simón de Monfort, eso sería lo peor que me podría pasar después de encontrarnos con los Macdonald.

Estábamos muy próximos a Inverness, ya había anochecido. Pasaríamos la noche en el monte San Miguel, podríamos escondernos, ya que cerca estaba el cementerio y la pequeña iglesia de madera. El lugar ideal para no encontrarnos con nadie. La gente del lugar era muy supersticiosa y temían de los cementerios y alrededores, siempre hablaban de las almas errantes. Detuve mi caballo, desmonté y fui a grandes zancadas al carro. Lo que había dicho Roy seguía rondándome la cabeza, sabía que él no mentiría en eso. Miré a Begira y al padre Lean que seguían mis pasos con atención. Descorrí la tela que ocultaba el interior del carro y allí estaba el muchacho, me observaba asustado. No entendía nada.

—¡Sal del carro! —le dije con rotundidad. El joven me observó, asustado ante la orden que le daba. Esa mirada, esos ojos me resultaban familiares. Escrutando en ese momento al chico me daba la sensación que lo conocía—. Rob, ese es tu nombre, ¿verdad? —Asintió—. No quiero que te alejes de aquí, puede ser peligroso. ¿Me has entendido? —Volvió a asentir—. ¿Es que no sabes hablar? —le pregunté.

—Déjalo ya, Aldan —me ordenó el padre Lean.

En seguida Begira se acercó al muchacho y ambos se alejaron de mi lado sentándose junto a la hoguera que había preparado Murdor. Lo observaba, quería saber de dónde lo conocía. Begira y Rob hablaban en susurros, apenas podía escuchar frases completas, tan solo palabras sueltas.

—¿Qué te pasa, Aldan? Parece que estés obsesionado con Rob —me dijo Murdor.

—¿No te percataste que Roy dijo que no había nada ni nadie dentro del

carro? Si Roy hubiese visto al muchacho lo hubiese sacado al exterior aunque solo fuese para divertirse un poco ridiculizándolo. Así es Roy Macdonald, ya lo conoces, frío, calculador y muy cruel con los débiles.

—¡Aldan! —gritó el padre Lean, estaba en el río, me levanté y fui hacia el lugar donde él me indicaba.

Me sorprendí al ver al sacerdote desencajado y pálido, sus ojos expresaban pánico.

—¿Se puede saber qué es lo que ocurre, padre?

No respondió, solo me señaló al lado del río. Allí lo vi, uno de los hombres de Roy estaba muerto, tenía una herida de arma blanca en el corazón. Observé para todos los lados y entonces los vi, muy próximos al primer cadáver yacían muertos Roy y todos sus soldados. Habían sido asesinados con crueldad. Me acerqué a ellos, estaban fríos, llevaban muertos mucho tiempo.

## Capítulo 12

¿Qué había pasado? Me estaba volviendo loca, era una pesadilla interminable. Había anochecido y ya estaba otra vez en aquel lugar, en las inmediaciones del monte San Miguel, en Inverness.

Hacía cuatro días que habíamos llegado a la capital de las Tierras Altas y esa noche me encontraba en aquella colina, la que los oriundos conocían con el nombre del monte de San Miguel, allí se alzaba la iglesia Old High St. Stephen. Esa misma mañana, mientras Sara se había ido a una excursión organizada a la isla de Skye, había puesto una excusa para quedarme en la ciudad. Había estado en la biblioteca y enseguida vi los símbolos de la piedra que estaba en mi poder, pude leer la frase que había al lado de ellos, ponía que en el cementerio próximo a la iglesia de San Stephen, en algunas tumbas de hace años se habían encontrado estos símbolos; además, hubo algo que me llamó la atención, los frailes que residieron allí tenían una llave que custodiaba el gran secreto de las misteriosas reliquias desaparecidas de san Andrés, esa llave se la dieron a santa Columba de Lona, quien predicó allí, para que la escondiese, pero ella fue asesinada y no se sabe qué es lo que pasó con la llave, según ese libro, la escondió en el cementerio.

En ese momento decidí ir hacia ese lugar, pero todo se complicó, me perdí. Llegué por la tarde a la colina, desde ese lugar se contemplaba todo Inverness, me quedé maravillada. Observaba el río que atravesaba ambos lados de la ciudad unida a través de majestuosos puentes. Respiré, ¡qué paz!, tuve la



sensación que el tiempo se detenía y nada de lo que había vivido había pasado. Entré al cementerio. Empecé a buscar entre las tumbas alguna que me diese la clave que era la de la santa, tarea difícil, había muchos turistas. Me detuve para observar las tumbas más antiguas del lugar santo, debían encontrarse en la parte menos visible. Me dirigí a la zona escondida donde se observaban losas antiguas con inscripciones en gaélico. Sentí frío y levanté la vista para observar el cielo, pronto llegaría la noche y con ella mi calvario y desconcierto, entonces lo vi, un hombre alto, fuerte, con una capa negra y una caperuza ocultando su rostro, me observaba desde la lejanía, percibí que sus vestimentas eran poco habituales de nuestra época, miré con rapidez a mi alrededor y todavía estaba en mi época. Él empezó a caminar hacia donde yo estaba. Sus manos estaban enfundadas en unos guantes negros y por debajo de su capa asomaba la punta de una espada, me asusté. Venía directo a mí y no sabía las intenciones que tenía, no estaba dispuesta a averiguarlo, me di media vuelta y caminé con rapidez, noté su respiración muy cerca de mí, me giré y lo vi tan próximo que me intimidó, su rostro apenas lo distinguía, pero sus ojos azules, pequeños, fríos expresaban odio, me agarró del brazo con fuerza, me hacía daño.

—¡Suélteme! —grité—. ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

No me respondió, intentaba arrastrarme hacia la arboleda que estaba en las inmediaciones del cementerio. Me armé de valor, ya que me veía arrastrada sin poder hacer nada, le pegué una patada en la espinilla con todas mis fuerzas y pude escabullirme de él. Corrí hacia la zona donde había tantos turistas, tenía que irme de ese sitio, fui hacia la carretera, pero antes de hacerlo miré para atrás para ver si me seguía, sí, él estaba allí, crucé la carretera sin mirar y fue en ese momento cuando perdí el conocimiento, no sé lo que ocurrió, no lo recordaba, ni siquiera vi el resplandor de todas las noches; y otra vez me encontraba allí, con ese bruto e insolente escocés, su amigo Murdor, el padre Lean y Begira. Había traspasado una puerta dimensional, invisible, que estaba en el espacio esperando a que yo pasase tras ella para cerrarse, sin yo ser

consciente de ello, tras de mí.

—Está pálida, lady Katherine —susurró Begira—. ¿Qué le sucede, se encuentra mal?

Menos mal que el escocés se había marchado al río con el padre Lean y después había ido el amigo de Aldan con ellos. No soportaba su mirada de desprecio hacia mí. Él lograba encenderme e irritarme, se creía invencible, era un mandón y solo daba órdenes. Estaba acostumbrado a que todo el mundo lo obedeciese sin rechistar. ¡Uff, cuántas ganas tenía de decirle todo lo que pensaba sobre él! Aunque tenía que reconocer que su mirada fría, retadora, y lo grande y fuerte que era me intimidaba e imponía, me hacía sentir diminuta e insignificante, pero yo no estaba dispuesta a que supiese lo que me provocaba su cercanía.

—No te preocupes, Begira, me encuentro bien. Me gustaría estirar un poco las piernas —le dije. Reconocí esa colina, era la misma en la que tan solo unos segundos atrás había estado. Tenía que encontrar el cementerio, en aquella época sería mucho más fácil localizar la tumba de la santa. Me levanté.

—No puede alejarse, ya ha oído lo que le ha dicho el señor. —La mirada de la mujer era de preocupación.

—Lo necesito, Begira. No te inquietes que enseguida estoy de vuelta. Él no se dará cuenta de mi ausencia. —Le guiñé un ojo.

—Se va a enfadar y necesitamos que nos lleve hasta Kinloss.

—Tranquila. —Intenté calmarla con mi sonrisa, pero ella seguía manteniendo la tensión y angustia en su rostro.

Me adentré sigilosa entre la arboleda, enseguida vi la iglesia de madera, pequeña y muy diferente a la construcción actual, me quedé asombrada ante el cambio que observaba. La hierba bien cortada del Inverness actual chocaba con los hierbajos y arbustos que ocultaban las tumbas. Me dirigí hacia la zona donde había visto a ese hombre, todavía temblaba de miedo ante la situación que había vivido. En la mayoría de los enterramientos no había nada, tan solo

un abultamiento del terreno, pero me percaté de la cruz de madera que había en una de ellas. Fui hacia allí, observé la cruz, me agaché para estudiarla con detenimiento, no había ninguna inscripción ni nada que me hiciese creer que esa era la tumba de la santa, pero lo que sí era cierto es que era la única que tenía una cruz. En ese momento noté cómo algo punzante presionaba mi espalda.

—¿Pensabas que me podías engañar? —Era una voz masculina, ronca y muy grave, me dio un escalofrío solo de escucharla.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—De mí no te puedes burlar. Sé tu secreto como el de todas ellas. Sabía que vendrías al cementerio buscando la llave, pero eso son leyendas. La llave en realidad es el manuscrito que tienes en tu poder.

—¿Ellas? No sé a qué se refiere.

—Tu vestimenta de muchacho no me despista, te reconocería en cualquier sitio con cualquier atuendo. ¡Ponte de pie! —ordenó. Le obedecí—. Ahora, gírate despacio, quiero observar el miedo en tus ojos. —No tenía intención de moverme, pero presionó con fuerza mi brazo y me obligó a hacerlo.

Estaba frente al mismo hombre que hacía unos segundos me perseguía en el cementerio. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era él? Ese ser siniestro también estaba en las dos épocas, era al que se refería la pitonisa.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—¡Ja, ja, ja! Las preguntas las hago yo, bastarda.

—Creo que se confunde... —No me dejó terminar.

—¿Te crees que soy tonto, lady Katherine? —Sus ojos desprendían fuego de ira—. Vas a morir, pero antes tienes que darme el documento que escondes.

—No sé a lo que se refiere.

—¡Sí, claro que lo sabes! Si no lo haces, tendré que matar a tu amiga.

¡Sara! ¿Se referiría a ella? En ese momento sentí miedo y preocupación por ella. Llegaría de su excursión y ni siquiera me encontraría en la habitación. Se preocuparía. Tenía que haberle dejado una nota antes de irme al cementerio.

Sí, seguro que se refería a ella.

—Vaya..., parece que ahora sí que te has quedado callada. Sería una pena que tu amiga, una joven tan bonita, desapareciese de repente.

—No sé lo que pretende.

—Ya te he dicho que no me gusta que me tomen por tonto. —Acercó su rostro al mío, observé que parte de su cara estaba con marcas de quemaduras. Tenía un aspecto horrible. Puso la punta de su espada sobre mi cuello—. Tú decides, ella o tú. —Una gran carcajada salió de su garganta.

—No va a tener que decidir nada. ¡Suéltalo! —Era Aldan. A pesar que ese guerrero no me había caído bien desde el principio, tenía que reconocer que me alegraba verlo en ese momento—. ¡He dicho que lo sueltes!

—¡No lo haré! Si intentas atravesarme con tu espada morirá.

El hombre me empujó con brutalidad y caí al suelo dándome un buen golpe en la cabeza. Aldan y él chocaban los filos de sus espadas con fuerza y violencia, haciendo un ruido seco cada vez que ambas armas se encontraban.

—¡Vete de aquí! —me gritó—. ¡Ve al campamento, Rob!

Me levanté mareada por el golpe, noté cómo me lastimaban el brazo y después el costado. El hombre se había girado al escuchar a Aldan y me había herido para evitar mi huida. ¡Dios mío! Sentí un gran dolor, por un impulso puse mi mano en el costado, la sangre fluía ensuciando mi jubón, me mareaba.

—¡Maldito! —escuché decir a Aldan quien hirió al hombre en su antebrazo.

En ese momento el escocés, con gran maestría, lanzó la espada del bandido por los aires, lo había dejado indefenso. Me estaba mareando, me senté en el suelo, las fuerzas me abandonaban. Escuché la voz de Murdor, el guerrero miró a Aldan y después a mí.

—¡Te mataré, maldita! —me dijo. Lo vi alejarse y desaparecer entre la arboleda.

Murdor se acercó hacia donde estábamos.

—Síguelo —le ordenó Aldan, preocupado se acercó a mí—. Déjame ver esa herida. —Empezó a desabrocharme el jubón, pero yo tenía que evitarlo, se iba

a dar cuenta entonces que era una mujer, la misma que bailó con él. Me resistí —. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Necesito ver esa herida. —Me levanté como pude y me resistí, pero él me inmovilizó con gran agilidad, en el esfuerzo por deshacerme de sus brazos el almófar se fue hacia atrás dejando ver el recogido que me había hecho Begira. Él me miró sorprendido y desabrochó con rapidez el jubón quedando al descubierto la camisa metálica que se ajustaba a mi cuerpo y no disimulaba mis pechos. Me quitó el recogido —. ¡Eres una mujer! ¡La hija del conde de Dunnottar! —Su rostro se tensó de ira—. Por eso tenía la sensación de que te conocía. ¡Me habéis mentido! —Su grito sonó temible.

—Tenía que ocultar mi identidad, ellos buscan a una mujer —dije lo que repetidas veces le había escuchado decir a Begira. Apenas tenía fuerzas para hablar, estaba temblando de frío, él se percató de ello.

—Ya te exigiré una explicación más tarde, ahora vamos a curar esa herida. —Me cerró los cordones del jubón y me colocó el almófar para ocultar mi pelo. Me cogió en brazos. Las fuerzas me abandonaban, la herida era muy profunda y la sangre salía a borbotones.

Escuchaba en la lejanía la voz de Aldan, hablaba con Murdor, pero yo ya no entendía lo que decían, hablaban en gaélico y, además, mi fortaleza y sentidos iban mermando poco a poco.

## Capítulo 13

Mientras Hernes huía se repetía una y otra vez que mataría también al escocés, sabía que era el primogénito de los Macrae y que ya lideraba el clan ante la enfermedad de su padre. Nunca nadie lo había retado como él y menos herido, era bueno con la espada, fuerte, se lo veía un guerrero despiadado y feroz en la batalla, sería difícil acabar con su vida. Ya sabía dónde y con quién estaba ella. Tenía la certeza de que irían a Kinloss, se lo había escuchado a la bruja que lo acompañaba. Allí se encontrarían, pero esta vez él los sorprendería, cogería el manuscrito y los mataría a ambos. Bueno..., a la joven la llevaría a la orden del Dragón donde Simón de Monfort se ocuparía de ella, pero a él lo torturaría con lentitud hasta que en su cuerpo no quedase ni una gota de sangre. Se adentró por el bosque y se perdió en la oscuridad de este.

Mientras tanto, muy cerca de allí, Juan de York observó cómo atravesaban el bosque numerosos soldados de Simón de Monfort, antiguos templarios que se habían unido a la orden del Dragón para recibir favores del rey de Inglaterra a cambio de información valiosa del rey escocés y sus clanes más fuertes, para así atentar contra ellos. Estos guerreros, liderados por el conde, atravesaban el río en dirección a las Tierras Altas. Observó que llevaban a dos rehenes, una vieja y un sacerdote. Se ocultó entre los árboles y analizó cada movimiento. Intuía que irían a la abadía de Kilwinning.

## Capítulo 14

Por una parte estaba rabioso y muy enfadado con ella, ¡me había mentido!, odiaba la mentira. ¿Por qué? No paraba de repetirme; aunque no podía negar el hecho de que me agradase que fuese lady Katherine, y aquel sentimiento me enfurecía. ¿Cómo podía alegrarme de estar con ella? Las mujeres solo traían problemas y complicaciones a un guerrero; además, nunca había permitido que una joven, aunque fuese tan bonita como ella, ocupase mis pensamientos. Lo que más me martirizaba era que la rebelde dama se había introducido en mi mente nada más conocerla. ¡Uff!, gruñí en alto. Pero en esos momentos la tenía herida y estaba muy grave, debía olvidarme de mi orgullo y centrarme en ella. Sabía que la herida que le había provocado ese mal nacido era profunda, la muchacha había perdido mucha sangre. Debía detener la hemorragia, sabía cómo hacerlo, ya que había aprendido en las batallas, aunque siempre había curado a hombres y ella... era una mujer. ¡Maldita sea!, grité, no podía quitar su camisa metálica como lo haría con un soldado.

—¡Aldan! —gritó Murdor. Entonces me di cuenta.

Solo estaban los caballos de Murdor y el mío, no había rastro ni del carro ni del padre Lean ni Begira. Parecía como si se hubiera librado una gran batalla, la lumbre estaba apagada y las ramas dispersas por la zona. Además, los restos de las pieles de animales que había en el interior del carro estaban tirados en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —Murdor me miró, este tocó con su diestra

la empuñadura de su espada.

Las huellas de caballos y las marcas de las ruedas del carro estaban recientes en la tierra húmeda. Todavía podía haber alguien en las proximidades a la espera de que nosotros llegáramos.

—Murdor, mira a ver si hay alguien merodeando por los alrededores, hay que detener la hemorragia, la joven está grave.

—¿La joven? —repitió Murdor mirándome atónito.

—Sí, nuestro Rob resultó ser una mujer. Es la hija del conde de Dunnottar.

—Pero...

—Sé lo mismo que tú, amigo. Ahora necesito que vigiles los alrededores mientras la intento curar. Está perdiendo mucha sangre.

Murdor, antes de marcharse, extendió una de las pieles de animal en el suelo para que yo pudiese apoyar a Katherine. Me quité la cota de malla y rasgué mi camisa interior. Fui hacia donde estaba ella. La observé, estaba muy pálida, me empecé a preocupar, por nada en el mundo debía morir. Sin pensármelo dos veces le desaté los cordones de su jubón, hasta que la camisa metálica quedó al descubierto. ¡Dios mío!, exclamé en voz alta. La sangre teñía sus ropas, la herida estaba en el costado, justo bajo el pecho, desgarré la camisa con sumo cuidado, ella se revolvió y abrió los ojos con dificultad.

—¿Qué se propone? —susurró con voz débil—. ¡Ni se le ocurra!

—Lo siento, mujer, pero no hay más remedio que hacer esto. Tranquila, que no veré sus encantos —le dije.

Desgarré solo la parte de debajo del pecho. La limpié como pude la sangre que se pegaba a su piel y presioné con un trozo de tela la herida. Pasados unos minutos la incorporé y apoyé su cabeza sobre mi pecho para proceder a hacer el vendaje. Cuando terminé le abroché el jubón y la tapé con mi tartán. Su frente estaba ardiendo. En ese momento apareció Murdor.

—No hay nadie, Aldan. —La observó—. ¿Cómo está?

—Tiene mucha fiebre. Si no se trata pronto la herida se infectará si es que ya no lo está. Tenemos que llegar hasta alguna aldea cercana.



—Pero... ¡La muchacha en ese estado no puede viajar! —dijo Murdor preocupado.

—Pues habrá que hacerlo, o nos arriesgamos o muere. Y no voy a permitir que muera. Irá conmigo, en mi caballo.

—No entiendo nada... —Murdor movía la cabeza mientras montaba a su potro.

—Ahora no es momento de buscar explicaciones, Murdor. ¡Nos vamos!

Mi amigo me ayudó a subirla con sumo cuidado, su cuerpo se apoyaba sobre mi pecho. La arropé con una de las pieles, ella tiritaba. La acerqué a mi pecho y la arropé con mis brazos y mi tartán para que sintiese calor y dejase de tener frío. Teniéndola tan cerca, me di cuenta de su fragilidad, sentí necesidad de protegerla, la sentía mía. No iba a permitir que muriese. Su seguridad era mi responsabilidad y había fallado en ello.

No sé cuánto tiempo estuvimos cabalgando en dirección al Norte hasta que, por fin, nos detuvimos en una aldea, era muy tarde. Hacía mucho frío y había un poco de niebla. No había nadie deambulando por allí. Golpeamos una puerta de una de las cabañas, una mujer, anciana, nos abrió. Nos miró y se centró en Katherine.

—¡Dios mío, está sangrando! —dijo sin dejar de observarla—.¿Qué ha pasado? —me preguntó esperando una respuesta.

—Necesito un lugar donde poder curarla, un sitio caliente —exigí

En ese momento salió un hombre de la cabaña.

—¿Qué pasa aquí?

—Necesitan un sitio...

No hizo falta que continuase, el hombre enseguida se dio cuenta de lo que sucedía.

—Mujer, son Macrae, fijate en sus colores. Nosotros somos amigos de los Macrae.

—El herido puede quedarse aquí, ustedes tendrán que apañarse en los establos. Mañana ya veremos dónde los ubicamos —dijo la mujer.

Murdor siguió al hombre hacia los establos. Yo bajé con sumo cuidado a la muchacha, estaba fría y pálida y yo asustado como nunca lo había estado en mi vida, llegué a pensar que la perdía. Seguí a la mujer. La cabaña era pequeña, tenía una sala amplia y alrededor de esta dos habitaciones, me guio a una de ellas. Era cuadrada, con una cama estrecha.

—Túmbelo aquí —dijo señalando la cama—, quítele las ropas.

—No puedo, es mejor que lo haga usted. —Me observaba con desconcierto—. Es una mujer.

—¿Una mujer? —dijo con asombro.

—Sí, aunque va vestida de hombre.

Salí de la habitación y me senté en una silla de madera.

La mujer salió transcurridos unos minutos, se puso frente a mí.

—Está muy grave, la herida se le ha infectado.

—Lo sé.

—Usted fue el que le vendó la herida.

—Sí.

—Imagino que será su esposo.

Enseguida supe a lo que se refería, una mujer decente no podía ser tocada ni vista en ropa interior y menos lo que hice yo, romper la camisa metálica dejando su piel al descubierto. Para mí no tenía sentido, en ese momento solo quería salvarla y cualquier protocolo absurdo de actuación era dejarla morir. Sabía que debía mentir, ninguna mujer decente permitiría que una que no lo es estuviese en su casa, los aldeanos eran muy estrictos en esos asuntos, tenían muchas tradiciones y supersticiones; así que, sabía que lo más correcto era mentir.

—Sí, es mi esposa.

—Entonces, si lo desea, puede pasar la noche al lado de su lecho. Ahora voy a hervir agua y echar un poco de jugo de ajo, eso ayudará a cicatrizar y desinfectar la herida. Mientras tanto colóquele paños de agua fría en la frente, hay que bajarle esa fiebre. ¡Está ardiendo!

Entré en la habitación, estaba tapada con una sábana de lino. Había un trozo de tela blanca al lado de un recipiente de madera con agua fría. Moje el paño y se lo puse con suavidad sobre la frente. Estaba muy pálida.

—¡No, no puede ser! ¿Dónde estoy? No es mi época. ¡Esto es una pesadilla! —dijo inconsciente, moviendo la cabeza de un lado para otro.

¿Qué significaría aquello que no dejaba de repetir?, pensé.

—Tranquila, estás a salvo —susurré, pero mis palabras no la reconfortaban. Se movía, estaba muy caliente.

Entró la aldeana, colocó otro recipiente de madera sobre la mesa, observé que mojaba en ese jugo que olía a ajo un trozo de tela blanca. Se giró para mirarme.

—Será mejor que espere afuera —me dijo. Sabía que le iba a retirar la sábana de lino para vendarle la herida.

—Sí —respondí.

Me resultaba imposible estar sentado, me movía de un lado para otro frente a la lumbre, en ese instante entró el marido de la anciana en la sala.

—Su amigo y sus caballos ya se han acomodado en el pajar. Nora me ha dicho que su esposa está muy grave, pero no se preocupe, ella tiene unas manos que sanan todo lo que tocan. Por favor, siéntese, señor. —Le hice caso, el hombre me miraba con interés—. Últimamente los ingleses están irrumpiendo en nuestras tierras de forma violenta. Hace poco un grupo de hombres Macdonald se reunieron en nuestra aldea, estaban preocupados por la irrupción de soldados ingleses en las Highlands. Secuestran a nuestras mujeres, niños y a todo el que les plazca. Comentaron que han establecido una alianza con el rey que nos lidera, Robert Bruce, se ha vendido a esos ingleses. Esos soldados despiadados están liderados por un conde..., un tal... Monfort, o algo así.

En ese momento el corazón empezó a latirme con celeridad, sabía a quién se refería, a Simón de Monfort, un maldito inglés que lo único que quería era poder, aparte de ser el primer enemigo de Katherine y mío.

—¿Cuándo estuvieron aquí los Macdonald? —le pregunté.

—Hará tres o cuatro días.

—¿Dijeron adónde se dirigían?

—Sí, señor, les escuché hablar de la abadía de Kilwinning. Por sus rostros tensos y pálidos intuí que algo grave iba a pasar allí, un acontecimiento que debían parar lo antes posible.

Estaba convencido que se trataba de Roy y sus hombres, ya muertos. ¿Quién los habría matado? Había algo extraño en todo ese asunto. Después estaba la desaparición de Begira y el padre Lean, no había rastro de ellos. La cabeza me iba a estallar, lo que en un principio parecía algo fácil y sencillo se estaba complicando por momentos. Mi padre debía de haberme dicho que quien viajaría conmigo era la joven, la misma que portaba la otra parte del manuscrito secreto. ¿Por qué no me lo habría desvelado?

Pasó mucho tiempo hasta que Nora apareció en la pequeña sala. Estaba sudando y tenía remangadas las mangas de su camisa. Me miró a los ojos.

—Sobrevivirá. —La expresión de mi rostro debió reflejar mi alegría.

—Pero le debo decir que la próxima vez no permita que su esposa lleve ropas de hombre, la confundirán y lucharán contra ella como si fuera un guerrero.

—¡Mujer!, es un jefe Macrae, no le tienes que decir lo que debe hacer. —El esposo, que respondía al nombre de Tom, fijó su mirada en mí—. Discúlpela, le cuesta mucho controlar su lengua.

—Ella tiene razón, ha sido una imprudencia. —Nora se sintió satisfecha con mi respuesta.

Me fui al pajar con Murdor. Me senté a su lado, me estaba esperando.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Vivirá —respondí.

—¿Me puedes explicar qué es lo que está sucediendo?

—Si yo lo supiera... —Tapé mi rostro con ambas manos—. No sé por qué mi padre no me dijo que se trataba de la joven Dunnottar. Hay algo en esa

mujer que me resulta extraño. Pero eso no es lo peor, Murdor, Tom me ha dicho que los Macdonald estuvieron aquí hace unos días. Se dirigían a Kilwinning, por lo visto hablaron de la traición de nuestro rey y el apoyo que este tiene de algunos ingleses dispuestos a traicionar a su rey inglés. Detrás de todo esto está Simón de Monfort, es el líder de esos hombres y el jefe de un grupo secreto, adivina, la orden del Dragón.

—¡Ese hombre! Hay que acabar con él. ¡Vayamos a Kilwinning!

—Sí, iremos, pero antes tengo que dejar a la joven en la abadía de la colina de Kinloss, hay que ponerla a salvo. El inglés se encaprichó de ella, o al menos eso me dijo mi padre en la celebración del juramento. Si él la encuentra imagínate lo que hará con la joven. Después está el padre Lean y Begira.

—Aldan, quienes se los llevaron son los mismos que mataron a Roy y sus hombres.

—Sí. —Se hizo un silencio—. Por cierto, Murdor, ahora la chica es mi esposa.

—¿Cómo? ¡Ja, ja, ja! ¿Tu esposa?

—Sí, mi esposa. Me he visto forzado a decirle a esa mujer que lo era, ya sabes cómo son los aldeanos y sus costumbres...

—Muy bien, pues a partir de ahora lady Katherine es una Macrae. ¡Ja, ja, ja! Además, en realidad ya la has tapado con tu manto. ¡Ja, ja, ja! —Fulminé a Murdor con la mirada, no iba a permitir que se burlase de mí sobre ese tema.

No dormí bien esa noche, los primeros rayos de sol iluminaban el interior de ese lugar. Me levanté, decidí salir de allí, necesitaba respirar. Nora estaba recogiendo huevos del corral. Estaba malhumorada.

—Señor, tiene que decirle a su esposa que no se levante. Esta mañana he entrado en la habitación y no estaba en la cama. Debe hacerle entender que está muy grave.

—¿Dónde está? —La verdad es que Katherine era un poco extraña, diferente a otras mujeres. ¿Por qué se levantaría? Y más en su estado.

—En la cama, pero es terca. ¿Sabe lo que me ha respondido? Que no me

prometía que no volviera a desaparecer. Tiene que reprenderla como esposo que es.

—No se preocupe, hablaré con ella.

—Se niega a comer. Está pálida y muy débil y no sanará si no se alimenta. Todavía está grave, aunque la fiebre ha bajado.

La observé, recogía los huevos y a la par arrancaba las hojas y tallos de plantas que crecían cerca del corral. Me adentré en el interior de la cabaña.

—A ver si a usted le hace caso y se come lo que le he dejado sobre la mesa —gritó.

—Gracias, Nora.

—No me dé las gracias, joven Macrae.

Estaba enfadado con la actitud de la joven. ¿Qué pretendía? ¿Por qué había salido al exterior? La puerta de la habitación de Katherine estaba abierta, respiré en profundidad y fui directo a reprenderla. Me sorprendí, estaba muy pálida y tenía la mirada perdida en dirección a la única ventana que había en la habitación, su expresión era triste y apenas se inmutó ante mi presencia. Cerré la puerta y me ubiqué a los pies de la cama, crucé mis brazos sobre mi pecho y la miré con interés.

—¿Por qué te has levantado? Estás muy grave, no debiste hacerlo. —Ella seguía en silencio, sin moverse y apenas pestañear—. ¿Se puede saber por qué no me contestas? —En ese momento giró su rostro, observé que sus mejillas estaban húmedas, había estado llorando, ese descubrimiento me hizo sentir compasión por la joven aunque no lo demostré.

—Quería comprobar que era de día. ¿Y Begira y el padre Lean?

—Ellos... no estaban cuando regresamos del contratiempo en el cementerio. Estoy convencido que los han capturado los ingleses. —Me miró, sorprendida.

—Los buscarás, ¿verdad? —me preguntó en tono de súplica. Me lo rogaba, o eso es lo que me pareció.

—¿Es lo que quiere que haga, Katherine?

—Sí, por favor...

—Lo haré, pero no vuelva a desobedecer a Nora. —Ni siquiera me contestó y volvió a girar su rostro y fijar su mirada hacia la ventana. Me molestaba que no me hablase—. Tengo que decirte algo. Nora, la mujer que te está curando, bueno... ella... es una mujer de tradiciones. Piensa que eres mi esposa y yo no lo negué. Así que, a partir de ahora, mientras estemos en esta aldea eres la mujer de Aldan Macrae. —No se inmutó ante mi comentario—. ¿Me ha escuchado? ¿No tiene nada que decir?

—Sí, lo he escuchado —dijo sin mirarme—. Por favor, ahora que ya me ha dicho todo lo que tenía que decirme, le rogaría que me dejase sola.

Me ignoró, su actitud me molestó. Estaba muy preocupado por ella, sabía que había estado llorando y su expresión era de tristeza. Me intrigaba. ¿Qué escondía Katherine? Mi padre dio a entender que era nuestra salvación, pero... ¿qué significaría eso?

## Capítulo 15

Nada tenía sentido, notaba cómo mi alma se debatía entre la vida y la muerte. Las fuerzas me habían abandonado y el dolor era fuerte. Esa mañana no había regresado a mi época. ¿Por qué?, no dejaba de preguntarme, ¿qué es lo que había pasado? Yo no quería quedarme allí. ¿Qué significaba? ¿Ya no regresaría más a mi siglo, me quedaría anclada en esa época de bárbaros? No podía evitar que las lágrimas rodasen por mis mejillas y que la tristeza, en ese estado y situación, hubiese inundado mi alma. ¿Por qué? ¿Acaso se puede buscar una explicación a lo que es inexplicable para una mente humana? No me conformaba, no quería ni podía quedarme allí, yo no pertenecía a ese sitio, no era capaz de aceptar y superar la tristeza que invadía todo mi ser. Tenía que encontrar la clave de todo, el manuscrito y la piedra me llevarían a la respuesta que me podría devolver a mi vida. Iría a Kinloss como me había dicho la pitonisa, quizás, si iba allí y devolvía lo que no me pertenecía, podría regresar a mi época. Sí, tenía que aferrarme a algo, lo necesitaba.

—¿Se puede saber qué le pasa? ¿A qué viene esa cara tan triste? Tendría que estar agradecida al Señor por haberla librado de la muerte. —Observé a la mujer regordeta que había entrado en la habitación, calentaba la estancia y colocaba una especie de palangana y paños blancos de lino—. Vamos a ver esa herida.

Me retiraba los paños ya secos de todo mi costado con mucho cuidado. La observaba, lo hacía con mucho cuidado para evitar que me doliese.



—Bueno, esto ya tiene mejor aspecto. —Me untó una especie de masa verde en el que había restos de hojas de plantas—. Ahora me tienes que ayudar, muchacha. Sé que te duele, pero presiona con fuerza sobre la herida mientras te hago otro vendaje. —Le obedecí—. Ya está. —Me miró y sonrió, yo le devolví el gesto.

—Gracias, Nora.

—No me tienes que dar las gracias, muchacha. Tú también has hecho mucho, posees una naturaleza fuerte. —Recogió los paños sucios y me miró, de pie, frente a mí—. Tienes suerte, jovencita, tu esposo ha estado muy preocupado y pendiente de ti, se nota que está muy enamorado y, créeme, no es muy habitual ver a un Macrae con tantas atenciones con su esposa.

Se marchó de la estancia. ¿Mi esposo muy enamorado?, no pude evitar esbozar una sonrisa. ¡Si ella supiera!, dije en alto. Me levanté, a pesar de los dolores y la debilidad que sentía no podía estarme quieta, sabía que tenía que hacer el esfuerzo por recuperarme. En ese momento se volvió a abrir la puerta, era otra vez Nora.

—Pero... ¿Se puede saber qué hace? Tiene que acostarse.

—Gracias, Nora. No puedo estar tumbada, necesito moverme.

—Acuéstate, por favor, te traigo el desayuno.

—Me gustaría tomarlo en la sala donde ustedes desayunan, no quiero estar sola.

—¡Uff! ¿No pensarás salir así? Necesitas ropa y de mujer. Ya me explicó tu esposo por qué tenías esas vestimentas de muchacho. Una joven nunca debe llevar ropa de hombre porque después te atacan como te pasó a ti.

—Gracias —le dije mientras desaparecía de la sala refunfuñando.

Apareció en cuestión de segundos con un vestido de lana y el tartán de Aldan, se puso frente a mí y empezó a intentar quitarme el camión, yo me retiré. ¿Qué es lo que pretendía? Sabía vestirme sola.

—¿Se puede saber qué le pasa? Se te va a volver a abrir la herida.

—Puedo vestirme sola, gracias. —Me miró extrañada ante mi comentario.

—Se nota que le ha afectado la fiebre. Este vestido era de mi hija, yo creo que le quedará bien, más o menos ella era igual que usted. —Entendí que no dejarla ayudarme era un desprecio, así que accedí, en realidad necesitaba ayuda, me dolía el costado donde estaba la herida—. Su esposo me ha dado su tartán para que se lo ponga por encima, la mañana es húmeda y fría.

—¿Su tartán? No, no hace falta. —No quería llevarlo, aborrecía a ese hombre y no deseaba ponerme nada que le perteneciese. Nora estaba atónita ante mi respuesta.

—¿Qué esposa no quiere portar los colores de su esposo? —Me miraba sin apenas pestañear—. Además, no sé si sabe que a Aldan Macrae no solo se lo conoce por ser uno de los laird más temidos de todas las Tierras Altas. Nadie quiere encontrarse con él, y menos declarar la guerra a su clan. Pues como le decía, no solo se lo conoce por su valentía y fiereza, sino por lo atractivo y cotizado que está, bueno... estaba, entre las escocesas solteras de clanes amigos de los Macrae. Tienes suerte, jovencita, de haber sido la agraciada en casarte con él. —¡Suerte!, pensé. ¡Lo que faltaba!

—Él también ha tenido suerte de casarse conmigo —respondí. Nora prefirió no contestarme y centrarse en vestirme, pero estaba claro que mi respuesta la había contrariado. Cambié de tema.

—¿Dónde está su hija, Nora? —Su semblante cambió y nada más al verla me arrepentí de haberle hecho esa pregunta.

—Está muerta. —Ambas guardamos silencio. Después de unos segundos continuó hablando—. La asesinó un Macdonald, por eso en esta aldea no es bienvenido ningún hombre perteneciente a ese clan, aunque tenemos que atenderlos cuando se instalan en nuestra aldea para evitar que hagan daño a alguno de nosotros.

—Lo siento mucho, Nora.

—Tú me recuerdas a ella. Milred era muy bonita, como tú. Su problema era que coqueteaba demasiado, yo la reprendía muy a menudo, pero ella era joven y nunca me escuchaba. Un día, el laird de los Macdonald junto con varios de

sus guerreros, aparecieron en nuestra aldea, nosotros pertenecemos a los Mackenzie y trabajamos sus tierras, los Macdonald y los Mackenzie se odian y llegaron para quitarnos todo lo que teníamos. Nuestros hombres les hicieron frente, pero enseguida ellos, con sus armas, nos acorralaron y fue cuando el hermano del jefe del clan Macdonald se fijó en Milred, abusó de ella y después la mató. —Las lágrimas asomaron por su rostro. La abracé y consolé como pude.

—Lo siento mucho —le dije.

—Gracias, muchacha. Te queda muy bien el vestido, ahora sí que pareces lo que eres, una mujer muy bonita. —Me puso el tartán de Aldan—. Ven a la sala, el desayuno ya está en la mesa y tu marido se alegrará de verte en pie.

—Sí, mi marido... —dije con ironía. Nora levantó una de sus cejas ante el tono de mi respuesta—. Seguro que se alegra —continué para suavizar el tono anterior, ella no debía sospechar que todo era una mentira.

Nora se fue de la habitación y yo esperé unos segundos antes de seguirla, después atravesé el umbral de aquella puerta, allí, en una mesa de madera colocada en el centro de la estancia estaban el marido de Nora, Aldan y Murdor. Todos me miraron sorprendidos, en especial Murdor, quien me observaba sin apenas parpadear al verme con el tartán de los Macrae, esbozó una sonrisa. Aldan no expresó ningún tipo de sentimiento, era como si le fuese totalmente indiferente, se puso de pie y cruzó sus brazos bajo su pecho. Visto así era muy atractivo, su gran estatura, su complexión fuerte y su bello rostro lo harían irresistible ante cualquier mujer, claro, menos a mí, pensé. No soportaba la forma despectiva en que me miraba, sus órdenes constantes, ¿qué se pensaba que era?, ¿uno de sus soldados a los que manejar a su antojo? Me irritaba solo con su presencia y, a pesar de que sus bonitos ojos color miel me resultaban irresistibles, su manera de comportarse conmigo me hacía sentir rechazo hacia él, tenía que encontrar el momento para hacerle ver que yo no era su marioneta.

—Ahora sí que parece una mujer, no como la traía vestida de hombre —

refunfuñó Nora mientras ponía unos panecillos recién hechos sobre la mesa.

—Sí, mucho mejor así —dijo Aldan sin esbozar ni una sonrisa.

—Siéntate, querida, al lado de tu esposo —dijo la anciana.

Avancé despacio, me mareaba y no quería caerme de bruces delante de esos hombres. Aldan debió intuirlo pues me agarró con fuerza de la cintura y me ayudó a sentarme.

—Gracias —le dije.

—No tenía que haberse levantado —me dijo molesto.

Nora se nos quedó mirando.

—No puedo creer que un Macrae trate a su esposa de usted, eso nunca lo he visto.

—¡Ja, ja, ja! —Rio Murdor. Aldan lo miró molesto.

—No nos conocemos todavía mucho —respondió el escocés.

—¡Ja, ja, ja! —Murdor volvió a soltar una gran risotada—. Ni se conocen ni todavía han tenido su noche de bodas.

La mirada de Aldan era de ira hacia su amigo.

—¡Eso no puede ser! ¡Qué desgracia! —dijo Nora sorprendida.

—No, no es ninguna desgracia, Nora, en realidad hemos llegado ambos a un acuerdo. A mí me impusieron casarme con él, pero yo no lo amo, no lo conozco. Debemos esperar hasta estar en tierras del clan de mi esposo para tener nuestra noche de bodas. ¿No es así, esposo mío? —Aldan se atragantó ante mi pregunta. Me lanzó una mirada desafiante, sabía que estaba molesto con mis comentarios.

—¡Muchacha! ¿Cómo puedes hablarle así a tu esposo? —dijo la aldeana sorprendida.

En ese momento es cuando me di cuenta que había metido la pata. Murdor se había quedado con la boca abierta sin dar crédito a lo que había escuchado, el marido de Nora apenas apartaba su mirada del panecillo que había cogido por miedo de ver la reacción de Aldan y, este último, me observaba con rabia, sabía que este comentario me traería consecuencias.

—Por favor, ¿nos pueden dejar solos? Tengo que hablar con mi esposa.  
Nadie rechistó, todos se levantaron y desaparecieron de la sala.

—¿Se puede saber qué es lo que pretende? —dijo enfadado.

—No entiendo por qué me pregunta eso.

—¿Qué no lo entiende? Me ha dejado en evidencia. Ninguna mujer osaría decirle eso a un hombre y menos al jefe de los Macrae. La reprenderían al momento con un castigo —dijo enfurecido.

—Tampoco he dicho nada que pueda ofenderos. No estoy casada con usted y no lo amo, por lo tanto no he mentado. Además, la culpa la tiene usted, ¿a quién se le ocurre tratar de usted a una esposa?

—Le prohíbo que vuelva a hacer ese tipo de comentarios —ordenó. Ante aquella insinuación no pude contenerme. Me incorporé y me puse frente a él, su estatura y envergadura me imponían, de hecho retrocedí para no estar muy cerca de él, el escocés se percató de ese pequeño detalle. Se dibujó en su rostro media sonrisa que me irritó aún más, me sentía en desventaja ante aquel gigante con mirada fría y expresión enojada.

—¡A mí nadie me prohíbe nada, Aldan Macrae!

—Pues no vuelva a hacer esa clase de comentarios o tendré que reprenderla.

—Ni lo intente —le dije dándole la espalda con la intención de alejarme de él y meterme en la habitación, pero en ese momento me dio un dolor fuerte en el costado que me hizo estremecer y perder el equilibrio. Él evitó que cayese al suelo. Sus brazos rodearon mi cintura, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Estando tan cerca de ese guerrero el corazón me latía de manera acelerada. ¿Por qué ese hombre provocaba esas reacciones en mí? Me resistía a aceptar que me encantaba estar entre sus brazos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y yo rezaba para que él no se percatase de cómo reaccionaba mi cuerpo ante su cercanía y contacto. Además, ¡olía tan bien!

—Es terca, no debía haberse levantado, todavía está débil, la herida no ha cerrado y hasta hace poco tenía bastante fiebre. —Me dejó con suavidad sobre la cama y se sentó a mi lado—. A partir de ahora nos trataremos de tú, al

menos mientras estemos aquí y dure esta farsa. En cuanto se recupere partiremos para Kinloss, pero tiene que alimentarse para estar fuerte por el camino —todo lo que dijo sonó a una orden.

Había pasado una semana desde la última vez que hablé con Aldan, había evitado estar cerca de mí. Nora pensó que era su forma de reprenderme por el comentario que hice, aunque yo no entendía muy bien su actitud. Desde que me hirieron no volví a regresar a mi época, algo que me tenía abatida, triste y desconcertada.

Todas las mañanas recorría la pequeña aldea, sus habitantes me observaban con interés, pero se rehusaban a hablar conmigo. El jefe de la aldea estaba la mayor parte de las veces reunido con Aldan y Murdor, se los veía preocupados aunque siempre se congregaban en una de las cabañas que habían dejado a Murdor y Aldan para alojarse mientras estuviésemos allí. Como Aldan se negó a pasar las noches y los días conmigo, algo que en cierta manera agradecí, los aldeanos se apartaban también de mí porque pensaban que algo había hecho para que el laird renunciara a estar conmigo. Todos seguían su ejemplo a excepción de Nora y su esposo que siempre me decían que ya se le pasaría y que los aldeanos temían a los Macrae y por eso imitaban su forma de actuar.

Echaba de menos mi rutina, el colegio, los alumnos e incluso las tutorías con los padres, algo que jamás pensé que extrañaría. Me sorprendía que allí, los niños, solo trabajasen en tareas que competían a los adultos, apenas los veía jugar y mucho menos instruirse en la lectura y escritura, solo trabajar y entrenar para ser un buen soldado. Me indignaba al observarlo, se perdían su infancia. Me fijé en cómo una niña de unos cuatro años iba a coger huevos de una de las gallinas que andaba a sus anchas por la aldea. Estaba cerca de mí. Me sonrió con dulzura y yo le devolví el gesto.

—¡Hola! —le dije—. ¿Cómo te llamas?

—Rosslyn —dijo mientras guardaba con cuidado los huevos en un cesto de paja. Me miró—. ¿Y usted? —iba a decir Mónica, pero me di cuenta que allí no podía decir ese nombre.

—Katherine.

—Me gusta.

—Muchas gracias. Tu nombre también me gusta. —La niña sonrió.

—Mi madre opina que es usted muy bonita y yo pienso lo mismo.

—Tú también eres una niña muy bella. —La niña sonrió.

—Además, me cae bien. Mi mamá dice que no podemos hablarle porque ofenderíamos al laird, ya que él no le habla.

—¿Eso dice tu mamá? —La niña asintió—. Pues vamos a hacer una cosa, yo no voy a decirle a tu mamá que me has hablado, este va a ser nuestro secreto.

—Vale. Ella dice que el señor debe estar muy enfadado con usted. En realidad a mi mamá le da usted pena, dice que tiene una mirada muy triste y que no debe ser feliz, ella le echa la culpa al señor.

—¡Vaya! ¿Todo eso dice tu mamá? —Estaba sorprendida por las murmuraciones.

—Sí, pero no se lo diga, si no me castigaré.

—Es nuestro secreto, Rosslyn.

—Esta noche estará en la fiesta, ¿verdad?

—¿Fiesta? No sabía que había una celebración.

—Sí, es en honor al laird. Dice mi mamá que va a ser divertido. Mi mamá está preparando tartas muy ricas.

—¡Uy!, entonces no me lo perdería por nada en el mundo, quiero probar las tartas de tu madre. —La niña sonrió.

—¡Rosslyn! —gritaban desde la lejanía.

—Esa es mi mamá —dijo la niña asustada.

—Pues entonces debes ir con ella, que no nos descubra. —Le guiñé un ojo. Ví alejarse a la niña.

Avancé, escuché gritos y mucho jaleo muy cerca de donde me encontraba.

Algunos aldeanos habían hecho un círculo entorno a un grupo de hombres, me hice un hueco para averiguar a qué se debía tanto alboroto. Eran cuatro guerreros que se daban golpes con Aldan y Murdor, algo que a mí me parecía bruto y violento para ellos suponía un saludo de alegría por verse. Todos llevaban kilt, pero los cuadrados de sus faldas eran de distinto color a los de los Macrae. Hablaban en gaélico y yo no entendía nada, me iba a escabullir de allí, no quería que el escocés viese que los estaba observando, en ese momento noté cómo todo el mundo se giraba y me miraba, algo pasaba. Entonces uno de esos hombres vino hacia mí.

—¡Vaya! Así que esta preciosidad es tu esposa. —Al escuchar esas palabras y un examen obsceno de arriba abajo, lo reté a ese hombre con la mirada—. La hija del conde de Dunnottar, la vi en el juramento. —Me molestaba que hablaran como si yo no estuviese.

—Sí, es ella —respondió Aldan mirándome con intensidad. Sabía que se estaba divirtiendo ante mi irritación y sorpresa. Tenía los brazos cruzados y media sonrisa en su rostro.

—¿Y usted, caballero? ¿Quién es? —le dije molesta. Se sorprendió ante mi pregunta.

—¡Ja, ja, ja! —Rio.

—No le veo la gracia. Usted sabe quién soy yo, pero yo no tengo el placer de conocerlo y, créame que me gustaría saberlo. —Su cara de asombro iba en aumento.

—¡Katherine, ya basta! —ordenó. Aldan se acercó y agarrándome del brazo me apartó de ese lugar, me adentró en el bosque cercano a gran velocidad y a la fuerza—. ¿Se puede saber qué es lo que te ocurre? —Desde la lejanía podía escuchar las risotadas de esos brutos.

—¡Ese hombre me ha ofendido!, no es forma de dirigirse a una dama. —Él arqueó las cejas.

—Me has dejado en evidencia. Es el jefe de los Maclean, le debes respeto como esposa que eres de un Macrae. —Aquellas palabras fueron la puntilla



para enfadarme aún más.

—Ni soy tu esposa ni debo respeto a un hombre que me mira con lujuria. Me molesta y ofende, no lo voy a permitir.

—No te entiendo, de verdad. ¿De dónde has salido? Estoy deseando llegar a Kinloss, milady, para dejarte allí.

—Y yo ansío que así sea. Estaré encantada de perderte de vista, Macrae. — Me miró sorprendido ante mi respuesta. No lo soportaba, engreído, altivo, orgulloso y muy muy atractivo, esto último me martirizaba, ya que, bajo ningún concepto, iba a permitir que él se diera cuenta de ese detalle.

—¡Aldan! —nos interrumpió Murdor, se giró para mirarlo—. Han llegado Mackenzie, van a Balleter, a las Justas. Este año se celebran en las tierras de los Grant. Tendrán lugar dentro de una semana. Hay algo importante que debes escuchar de Shaw Mackenzie.

Murdor tenía cara de preocupación. Aldan lo notó, se giró para mirarme.

—Seguiremos con esta conversación más tarde —me dijo.

—No hace falta, Macrae, para mí ya hemos terminado —respondí.

—Pero para mí no. —Me miró con intensidad e ira y después se alejó.

¿Qué se había creído?, mi corazón latía con celeridad, parecía que se me fuese a salir. ¡Pues no le iba a dar el gusto!, pensé. A pesar de estar en una época a la que no pertenecía, no iba a permitir que un hombre tratase de amedrentarme de esa manera ni imponer sus órdenes. Respiré y me fui hacia la cabaña de Nora, quería desaparecer de allí.

## Capítulo 16

No me dio tiempo a que Murdor me explicase lo que me tenía que decir Shaw, pero por su expresión sabía que no eran buenas noticias, lo conocía muy bien para saber que era algo que me disgustaría. Todavía estaba molesto con la joven, pero tenía que reconocer que había algo en ella, aparte de ser una mujer muy bonita, que me atraía como nunca antes me había atraído en una mujer. Intentaba convencerme que era una consentida y que ningún hombre querría tenerla como esposa, pero en el fondo no podía dejar de mirarla cuando ella estaba cerca de mí, sentía la necesidad de estar próximo a ella. ¿Qué me estaba pasando? No iba a permitir que me desconcentrase una mujer de mis obligaciones. Tenía que llevarla cuanto antes a Kinloss para olvidarme de ella y apartarla de mi vida. ¡Testaruda!, murmuré. Murdor me observaba con prudencia, sabía que estaba enfadado y en ese estado era peligroso herir mi orgullo varonil.

Vi a Shaw con sus soldados, todos iban a las Justas del festival de verano que se celebraban cada año, en esta ocasión sería en Balleter, en el castillo de los Grant. Al verme, Shaw vino con rapidez hacia donde yo estaba seguido de sus guerreros.

—Murdor me ha dicho que tienes algo que decirme —le dije.

—Así es. —Su voz temblaba, sabía que mi presencia siempre infundía un gran respeto y temor.

—¡Habla! —le ordené. No estaba de buen humor después de la conversación

mantenida con Katherine.

—Fuimos a ver a tu padre para informarle que tenemos que hacer algo con esos Macdonald. Roy estuvo en nuestras tierras y se apropió de parte de nuestro trigo. —Al escuchar hablar de Roy recordé su cuerpo muerto junto con el de sus hombres en el río.

—Roy ha muerto —le dije—, así como algunos de sus soldados.

—¿Cómo? —Shaw estaba sorprendido.

—Sí, fueron ingleses. Están en suelo escocés, Shaw.

—Pero eso significa que habrá batalla, los Macdonald pensarán que hemos sido alguno de nosotros.

—Lo sé, pero hasta que eso ocurra podremos organizarnos y armar un ejército uniendo nuestras fuerzas. —Lo observé, estaba nervioso—. Continúa con lo que me ibas a decir.

—Me encontré a tu padre abatido, Aldan. Tu hermano se ha escapado para luchar en las Justas de Balleter.

—¿Akir? —pregunté preocupado.

—Sí. Nos contó tu padre que le ordenó que no fuese, pero él dijo que ya tenía doce años y que era un hombre para competir y luchar.

—¿Pero dónde tendrá ese bruto la cabeza? —dije en alto. Estaba preocupado. Las Justas eran peligrosas para un muchacho de su edad que ni siquiera tenía experiencia en un campo de batalla. Iría a buscarlo y cuando lo encontrase se llevaría una buena reprimenda.

No pude dejar de pensar en toda la tarde en Akir. Era ya de noche y comenzaba la fiesta. La música sonaba y las mujeres habían puesto una gran mesa de madera repleta de viandas. Los hombres bebíamos cerveza, pero mi mente no estaba en las conversaciones de los otros guerreros entorno a las Justas sino en mi hermano, temía por su vida. En las Justas, aunque aparentemente se dejaba a un lado todo tipo de rencillas y enemistades para competir, el odio entre clanes era evidente y, a veces, se aprovechaban esos juegos para asesinar a los enemigos. Los Macrae éramos muy envidiados.

Escuché risas tras de mí. En ese momento Shaw golpeó mi hombro.

—Así que esa joven tan bonita, que porta tus colores, es tu esposa. —Miré hacia donde Shaw me indicaba. Estaba muy guapa, llevaba su pelo negro, suelto, adornado con pequeñas flores blancas. Su sonrisa me hechizaba. Ella no era consciente del poder que tenía sobre mí, yo tampoco era consciente de ello. La observaba embriagado por su presencia, no podía apartar la mirada de la muchacha. ¿Qué me estaba pasando con esa mujer? Siempre había estado rodeado de damas muy bonitas, pero con ninguna me había pasado lo que me ocurría ahora con Katherine. El corazón parecía que se me iba a salir siempre que estaba tan cerca de ella; además, la consideraba de mi posesión, ella ya me pertenecía, era mía, portaba mi tartán y eso me daba derechos sobre ella. Nadie más debía albergar ninguna esperanza en conquistarla, sentimiento absurdo que me atormentaba, pues me autoconvencía de que yo no quería a ninguna mujer en mi vida. Estaba confundido y no iba a permitir que ella ni nadie percibiese mi lucha interior por evitar esos sentimientos.

—Sí, ella es mi esposa —respondí con cierto celo mientras me llevaba a la boca la jarra de cerveza.

—Pero, por lo visto, no dormís en el mismo lecho. Es la comidilla de toda la aldea. ¡Ja, ja, ja! —rio—; así que, lo mismo prefieres dármela a mí y tú liberarte de esa carga. —Ante su comentario y sus risotadas me giré apuntándole con la punta de mi espada en su garganta, su rostro cambió de expresión y la sonrisa se le borró del rostro.

—Con mi esposa nadie se mete ni hace bromas. Ella es mía, mi mujer, la mujer del laird, y tú, como todos tus hombres, le debéis un respeto. Quien se mete con ella se mete conmigo, quien la ofende me ofende a mí. Si duermo o no en el mismo lecho no es asunto tuyo. ¿Ha quedado claro? —grité. Me había enfadado. No iba a permitir que hablaran de ella y menos que tuviesen intenciones deshonestas con la joven.

En ese momento vi cómo Nora se acercaba a mí.

—¡Aldan Macrae! ¿No va a sacar a su bonita esposa a bailar? Como buen

escocés debe hacerlo con su joven esposa, y como recién casados tiene que besarla en señal del amor que se profesan y hacer las paces. ¿Dónde se ha visto que dos esposos no estén deseando estar juntos? —dijo refunfuñando.

—Sí, a mí me gustaría ver ese beso —dijo Murdor con ironía. Lo miré rabioso.

Katherine era ajena a todos esos comentarios. Jugaba con una niña que no se alejaba de ella, enseguida otros pequeños se arremolinaron entorno a su presencia.

—Sí, joven Macrae, yo también quiero ver ese beso —dijo Shaw. Estaban todos muy bebidos.

En ese momento empezaron los Mackenzie y Maclean a insistir y burlarse de mí para que besase a la joven. Los aldeanos, a pesar del sonido de la música, empezaron a darse cuenta de lo que decían, Katherine escuchó los bramidos de los Maclean, ella me miró en ese momento.

Nadie iba a cuestionar mi hombría, así que cogí una copa de vino, ella debía beber de la misma copa, era la costumbre escocesa, el esposo daba de beber vino a la esposa y después este bebía de su misma copa, ese gesto ya era considerado como un compromiso que solo la muerte podría romper. La mujer, al acceder de manera voluntaria, a compartir la misma copa, pertenecía ya a ese hombre, cualquiera que osase a meterse con ella se metía con el esposo y todo su clan. Me acerqué a grandes zancadas donde estaba Katherine, petrificada, asombrada, sin poder reaccionar.

—¿Qué es lo que pretendes? —me preguntó. Éramos el centro de atención de todos los allí presentes.

—Lo sabes muy bien, milady —respondí.

—¡No se atreverá! —me dijo.

—Un hombre tiene honor. Yo soy un Macrae y nadie puede poner en duda mi hombría. Además, ante los demás tú eres mi esposa y les resulta muy raro que no durmamos en el mismo lecho y que no nos profesemos caricia alguna. Ya sabes, mujer, debemos aparentar que nos amamos, aunque tú y yo sabemos que

es mentira. —Le guiñé un ojo y observé cómo se ruborizaba, gesto que me encantaba observarlo en ella.

—¡Bebe! —le ordené. Le ofrecí la copa de vino.

—¿Por qué?

—¿Es que todo lo vas a cuestionar? ¡Bebe! —Mi voz sonó fuerte, para mi sorpresa ella me obedeció. Después de que Katherine bebiese un sorbo, yo bebí por el mismo lado del de ella. Estaba claro que Katherine no sabía el significado de lo que acababa de hacer, sonreí para mis adentros—. Ahora acércate a mí, mujer, tenemos que demostrar que nos amamos.

—¡Qué estupidez! —dijo mientras se daba la vuelta.

En ese momento la así del brazo y tiré de ella hasta que cayó sobre mi pecho. Me gustaba tenerla junto a mí, en mis brazos.

—¿Se puede saber lo que estás haciendo?

—Lo que un esposo debe hacer con su mujer, querida Katherine.

Su boca era una tentación para cualquier hombre, había deseado besarla desde que la vi por primera vez en mi castillo y, a pesar de que intentaba poner de manifiesto que para mí era una cuestión de salvar mi honor, no era así, lo deseaba, deseaba probar sus labios y besar esa sonrisa. Le rodeé la cintura y la retuve con fuerza entre mis brazos, saboreé ese momento, noté cómo su cuerpo temblaba y reaccionaba ante mi proximidad, esa sensación me excitaba y me gustaba, me hacía ver que yo tampoco le era indiferente.

—No te atreverás... —Su voz se entrecortaba mientras forcejeaba para separarse de mí. Aquello me hizo gracia, era imposible que con mi fuerza pudiese desenredarse de mis brazos. Le sonreí y bajé mi rostro hasta que sentí sus sedosos labios sobre los míos, ella se resistía, pero ante mi asombro solo duró unos segundos porque después la joven respondía libremente a mi beso. El corazón parecía que se me fuese a salir, jamás había experimentado tanta atracción por una mujer, y ese beso había hecho que la desease en ese instante y que sintiese la necesidad de hacerla mía. Me aparté y la observé con una sonrisa en los labios. Quería seguir besándola y llevármela en ese momento a

la cama, pero me detuve, sabía que no debía seguir más porque si no, no iba a poder evitar llevarla al lecho junto a mí. Nunca forzaría a una mujer a yacer conmigo en contra de su voluntad.

—¿A que no ha sido tan duro, Katherine? —lo dije con burla.

—¡No lo vuelvas a hacer! —me respondió sonrojada. Su voz temblaba y ese descubrimiento me gustó, solo me confirmaba que no me odiaba tanto como profesaba.

—Pues yo creo que te ha gustado y deseas que lo repita, lo veo en el brillo de tus pupilas. —Le guiñé un ojo y me marché junto con los hombres.

Observé que Nora nos contemplaba con una amplia sonrisa y acudía a Katherine, quien todavía estaba quieta y sonrojada en el mismo lugar que la había dejado. Después de probar sus labios sabía que iba a querer besarlos otra vez, no me iba a poder resistir a ellos. Todo el mundo bailaba y se divertía. Murdor se acercó hacia mí.

—Juraría que ese beso te ha gustado —me dijo.

—Y a quién no le gusta besar a una mujer bonita. —Ambos nos reímos.

—Aldan, me preocupa lo de tu hermano. ¿En qué estaría pensando ese mocoso?

—Ailbert es su tutor, ¿cómo se lo permitió? —dijo Murdor.

—Eso es lo que me extraña aún más. Mañana partimos a Balleter. La muchacha está mucho mejor y ya puede cabalgar; además, ya no hay peligro de que la herida se le infecte, Nora dice que está cicatrizando muy bien.

—Sí, pero hay que llevarla a Kinloss.

—En cuanto solucionemos lo de Akir iremos a Kinloss. —Hice una pausa—. Hay algo que me preocupa aún más. Debemos encontrar al padre Lean y Begira y quizás en las Justas, un festival al que acude mucha gente, podamos averiguar algo al respecto. Hay un misterio entorno a Katherine que me tiene intrigado. Los ingleses se hicieron con ellos, eso lo sé y he de encontrarlos, pero también fueron los que mataron al grupo de guerreros Macdonald y, lo peor de todo, es que de esa muerte, lo más probable es que nos culpen a

nosotros, nos vieron por esas tierras. —Hice una pausa—. Simón de Monfort quiere a Katherine, y ese tema también me obsesiona bastante.

—Sí, yo también lo creo.

Estaba decidido, partiríamos al día siguiente.

La mañana prometía ser dura, Katherine estaba molesta ante la idea de desviarnos del camino que llevaba a Kinloss, era terca y se empeñaba en contradecirme en todo momento. No entendía cómo no temía enfrentarse a mí, siempre infundía miedo y un gran respeto a todo el que se topaba conmigo, a todos menos a ella. Aunque no fuese su laird, ella, como mujer, debía controlar sus impulsos y su carácter, me ponía en evidencia delante de todo el mundo y eso no lo iba a permitir. No obstante, debía reconocer que el que ella fuese así me volvía loco, era un defecto que me encantaba, y aprovechaba su rebeldía para provocarla. Verla molesta y ofendida me divertía, ¡claro que me divertía!, sonreí.

—Mi padre te exigirá explicaciones, no solo desaparecen Begira y el padre Lean, sino que cambias la ruta poniendo en peligro mi vida. ¿Te das cuenta lo que eso significa? Claro, que a ti solo te importa tu ego. Te dan igual los demás mientras tu hombría esté a salvo —decía ella.

No podía más, no había dejado de hablar desde que salimos, sabía que no iba a aguantar un viaje así. ¡Mujeres!, pensé. Detuve mi caballo, lo giré y me puse frente a ella, Murdor iba tras la joven. Conociéndolo seguro que él también tenía un dolor insoportable de cabeza. ¡No paraba de hablar! Nosotros estábamos acostumbrados a conversar lo menos posible, eso nos distraía y debilitaba nuestros sentidos.

—Milady, voy a intentar ser lo más cortés que un escocés puede ser, créeme que para mí esto supone un gran esfuerzo porque no estoy acostumbrado a ello.

—Murdor carraspeó su garganta y percibí una sonrisa en su rostro—. Si no se calla soy capaz de atarla al tronco de un árbol, ir a las Justas y después regresar a este mismo lugar para recogerla. Cuando estoy tenso y me alteran en exceso el sentido común desaparece y soy capaz de eso y mucho más, mi



reacción es descontrolada y hago cosas inimaginables para la mente humana. —Estaba exagerando, jamás la dejaría allí, pero sabía que era la única forma de meterle el miedo en el cuerpo y que hiciésemos el resto del camino en silencio—. Y contigo, milady, estoy llegando a ese límite, así que mantén tu preciosa boca cerrada, estás mucho más bonita.

—¿No serías capaz, bruto insolente? —respondió ella.

—No me pongas a prueba —le respondí.

—Créame que sí será capaz, milady. —Murdor esbozó una gran sonrisa sin que ella lo viese, sabía cuál era mi juego y me seguía.

—¿Has entendido bien lo que te he dicho? —le pregunté.

—Sí, muy bien —respondió molesta.

Me giré y por fin respiré, ¡qué tranquilidad!

Estaba anocheciendo y debíamos detenernos, suponía que la joven estaba agotada del viaje. Era fuerte y eso me gustaba, aunque sabía que lo hacía por orgullo, ya que su rostro estaba pálido y desencajado. No había abierto la boca desde la última vez y empezaba a echar de menos sus comentarios. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordar su expresión de asombro ante lo que era capaz de hacer si seguía hablando. ¿Cómo podía pensar que yo le haría eso?, claro, no me conocía. Sabía que algo la asustaba, tenía que averiguar qué era.

—Pasaremos en este lugar la noche —dije.

Nos detuvimos. Di un salto. Murdor ayudaba a Katherine a bajar de su caballo. La observé, estaba dolorida de tanto cabalgar, me sentí culpable de ello, debíamos haber hecho más paradas, ella no estaba acostumbrada a grandes recorridos, además estaba todavía convaleciente. El sonido del río se escuchaba muy cerca. La vi que caminaba en esa dirección.

—¿Se puede saber adónde va? —le pregunté. Ella no me respondió y ni se giró para mirarme, continuó andando hacia esa dirección. Miré a Murdor quien contemplaba la escena divertido—. ¿Quién comprende al sexo femenino?

—¡Ja, ja, ja! Recuerda que prácticamente le has prohibido hablar, memoriza tus amenazas, yo tampoco me dirigiría a ti por miedo.

—¡Pero eso era en el viaje! ¿De dónde ha salido esta mujer?

—Diferente al resto sí que es. Ninguna joven osaría a retarte de esa manera, pero esta no teme al primogénito Macrae ni a nadie.

—¡Mujeres! Jamás las entenderé. Es por ese motivo que huyo de ellas. Solo traen complicaciones.

—Pues fíjate que ella me recuerda mucho a alguien. —Murdor soltó una carcajada.

—¿Qué insinúas, Murdor? —le dije molesto.

—¡Que es como tú, muchacho!

—Ella es una mujer y no puede retar así a un laird.

—Pues sí lo hace y, la verdad, resulta divertido.

Ambos nos reímos. Decidí seguirla, tenía que protegerla y podría haber alguien por los alrededores. Además, me estaba planteando seriamente que quizás para las Justas sería mejor que siguiese vestida de muchacho, pero esta vez con el tartán de los Macrae, así nadie osaría meterse con ella. La observé, estaba arrodillada cogiendo agua con ambas manos y echándosela con suavidad en su rostro. ¡Qué bonita era! Tenía que ocultar su belleza, si no las Justas serían una verdadera lucha de clanes, no podría soportar las obscenas miradas de los guerreros hacia ella. Lo acababa de decidir, se vestiría con ropas de muchacho, lo más difícil sería convencerla y darle los argumentos adecuados. Era una fierecilla, el combate verbal con ella me gustaba y divertía, sí, lo tenía que admitir. Avancé y enseguida se percató de mi presencia, se giró y se puso en pie. Noté miedo en su mirada. ¿Por qué me temía? No quería despertar en ella ese sentimiento.

—Es peligroso que te acerques al río sin antes inspeccionarlo Murdor o yo. Recuerda lo que te pasó. Los ingleses y los clanes enemigos no respetan tanto a las mujeres como los Macrae, si te ven no dudarán en... —me interrumpió.

—No hace falta que lo digas, imagino lo que querrán hacerme.

—Vaya, por fin hablas otra vez —me burlé.

—Sí, aunque no debería hacerlo, porque puedes perder el control y... la verdad..., no quiero comprobar lo que serías capaz de hacer, Aldan Macrae —dijo con ironía.

—¡Ja, ja, ja! —Me apoyé sobre el tronco de un árbol, con los brazos cruzados dispuesto a disfrutar de la conversación con ella—. A lo mejor te gustaría que perdiese el control... —Ante mi comentario se ruborizó, sabía a qué me refería en ese momento, al beso que le di en la aldea.

—Ya te he dicho que no es algo que quiera averiguar. Por favor, si ya has comprobado que no hay nadie me gustaría estar sola antes de que anochezca.

La notaba asustada. El sol se estaba ocultando y pronto oscurecería al completo.

—Me quedaré aquí, tengo que protegerte. Me giraré para que tengas intimidad —iba a protestar, pero prefirió no decir nada, sabía que no iba a convencerme. Esperó a que yo cumpliera mi palabra y así lo hice—. ¿Por qué estás nerviosa cuando se va a ocultar el sol? ¿Tienes miedo a la noche? —Se hizo un silencio—. ¿Estás ahí? Responde o me doy la vuelta.

—Sí, sigo aquí. Nunca he tenido miedo a la noche, pero ahora sí, temo que llegue esta hora del día, siento pánico cada vez que se va a ocultar el sol. — Sus palabras eran sinceras.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No creo que te interese, Macrae.

—Sí, claro que me interesa. Tengo que saber todo de ti, eso me permite protegerte mejor —mentí, en realidad quería saber todo lo relacionado con ella, porque Katherine me importaba cada vez más.

—Lo siento, pero es algo que ni siquiera yo encuentro una explicación. No insistas, Aldan, no voy a responderte esa pregunta.

Estuvimos bastante tiempo en silencio. Escuchaba el chapoteo de su cuerpo en el agua y deseaba estar junto a ella, acariciar su cuerpo y besar sus bonitos labios. ¿Cuánto tardaba? ¿Qué estaría haciendo? Sentía un impulso de darme

la vuelta y observarla, pero me contuve.

—Hay algo que tengo que decirte. Quiero que te vuelvas a vestir de muchacho. ¿Conservas las ropas?

—Sí —respondió—, Nora me las lavó y yo las guardé entre mis cosas. Pero... ¿Por qué?

—Las Justas es un lugar de encuentro de clanes. No creo que tenga que explicarte lo peligroso que puede ser si alguien de los que te persiguen te reconoce, Katherine. Es mejor que te ocultes tras ropas masculinas; además, llevarás el tartán de los Macrae, de esa forma nadie osará meterse contigo.

—Pero... tendré que dormir con hombres y comportarme como tal y yo... — Comprendí el temor que sentía en aquel momento.

—Tranquila, cada clan tiene su propia tienda, solo dormirás conmigo y mis hombres que ya estén allí para los juegos.

—Pues a eso me refiero, contigo y tus hombres... Descubrirán que soy una mujer, Aldan. No sé luchar y no hablo gaélico.

—En eso tienes razón. Pero yo te ayudaré si hay alguna dificultad. Estaré a tu lado en todo momento. No tienes que preocuparte ni temer nada.

En ese momento se puso delante de mí.

—Muy bien, ¿así mejor? —Se había puesto las calzas y el gambesón. La miré sorprendido—. Ya te dije que estaba entre mis cosas y no quería hacerte otra vez venir hasta aquí. —Me guiñó un ojo y se puso a andar camino a donde estaba Murdor.

Sonreí, me gustaba, de eso estaba convencido, e incluso así, con sus calzas de muchacho, resultaba muy atractiva. Me puse a su lado.

—Has olvidado un pequeño detalle, milady.

—Cuál, Macrae.

—Tu pelo, debes ocultarlo. Diremos que eres un familiar lejano que ha estado mucho tiempo con los ingleses, así justificaremos que no sepas gaélico.

—Tranquilo, me haré un recogido como he visto a muchos de los vuestros que portan largas melenas.

La jornada había sido larga. Extendimos los tartanes sobre el suelo y Katherine se tumbó en uno de ellos, enseguida se durmió. La noche era fría y me acerqué a la joven y la tapé con mi tartán. Me senté junto a ella, la observé, ¡qué bonita era! No pude resistirme, bajé mi rostro y rocé sus labios. La deseaba, ¡vaya si la deseaba! Murdor me miraba con interés.

—¡Aldan Macrae, a mí no me engañas!

—No sé a qué te refieres.

—¡Claro que lo sabes! La mujer te gusta. ¡Ja, ja, ja!

—Es bonita, como otras muchas que han estado en mis brazos —le respondí.

—¿Seguro? —dijo con ironía—. A mí no puedes ocultarme la verdad, amigo. Le has puesto tu tartán y le has dado a beber de tu copa de vino. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que estaba tiritando y tenía que demostrar que era mi esposa. Recuerda que aunque soy un guerrero de las Tierras Altas me comporto bien con las mujeres. —Le guiñé un ojo.

—Sí, seguro que es eso. —Se rio. Dicho esto se puso al otro lado de Katherine. De esa forma nadie podría hacerle daño durante la noche sin nosotros enterarnos.

Me costó conciliar el sueño, Murdor tenía razón, no era como las otras mujeres con las que había estado, y sí, me gustaba la idea de ver mi tartán cubrirle su cuerpo, quería que llevase mis colores y que la identificasen como mía.

Un grito sobrecogedor me despertó, era Katherine, me incorporé con rapidez y cogí la espada con habilidad. Había tenido una pesadilla y estaba llorando, Murdor se tapó el rostro con el tartán, siguió durmiendo. Atraje a la joven hacia mí y la rodeé con mis brazos, temblaba.

—Tranquila, ha sido una pesadilla. No voy a permitir que nadie te haga daño. —La mecía sobre mi regazo. Se fue tranquilizando y se quedó dormida entre mis brazos. Aquella sensación de tenerla tan próxima a mí me gustó, podía oler el perfume de sus cabellos y notar su respiración, no quería

apartarla de mi lado, deseaba abrazarla toda la noche.

## Capítulo 17

El padre Lean estaba nervioso, se movía de un lado para otro dentro de la pequeña sala en la que él y Begira habían sido recluidos. Él había logrado ver el lugar donde se encontraban, en la abadía de Kilwinning, aquello no le gustaba. Era allí donde sabía que los monjes benedictinos ocultaban entre sus miembros a un grupo de caballeros templarios que habían huido de Inglaterra y traicionado a su rey. No es que a él le gustase el rey inglés, pero detestaba la traición y más entre esos hombres que habían firmado un pacto con el mismísimo diablo, sellando una alianza con la orden del Dragón y posicionándose en dos bandos y sirviendo al mismísimo satanás, Simón de Monfort.

—Me está poniendo nerviosa, padre —dijo Begira—. ¿Sabe qué quieren de nosotros?

El padre Lean se detuvo y la miró con preocupación.

—Nada bueno, hija. Ellos buscan el manuscrito y a la mujer. Saben que es Katherine y que ella viajaba con nosotros. —Se quedó mirándola con preocupación—. Pero nadie debe saber el secreto que ella esconde.

—No, padre, nunca lo diría —respondió la mujer con expresión de temor.

—¿Usted cree que darán con nosotros?

—Aldan Macrae nos encontrará. —El padre Lean sabía que estando en esa abadía ni siquiera el laird de los Macrae daría con ellos, pero no podía decírselo a Begira. Él cargaría con esa angustia.

En ese momento escucharon pasos que se acercaban hacia donde ellos se encontraban, se detuvieron en la puerta y esta se abrió con brusquedad. El padre Lean dio varios pasos atrás y Begira, por un impulso, se puso con rapidez de pie, oculta tras el sacerdote.

—¡Nos volvemos a encontrar! —les dijo la figura que se ocultaba tras una capa negra. Ambos lo reconocieron al instante.



## Capítulo 18

Me sentía en la gloria, todavía con los ojos cerrados intuía que estaba ya de regreso a mi hogar y que todo había sido una pesadilla. Enseguida me percaté por qué me sentía tan cómoda, los brazos fuertes de Aldan me rodeaban, mi cabeza estaba apoyada sobre su pecho y mis manos descansaban sobre su tórax. Su espalda reposaba sobre el tronco de un árbol. Su cuerpo y mi proximidad a él me daban el suficiente calor como para no haber sentido ni pizca de frío durante toda la noche. Me incorporé con rapidez y me desprendí de sus brazos. Él abrió los ojos con brusquedad y me observó.

—¡Vaya despertar que tienes, mujer! ¿Siempre eres tan enérgica por las mañanas?

Escuché una gran risotada de Murdor que también estaba muy pegado a mí. ¿Pero qué pretendían estos dos?, pensé, irritada.

—Pues si me encuentro a dos hombres pegados a mí y a uno abrazándome, pues sí, soy así de enérgica.

—Milady —me dijo Aldan mientras se levantaba, cogía su tartán y se lo colocaba con gran maestría—, tuviste una pesadilla a mitad de la noche y no rechazaste mis brazos y mi cercanía; es más, te acercaste tanto a mí que rodeaste mi pecho con tus brazos y apoyaste tu bonita cabeza sobre mí. Estabas muy a gusto, créeme —se estaba burlando de mí.

Murdor también se había incorporado y yo seguía estupefacta. Me senté sin saber reaccionar. Aldan lo hizo por mí, me cogió de la mano y tiró de mí para

levantarme, su fuerza me impulsó con rapidez, cogió uno de los tartanes con la intención de colocármelo.

—Puedo hacerlo yo —lo reté. Pero por mucho empeño que puse aquello era muy complicado, Aldan se desesperó, suspiró mientras se escuchaban las risas de Murdor y me rodeó la cintura con gran maestría con el tartán llevándolo hasta el hombro y sujetándolo con fuerza haciendo un nudo—. Gracias —dije con ironía.

—Un Macrae no da las gracias, tienes que empezar a comportarte como un hombre.

—Bueno, eso no me resultará muy difícil. Tengo que ser grosera, maleducada, bruta... Te tengo a ti como ejemplo, Macrae, así que no será complicado. —Me dirigí a mi caballo.

—¡Ja, ja, ja! —Rio Murdor. Aldan me miraba con las piernas ligeramente abiertas y los brazos cruzados, con media sonrisa dibujada en su rostro.

—Pues imítame bien, milady. Espero ser un buen ejemplo a seguir, me voy a esforzar para que percibas con más detalle mi forma de comportarme. —Se dirigió a su caballo y comenzamos la ruta hacia el castillo del Balmoral, Balleter, las tierras de los Grant.

Cabalgamos durante horas, no habíamos hecho ningún descanso. Ya estábamos cerca del castillo donde se iban a celebrar las Justas y mi trasero me dolía de estar durante tanto tiempo sobre los lomos del caballo. Sabía que cuando nos detuviéramos me caería de bruces al suelo, no sería capaz de mantenerme en pie. Las tiendas de campañas de los clanes que iban a competir estaban dispuestas en la ladera de subida al recinto amurallado. Me sorprendí ante lo que veía, multitud de colores adornaban la colina, eran los colores de los guerreros. Los distintos estandartes de los clanes se elevaban al lado de sus campamentos. Atravesamos la ladera esquivando a soldados que estaban ejercitándose para la batalla. Me sorprendió ver a muchas mujeres que acompañaban a sus hombres, e incluso niños que se divertían con la festividad del momento. A lo lejos se divisaba la gran montaña Grampian, testigo de los

juegos que allí se iban a librar. Escuché el murmullo del río que nos acompañaba a lo largo del recorrido. Aldan aminoró su paso y se puso a mi lado y Murdor lo imitó ubicándose al otro lado, me custodiaban como si corriera peligro y necesitase de su protección, me trataban como si yo fuese de su posesión.

—Sé que te va a costar lo que te voy a decir —me dijo Aldan—, pero intenta no abrir la boca. Mis hombres y los de otros clanes se van a meter contigo, te verán débil e intentarán reírse a tu costa. Ignóralos y te dejarán tranquila. Como vean que te molestan o te enfrentas a ellos, estarás perdida, serás su diversión. ¿Lo has entendido, milady? —dijo de una manera autoritaria.

—Sí, ¡qué remedio! —dije con resignación.

Observé que conforme avanzábamos los guerreros nos abrían paso dejándonos un gran espacio para pasar. Aldan iba erguido, su fortaleza y atractivo rostro lo hacían parecer un rey ante todos esos hombres los cuales lo miraban con respeto y temor a su paso. Nos detuvimos, enseguida me di cuenta que los hombres que allí había llevaban los mismos colores que los de Aldan, Murdor y, en ese momento, el mío. Ya habíamos llegado al campamento que habían levantado los Macrae.

—Tranquila —me susurró Aldan—, no te apartes de mí.

—¡Aldan! —Tres de esos hombres, fuertes, altos y atléticos se abrazaron al escocés, se alegraban de verlo. Murdor también los saludó con gran énfasis. Después, todas sus miradas se centraron en mí.

Rodeada de esos gigantes, incluido Aldan que era el más alto de todos, yo parecía diminuta, de hecho podía pasar más por un adolescente que por un joven de mi edad. Me reí para mis adentros, aunque estaba muy asustada.

—¿Quién es él, laird? —preguntó uno de ellos que respondía al nombre de Ailbert. Su pelo y barba pelirroja le conferían una expresión fría. Me miraba fijamente y me hizo estremecer. Me armé de valor, no me achanté.

—Es Rob, un Macrae que ha vivido mucho tiempo con los ingleses, por fin

ha recapacitado y ha vuelto con nosotros, su clan, su familia. Quiero que se lo trate como un Macrae. Eso sí, no entiende nada de gaélico.

—Tendrá que aprender —exigió Brod—, si no, no será un verdadero Macrae.

—¿Es que no hablas? ¿Te has quedado mudo? —dijo el tercero de esos gigantes que respondía al nombre de Balgair.

—¡Dejadle, ya hablará! —Fue una orden que todos obedecieron al instante—. ¿Y mi hermano? —dijo Aldan enfadado, mirando a Ailbert.

—Akir está aquí. Yo lo apoyo, Aldan. Tu padre está muy enfermo y lo sabes. Después del juramento te ha otorgado a ti el puesto de laird, el gobernar el clan lo agota. Tu hermano ya tiene doce años, debe empezar a luchar y qué mejor que las Justas para entrenarse.

Aldan se adelantó y lo cogió con una de sus manos de su tartán.

—¡Te saltaste las normas, nadie te dio permiso, Ailbert!

—Pero él está preparado.

Ambos hombres se miraban con ira.

—Jamás vuelvas a hacer nada sin pedir permiso a tu laird. —Soltó a Ailbert quien no se atrevió a responderle—. Llevadme con Akir. —Ailbert lo iba a guiar, pero Aldan lo detuvo—. Tú ya no serás el tutor de mi hermano. Brod, guíame hasta donde está Akir.

Aldan imponía, no me extrañaba que nadie se enfrentase a él, su mirada traspasaba hasta lo más profundo del alma de una persona, y su ira hacía temer a cualquiera que osaba enfrentarse con él. Yo estaba detrás de Aldan y fui tras él. Murdor se quedó con los hombres Macrae. Brod lo llevó hasta la tienda más grande del campamento. El escocés se giró y me susurró.

—¡Quédate aquí afuera y no te muevas! No te metas en líos, es una orden.

—¡Yo no me meto en líos! —respondí molesta—. No te entretengas mucho, estos gigantes me dan miedo —le dije.

—¡Ja, ja, ja! Tranquila, no se meterán contigo, tus encantos están bien ocultos para llamar su atención. —Me guiñó un ojo. Sabía que le divertía esa

situación, me molestaba.

¡Uff! No lo soportaba, su arrogancia, prepotencia y autoridad me fastidiaban, a veces llegué a pensar que le gustaba fastidiarme y lo hacía adrede para entretenerse a mi costa.

Suspiré, me senté sobre la arena y observé lo que tenía ante mí. No había reparado en la grandiosidad del castillo y en lo bonitas que eran las mujeres de las Highlands. Los hombres las observaban, ellos se esmeraban más en su lucha para llamar su atención. ¡Dios mío!, pensé, ¡vaya panda de brutos! Sus rostros eran bellos, pero sus miradas eran salvajes, temerarias. En ese momento la melancolía volvió a invadir todo mi ser. ¡Quería regresar a mi vida! No entendía por qué ya ni siquiera retornaba a mi época durante el día. Todo había dado un giro, era como si estuviera encerrada en un túnel sin salida del que no sabía cómo me había metido. Empezó esa noche en la Torre de Hércules, y después la vidente con la carta del caballero de espadas me dijo que yo era la promesa de ese hombre. ¿Qué promesa? Mis padres habían fallecido en un accidente de coche y mi única familia era la hermana de mi abuela que vivía en Alicante y yo jamás la había conocido, ya que mis abuelas murieron muy jóvenes y al fallecer mis padres me fui a vivir con una tía lejana en la Coruña. Ella siempre me trató mal y descansé cuando tuve dieciocho años y me independicé, matándome a trabajar por las tardes y estudiando por las mañanas y yendo a mis clases en la universidad. Y ahora que estaba tan ilusionada con mi plaza de maestra, mi vida cambiaba.

Observé a tres hombres que se acercaban hacia la tienda donde estaba Aldan. Eran guerreros que no llevaban ninguno de ellos tartán, bastante apuestos, grandes como todos los soldados allí congregados. Se estaban riendo e iban vestidos con su almófar, cota de malla, su veste, escudo de lágrima y su espada bien sujeta a un cinturón de cuero. Debían ser ingleses, pero se llevaban bien con los Macrae.

—¿Se puede saber quién eres tú, muchacho? Nunca te he visto entre los hombres de Aldan —dijo uno de ellos. Sus intensos ojos verdes me

impactaron. Me quedé sin habla, sentí miedo de contestarles, su inglés era perfecto.

—Kimball, creo que lo has asustado.

—Está tu laird ahí dentro —dijo el más joven de los tres cuyos ojos grises también me llamaron la atención.

—Este muchacho no tiene lengua. —El mayor extrajo su espada y me apuntó con ella—. Ahora, ¿vas a contestar a las preguntas de mis amigos?

—¿Se puede saber qué es lo que haces, Derian? —dijo el guerrero que respondía al nombre de Kimball.

—¡No ves que está asustado! —respondió el de ojos grises.

—Retira tu espada —dijo Kimball—. Korvan tiene razón, tiembla.

Estaba paralizada, no supe reaccionar, me daba miedo que me descubriesen por mi voz, suspiré cuando Aldan apareció. Sus rostros se iluminaron, se notaba que entre ellos había una gran amistad.

—¿De dónde has sacado a este? —dijo Derian señalándome.

Aldan me miró y no respondió, después los invitó a pasar a su tienda. Esta vez me ignoró. Empezaba a aburrirme. Estaba harta de esperar, así que decidí dar un paseo, llevaba el tartán de los Macrae, nada podía pasarme.

Decidí avanzar hacia el castillo, era divertido cómo cada clan era diferente y, a pesar de estar en el mismo sitio, se distinguían unos de otros, hasta en el aspecto físico. Eso sí, todos eran grandes y fuertes, sus cuerpos estaban entrenados para la lucha en combates abiertos y eso se notaba. ¡Madre mía!, pensé, si estos hombres apareciesen en mitad de la plaza de María Pita más de una se desmayaría a su paso, sonreí.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, acaso te estás riendo de mí, de un Macdonald? —Delante de mí había un hombre rubio con una prominente barba que me miraba con desprecio y se interponía a mi paso.

—No, yo no me reía de ti —le respondí.

—Encima mientes, sabandija Macrae —me dijo.

—No, no estoy mintiendo —le respondí, apenas la voz me salía con

claridad.

—Déjalo, Afon. ¿No ves que es un chiquillo? —dijo una mujer dirigiéndose al gigante que tenía frente a mí.

—¡Es un Macrae! —le respondió con odio.

—Macrae o no es un muchacho, déjalo tranquilo. En los festivales se apartan las rencillas entre clanes, eso ya lo sabes.

—Sí, lo sé, pero este Macrae necesita un baño, así que lo vamos a ayudar para que no espante a las muchachas. —En ese momento me empezaron a rodear muchos guerreros, todos ellos con una gran sonrisa en sus rostros, me iban acorralando.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendéis? —les grité—. ¡No os atreváis a tocarme!

—¡Ja, ja, ja! ¿Pero de dónde ha salido este Macrae?, ni siquiera tiene una espada —dijo uno de ellos. Se carcajaban de mí.

Me cogieron en brazos, notaba sus asquerosas manos por todas partes, mi trasero, espalda, piernas... Creí desfallecer del miedo y asco que sentía. Entre risas y burlas me llevaron hasta el río y allí me lanzaron en un recodo donde había más profundidad. El agua estaba helada, me mojé por completo. Cuando emergí mi cabeza del agua los vi alineados, riéndose de mí. Me sentí muy humillada, sentía ganas de llorar, pero sabía que derramar una lágrima hubiese sido mi perdición con esos salvajes.

De repente todos desaparecieron y vi en la lejanía avanzar a Aldan, Murdor y los tres caballeros que habían entrado en la tienda con él. Aldan se quedó observándome con el ceño fruncido.

—¡Te dejé bien claro que no te alejases! —dijo enfadado. Preferí no responderle, salí del agua, tiritaba—. Ve con Murdor, después hablaré contigo.

Conforme avanzábamos escuché las risotadas de los Macdonald. Me sentí ultrajada y muy enfadada, tenía ganas de gritarles y decirles lo odiosos que eran.

—No les haga caso —dijo Murdor—. Pero no tenía que haberse alejado de

nuestro campamento. Los Macdonald son enemigos nuestros, al igual que otros clanes, y aunque las Justas no es lugar para peleas, si un Macrae pisa el campamento de los Macdonald puede encontrarse con lo que se ha encontrado usted, milady.

—Gracias, Murdor. No lo sabía. La próxima vez tendré más cuidado.

Llegamos a la tienda.

—Póngase las ropas de Akir, yo creo que las de él le quedarán bien hasta que las tuyas se sequen. Tranquila, que aquí solo entra Aldan, nadie más, ni siquiera su hermano.

Murdor se marchó y allí me quedé yo, empapada, muerta de frío, cansada por el viaje y desconcertada por lo que estaba viviendo. Caí de rodillas al suelo y me puse a llorar, no podía detenerme, tenía que sacar la amargura que llevaba dentro. No me di cuenta cuando entró Aldan, puso su mano sobre mi hombro.

—¿Por qué lloras? Eres una Macrae, los Macrae nunca lloran.

—¡No soy Macrae! —grité.

—Ya sí, ahora eres uno de los nuestros, Katherine.

Ante sus palabras el llanto se hizo mayor. ¿Cómo podía decirme aquello?, era un ser frío.

Entonces me levantó y me cogió entre sus brazos, me llevó hasta la gran cama que había en el centro de la tienda, se sentó y me tuvo en su regazo, abrazándome, en silencio, a la espera de que el llanto cesase. Yo me acurruqué en su pecho, estaba muy cansada, dolorida y, paradójicamente, era con el único que me sentía segura. Me sorprendió, porque a pesar de esa ruda, brusca y fría forma de tratarme en los últimos días, demostró una gran sensibilidad, llegué a sentir cómo me acariciaba el brazo. Cuando el llanto cesó, me dejó sobre la cama.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto, Katherine. Cámbiate, estás empapada. Nadie te molestará, hoy dormirás aquí y, así, podrás descansar. — No le respondí, pero debió adivinar mis pensamientos, enseguida aclaró mis



dudas—. Yo estaré con mis hombres, en el exterior —lo vi alejarse.

Me limpié las lágrimas con el puño de la chaqueta, me desvestí, me solté el pelo y procedí a secármelo y peinármelo. Me tumbé y me quedé dormida en cuestión de segundos.

Era muy temprano, todavía ni siquiera habían salido los primeros rayos de sol cuando escuché ruidos, eran de espadas. ¡No me lo podía creer!, ¡estaban entrenando! Esos hombres solo vivían para la lucha. Enseguida me di cuenta que tenía el tartán de Aldan tapándome el cuerpo, debía haber entrado por la noche para cubrirme con él. Aquel gesto no pegaba con el hombre que había conocido días atrás. Me sorprendí. Me levanté, observé que sobre una pequeña mesa de madera había pan y leche. Estaba hambrienta. Cogí el tartán de Aldan y me arropé con él, tenía frío. Engullí la comida. En ese momento escuché ruidos tras de mí. Un muchacho de pelo rubio, alto y unos intensos ojos azules me observaba, a pesar de su altura debía ser un niño. ¿Es que no había ningún hombre de una estatura normal?, pensé.

—Mi nombre es Akir, hermano del laird.

—Hola, Akir, yo soy...

—Katherine. Mi hermano me ha dicho el secreto. Eres una dama y tengo la misión de cuidar de ti durante los juegos.

—Gracias, Akir, pero le puedes decir al laird que no necesito que cuiden de mí.

—Lo siento, milady, pero no puedo contradecir a mi hermano. Se pondría furioso. ¿Usted lo ha visto alguna vez furioso?

—No, ni espero verlo —dije.

—Pues entonces no le lleve la contraria, cuando se enfada todos le temen.

—¿Le tienes miedo a tu hermano, Akir?

—No, miedo no, pero sí le temo cuando se enoja. Él es bueno, pero demasiado protector.

—¿Lo dices porque ha venido a buscarte?

—Sí, me trata todavía como si fuese un niño.

—¿Qué edad tienes, Akir?

—Trece años —dijo mientras sacaba pecho.

—Pues siento decirte que tu hermano tiene razón. No es que él te considere un niño, estoy convencida que está muy orgulloso de ti, pero estos juegos todavía no son para ti. Los guerreros que van a competir son hombres mucho más mayores que tú y con más experiencia en los campos de batalla.

—Eso mismo me ha dicho él.

—Hazle caso a tu hermano, Akir. Él mira por tu bien. —El muchacho agachó la cabeza y dijo—. Además, lo he metido en un buen lío.

—¿Qué ha pasado? —Sentía curiosidad.

—Reté a un Macdonald a luchar con él en el torneo. Aldan, cuando lo supo, se enfadó mucho conmigo. Al final él es el que competirá por mí. A cambio me ha dicho que mi misión aquí va a ser no perderla de vista. También me ha ordenado que la siga a todas partes porque usted es experta en meterse en líos y hay que evitarlo a toda costa.

—Así que... ¿te ha dicho eso? —Me indignaban esos comentarios.

—Sí, y no solo eso, también ha comentado... —Se contuvo y se detuvo antes de continuar.

—¿Qué? —pregunté por curiosidad.

—Que... es que si se entera que se lo he dicho se va a enfadar mucho. —Me acerqué a él.

—Será nuestro secreto. —Le sonreí.

—Que era una joven muy bonita y que era una lástima que tuviera que ir disfrazada de muchacho. —Sonreí, no me lo esperaba—. Nadie debe saber que usted es una mujer. Solo lo sabemos Murdor, los caballeros del León y yo, nadie más.

—¿Los caballeros del León? ¿Quiénes son?

—Son esos hombres que están con él, confía plenamente en ellos. Son amigos de mi hermano y, por tanto, amigos de los Macrae.

—Muy bien, ¿y qué se supone que debemos hacer? —pregunté.

—Ir a los juegos, hoy empieza el festival. —Se lo veía entusiasmado—. Vístase rápido, hay que ir a la explanada donde tendrá lugar el torneo. Mi hermano me ha dado su tartán, ya está seco. Por cierto, él esperó a que se hubiese dormido, entró en la tienda con mucho sigilo y la cubrió con la tela, no quería que pasase frío. Estaba muy preocupado por usted, yo lo sé, lo conozco. Voy a hablar con mi hermano y ahora paso a buscarla. —Se marchó con una amplia sonrisa en su rostro.

¡Y qué pinto yo en unos juegos salvajes!, pensé. ¡Dios mío, ayúdame!

Akir vino enseguida a mi encuentro, me ayudó a colocarme el tartán. Atravesamos la amplia explanada hasta llegar a una ladera próxima a las murallas del castillo, en ese lugar había una gran multitud de caballeros, escuderos, damas... Supuse que sería allí donde tendría lugar el juego. Akir me miró y se rio.

—¿Nunca ha estado en un festival, milady?

—Akir, recuerda que me tienes que llamar Rob y trátame de tú. —Le guiñé un ojo—. Nunca he estado en un festival.

—¡Qué curioso!

—¿Por qué los guerreros entregan sus escudos? —le pregunté. Los contrincantes se los daban a sus paladines para colgarlos en los troncos de los árboles cercanos a la gran explanada.

—¡Ja, ja, ja! Tienen que ser expuestos, todo el mundo tiene que ver los escudos y estandartes de los guerreros que van a competir.

Estaba fascinada por todo lo que veía. Me rodeaba un paisaje colorido entre los escudos, estandartes, los colores de los vestidos de las damas y notables que se acomodaban en la zona de la liza. Se disponían para ver el torneo, estaba a punto de comenzar.

—¡Observe! —Akir señaló a un grupo de guerreros—. Allí está Aldan, van a competir los cuatro juntos, los caballeros del León. Fíjese, cada uno lleva sus colores y expone sus escudos. Ellos cuatro juntos son invencibles. ¡Vamos! —Akir echó a correr hacia donde estaban los cuatro soldados.

Llegué mucho después que él, el chico era rápido. Los cuatro centraron sus miradas en mí.

—¡Nadie diría que es una mujer!

—¡Derian!, ¿no puedes ser más discreto? —lo regañó Kimball—. Discúlpelo, milady, es un bruto sin tacto.

—¿Y eso lo dices tú? —Rio Korvan que se giró para mirarme—. Debe sentirse muy incómoda bajo esas vestimentas. Si Ana, mi esposa, se entera que este cabezota escocés la ha obligado a vestirse con esos ropajes, descuide que le iba a caer una buena.

Los cuatro se rieron ante el comentario de Korvan.

—Para ser honesta, he de decir que entre tanto bruto inglés y escocés me siento más segura bajo estas ropas de hombre —dije.

Los tres, a excepción de Aldan, me miraron sorprendidos ante mi comentario y ese silencio fue seguido de una gran carcajada.

—Aldan, ¡esta muchacha me gusta! Si tú no estás interesado en ella, yo estoy dispuesto a conquistarla —le dijo Derian. Aldan iba a hablar, pero yo me adelanté, no pude contenerme.

—Le agradezco sus intenciones, caballero, pero a mí es a quien tiene que interesarme no al laird. —Mi comentario los dejó sin palabras, enseguida entendí que estaba fuera de lugar e intenté arreglarlo, pero cada vez lo empeoraba más—. Bueno... quiero decir que, en mi caso, mi padre, el conde de Dunnottar, prometió a mi madre en su lecho de muerte que nunca me obligaría a casarme con nadie que no fuese de mi agrado —mentí, me inventé esa historia para intentar desviar mi falta de tacto.

—¡Ja, ja, ja! Aquí nadie habla de matrimonio, muchacha —dijo Derian carcajeándose.

Aldan le puso la punta de su espada en la garganta. Su expresión era de enfado.

—¡Jamás vuelvas a faltarle el respeto! Es una dama. Le debes una disculpa en este momento —dijo con una mirada fría que congelaba el alma.

—A eso me refería cuando decía que no quería ver a mi hermano enfadado, fijese en sus pupilas, petrifican a cualquiera —me susurró Akir.

—Derian, te has excedido y creo que debes retractarte de lo que has dicho —dijo Kimball.

—Sí, Derian, si no seré yo mismo quien te obligue a ello —dijo Korvan.

—Lamento haberla ofendido, milady —dijo Derian.

—Disculpas aceptadas —respondí.

Los tres hombres se separaron de nosotros para terminar de vestirse para la competición. Aldan me miró.

—Akir, ¡déjanos solos! —le ordenó. El niño obedeció sin rechistar. Aldan me miraba con interés mientras se ajustaba su armadura.

—¿Te encuentras mejor? —me dijo. Apenas presté atención a lo que me decía, me distraje observando su atuendo y cada movimiento suyo. Estaba sumamente atractivo con su armadura puesta para competir.

—Sí, gracias, hoy estoy mucho mejor.

—No te alejes de mis hombres.

—¿Es una orden, Macrae?

—Sí, es una orden. —Se giró y me dio la espalda.

—¡Ten cuidado, Macrae! —le dije. Me disponía a andar hacia donde estaba Akir y Murdor, pero su mano asió la mía y tiró de mí con fuerza haciéndome caer en sus brazos. Cogió mi barbilla entre sus manos.

—Gracias, milady. Y tú también ten cuidado. Ahora eres una Macrae y como laird tengo el deber y la obligación de protegerte...

—Hasta que me lleves a Kinloss —terminé yo la frase. Me sonrió.

—Hasta que lleguemos a Kinloss —repitió sonriéndome. Sus pupilas estaban fijas en las mías y su dedo índice acarició mi mejilla.

—¡Aldan! —gritó Korvan.

—Me esperan. Dirígete a la Liza con Akir y mis hombres. —Lo vi marchar hacia donde estaban los caballeros del León. Lo observé de reojo, era un hombre que me irritaba, pero también me fascinaba; además, tenía la sensación

de que lo conocía de hace mucho tiempo. Absurda percepción, pensé. Cuanto más tiempo pasaba con él, más sentía esa conexión fuerte que había entre ambos. ¡Cuánto me atraía ese hombre! Necesitaba llegar a Kinloss, ya que era consciente que si pasaba mucho tiempo con él terminaría enamorándome. ¡Cuánto deseaba que me volviese a besar!, suspiré.

Akir me esperaba. Sentí cómo Ailbert miraba con desprecio a Murdor. También noté que me observaba y eso me ponía nerviosa.

Las trompetas, tambores y timbales empezaron a escucharse con gran estruendo en toda la explanada. El señor del castillo acompañado de su esposa junto con las hijas de este, damas de compañía y notables próximos al amo, se dirigían a la tribuna ubicada en la parte central del recinto. El resto de cortesanos, damas y caballeros que no competían estaban ya acomodados en lugares dispuestos alrededor del recinto. Tras el señor pasaron algunos notables, un sacerdote y una especie de médico, al ver a este último me asusté. ¿Para qué un médico? ¡Cuida de Aldan, Dios mío!, supliqué. Sabía que su presencia se debía a las heridas que se provocaban los oponentes con sus armas.

Por una especie de reja de hierro empezaron a pasar los guerreros que iban a participar. Enseguida vi a Aldan y a sus amigos, se los distinguía del resto. El juez del torneo examinó las armas y le tomó juramento a cada uno de ellos.

—Ya va a empezar el juego —me susurró Akir, excitado por el combate que iba a tener lugar—. Ese es el señor de Balleter. —Akir señaló a un hombre ataviado que llevaba una túnica de seda engarzada y bordada con oro y mucho colorido, con forro de piel de zorro y el tartán de los Grant bien atado al hombro. Junto a él estaba una dama mucho más joven que el señor, bonita y con expresión triste, y al lado de ella dos muchachas jóvenes que debían ser las hijas de ambos, tendrían 16 y 15 años, más o menos, es la edad que les calculé. Observé cómo una de ellas, la mayor, no quitaba ojo a Aldan—. Ahora se levantará y con un gesto con su mano dará comienzo al torneo, las trompetas se escucharán y la lucha comenzará.

—¿Quiénes son ellas? —Señalé a las dos jóvenes.

—Son las hijas del laird. El laird desea unirse a los Macrae a través del matrimonio de su hija mayor con Aldan. Hasta entonces era una niña, pero ahora ya tiene edad suficiente para contraer matrimonio.

—¿Y tu hermano qué piensa?

—¿Mi hermano? ¡Ja, ja, ja! Él no quiere casarse con ella ni con ninguna mujer, o eso es lo que dice. Aunque sabe que la obligación de un laird es tener descendientes y, por lo tanto, contraer matrimonio.

—Entiendo. Si no se casa, imagino que recaería en ti el ser laird en el caso de no tener él descendencia.

—Sí, pero eso no va a ocurrir. Además, yo jamás le haría eso a mi hermano, lo casaría aunque fuese a la fuerza. —Ambos reímos.

—Eres un buen muchacho, Akir. Aldan se debe sentir muy orgullosos de ti —le dije, así lo sentía.

—Bueno, él no demuestra sus sentimientos. Desde pequeño lo han entrenado para ocultarlos. Mi padre fue su instructor. Por ser el primogénito le tocó librar esas batallas con mi padre quien fue más duro con él que conmigo. Pero yo sé que le importo. Mi hermano defiende con su propia vida a los suyos, como a ti —me dijo mientras me guiñaba un ojo.

—Pero yo no le pertenezco, Akir, él solo tiene que acompañarme a Kinloss —le dije.

—¡Ja, ja, ja! Él le ha dado su tartán y tú lo llevas.

—Pero eso no tiene nada que ver —le respondí—, me lo dejó para el frío.

—Está equivocada, eso significa todo. La mujer que se pone el tartán de un escocés le pertenece de por vida, acepta sus colores. —No hice caso a sus comentarios, era un chiquillo y lo más probable era que Aldan no le hubiese informado de la misión que tenía que realizar conmigo.

Empezó el torneo, los distintos clanes competían, iban cayendo uno a uno. La fiereza y fuerza de Aldan me sorprendieron. Varias veces me tapé el rostro por miedo a que la lanza lo derrumbara, pero los caballeros de la orden del León

fueron ganando a cada uno de sus contrincantes hasta que, al final, fueron los ganadores. Esa victoria dio paso al combate a pie. No podía creer que aquello todavía no hubiese acabado. La lucha era feroz, se daban y recibían golpes por todas partes, sangraban y, aun así, la gente ante ese juego salvaje aplaudía y vitoreaba a los miembros de sus clanes.

—¡Son invencibles! —dijo Akir con orgullo.

—Son salvajes —susurré.

—¿Por qué dice eso?

—Porque están sangrando y se golpean y luchan con sus espadas.

—Su honor es el que está en juego. Las heridas son el mejor trofeo que puede tener un hombre. Yo quiero tener cicatrices.

Lo miré sorprendida, no daba crédito a lo que me estaba diciendo.

—Tener cicatrices no significa que eres más hombre, Akir.

—¡Pues claro que sí! Yo quiero tener muchas, como Aldan. —En ese momento observé a Aldan, le habían dado un buen golpe, me asusté, pero él se levantó y con gran ferocidad se abalanzó sobre su contrincante y lo dejó en el suelo, sin poder reaccionar. Habían ganado. Los cuatros dieron un grito de alegría, se abrazaron con entusiasmo. Las trompetas y los tambores se escuchaban por todas partes, así como el estallido de los hombres de Aldan y los otros amigos de él. Habían vencido y eso era signo de orgullo, valentía, fuerza y poder. Se montaron sobre sus caballos y cada uno de ellos se dirigió a una dama. Llevaban en sus lanzas una especie de tul. Observé que Kimball y Korvan se lo obsequiaban a dos mujeres muy bonitas, debían ser sus esposas, estas se lo cogieron y se lo anudaron en sus muñecas. Ingenua de mí, albergué la esperanza de que Aldan también me obsequiaría con el trozo de tela azul, pero ni me miró, se lo dio a la joven hija del clan Grant. Me sentí triste, deseé ser yo esa mujer. Pero iba vestida de hombre y no le importaba ni atraía.

—Si no se va a casar con la joven... ¿por qué le entrega su pañuelo? —le pregunté a Akir.

—Es lo que debe hacer. Si se lo hubiese entregado a otra dama hubiese sido



una ofensa para el clan Grant. Ahora los guerreros irán a sus respectivas tiendas, se cambiarán y tendrá lugar el banquete. Las damas elegidas por los guerreros les servirán el vino, se sentarán en los puestos de honor de la mesa que preside el banquete, junto al organizador de las Justas. Después vendrá el baile. ¡Vamos!, quiero ver a mi hermano.

Akir tiró de mí en dirección a la tienda de campaña donde estaba Aldan y todos los guerreros, también estaban las mujeres de Kimball y Korvan que sonreían ante la alegría de los hombres. Las observé, eran diferentes al resto de mujeres. Aldan me miró al verme allí, estaba sonriente, se lo veía muy atractivo, aunque me llamó la atención la sangre que había en su brazo. Cada uno se fue a sus respectivas tiendas. Murdor, Balgair y Ailbert, junto con Akir y yo nos quedamos allí. Todos reían y hablaban sobre la lucha. Aldan empezó a desvestirse, se quitó la cota de malla y la camisa metálica y quedó desnudo de cintura para arriba. ¡Dios mío!, pensé al verlo. Era como una escultura de Miguel Angel, un torso fuerte, musculado, dorado por el sol y con varias cicatrices de guerra. Se lavó la herida de su brazo, la cual no dejaba de sangrar, pero él no le daba ninguna importancia. Yo no podía apartar la vista de él. ¡Qué guapo era! Estaba incómoda ante aquella situación, de hecho sentía timidez, estar con un grupo de hombres a los que consideraba bárbaros, de otra época, tan grandes y fuertes se me hacía extraño. ¡Acababa de presenciar un torneo! Era para volverme loca. Él me ignoraba por completo, pero eso me permitía observar cada línea de su cuerpo y cada facción de su rostro. Además, ellos hablaban en galés y yo no entendía nada. De repente empezaron a marcharse todos de su tienda, incluido Akir, yo seguí a este último, pero Akir me susurró que Aldan quería que yo me quedase, algo que no me apetecía y más con su torso al descubierto. Estaba de espaldas a mí.

—¿Me dejas ver esa herida? —le dije—. No tiene buena pinta —apunté.

—Es un rasguño sin importancia —respondió.

—¿Un rasguño? ¡No para de sangrar! —Avancé hacia él—. Por favor, ¿te puedes sentar? —Era tan alto que estando de pie me resultaba imposible verle

bien la herida. Me acerqué a él e intenté no dejarme llevar por la atracción que sentía; es más, no quería que me lo notase. Mojé las tiras de lino en el agua templada de un recipiente de madera y le fui limpiando la sangre que se mezclaba con el polvo de la batalla. Prefería no mirarlo, ya que su rostro estaba muy próximo al mío, sentía su respiración. La sangre brotaba, así que una vez limpia le presioné una de las tiras de lino sobre la herida. Fui vendando esta tal y como aprendí en un curso que hice de primeros auxilios—. ¡Ya está!, habrá que volver a limpiarla por la noche para evitar que se infecte —le dije. No podía mirarlo a los ojos. Me iba a apartar de él, pero sentí su mano sujetándome la mía y obligándome a fijar mis pupilas sobre las de él. Nuestros rostros estaban muy próximos el uno del otro. Sus ojos color miel me miraban con intensidad y yo sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Ningún hombre había provocado esas sensaciones en mí a excepción de él.

—Gracias, Katherine —me susurró. Sus ojos estaban fijos en mi boca, su rostro se acercó al mío y nuestros labios estaban tan próximos que sentí miedo en ese momento de mis sentimientos. Deseaba que me besara, pero temía que lo hiciera por miedo a mi reacción. Desde que me besó en la aldea quise volver a sentirlo, ya que me hizo temblar y eso nunca lo había experimentado con nadie, mi corazón latía con celeridad sin desear separarme de él. Me aparté, temblando. No me podía enamorar de un hombre que no sabía cuánto tiempo iba a estar en mi vida. Era algo surrealista lo que me estaba pasando, y más porque sentía algo fuerte por él, mi corazón me decía que ya lo conocía. Ideas absurdas, pensé. Pero lo sentía. De hecho, conforme me aparté de él y recogí las telas impregnadas de su sangre vi que tenía una mancha con forma de trébol en su omóplato, me sorprendí, yo había soñado varias veces desde pequeña con un hombre al que nunca veía el rostro con una mancha así en el omóplato, un sueño que se había repetido noche tras noche y al que nunca di importancia ni presté atención hasta que la vi en él.

Aldan se levantó y me agarró de los hombros obligándome a girar y ponerme frente a él.

—Ahora hay un gran banquete y después un baile. No quiero que te apartes de Akir. He dado instrucciones precisas a mi hermano para que te traiga a dormir aquí. Mañana partiremos a Kinloss. —En ese momento miré para ver si estaba el bolso donde portaba el manuscrito y la piedra que me dio Begira. Estaba oculto y bien guardado junto a la cama—. No te metas en líos. En los festivales los hombres se emborrachan y te pueden dar algún susto. —Se puso una camisa blanca y se empezó a quitar las calzas, me giré, ruborizada.

—Me salgo fuera con tus hombres —le dije, no tenía intención de verlo desnudo.

—¡Ja, ja, ja! Ya puedes girarte. —Se había puesto su kilt y su tartán, con los colores del clan Macrae, con sus botas de piel. Estaba imponente. Miré sus musculadas piernas, debí poner cara de asombro y él soltó una gran risotada—. Ya sabes lo que te he dicho, no te metas en líos, ¡y es una orden! —Salió de la tienda.

¡Uff!, suspiré. ¡Qué hombre!, dije en alto. En ese momento entró Akir.

—¡Vamos, milady! Tenemos que ir con los guerreros al banquete.

—Akir, tienes que controlarte, ya sabes que mi nombre ahora es Rob —le dije guiñándole el ojo.

Sentir el aire frío en mi rostro y el olor a pino me vino bien para apartar de mi mente las sensaciones tan fuertes que ese hombre me hacía sentir. Rezaba para que nunca se diese cuenta. Tenía que llegar cuanto antes a esa ermita e intentar regresar a mi época resolviendo todas las incógnitas.

Enseguida vi a Aldan junto a sus tres amigos en la mesa de honor junto al laird del clan Grant y su esposa e hijas; también estaban las mujeres de Korvan y Kimball. Las damas servían el vino a los ganadores. La hija del laird del clan Grant le regalaba sonrisas a Aldan, y sin poder evitarlo sentí muchos celos. Debía reconocer que me molestaba, ella lo miraba con ojos de deseo y él le regalaba sonrisas constantemente. En ningún momento se fijó en mí, o eso es lo que yo pensaba.

—Este muchacho tiene que beber vino —dijo Balgair refiriéndose a mí.

—No, no... No me sienta muy bien. —Era cierto, en cuanto bebía una copa de vino se me subía enseguida a la cabeza.

—Pareces una damita. ¿Cómo que no te sienta bien? Los Macrae tomamos vino.

—¡Ja, ja, ja! —Todos rieron mientras Murdor llenaba mi copa. Akir quiso detenerlos, pero era imposible, me veían debilucho y no querían a nadie así en su clan.

¡Dios mío!, pensé. La tarde iba a ser intensa. Sorbí un poco de la copa y les sonreí en plan victorioso, pero la expresión de sus rostros era de desilusión, me miraban con seriedad y rechazo.

—¿Te estás riendo de nosotros? —dijo Balgair.

—Anda, déjalo —dijo Murdor con una gran sonrisa en su rostro.

—¿Qué lo deje? Con este vamos a ser la comidilla de todos los clanes. — Acercó su rostro al mío—. ¡Bébetelo el vino de un trago! —Su voz retumbó en mis oídos—. Si no quieres que yo mismo te obligue a tomártelo, muchacho.

La sola idea de que ese bruto me pusiera las manos encima me obligó a mostrarle que yo no le temía a nadie ni a nada. Total, pensé, una copa no me hará perder el sentido. Cogí el vaso de madera, lo levanté.

—¡A vuestra salud! —grité y me lo bebí de un trago. Los Macrae me aplaudieron y también se sumaron al aplauso los Mackenzie que estaban pendientes de nuestra conversación. Me moría en ese momento de la vergüenza, pero sonreí como si hubiese hecho una gran heroicidad.

—¡Ahora otro! Demuestra que eres un auténtico Macrae —dijo Shaw Mackenzie. Lo reconocí enseguida, esperaba que él no lo hiciera.

—¡Déjanos bien alto, muchacho! ¡Demuestra tu hombría! —dijo Ailbert llenándome otro vaso de vino. Miré a Murdor y a Akir y ambos levantaron los hombros dándome a entender que no podían hacer nada.

—Hay muchos soldados pendientes de usted. Tiene que actuar como un hombre, milady —me susurró al oído Akir. Tenía razón, los Mackenzie se habían sumado a la fiesta. ¡Uff!, pensé, no sé cómo voy a terminar.

Me bebí de un trago el vino y este ya empezaba a hacer efecto en mí, me sentía triunfal. Sonreí y levanté un brazo en señal de haber hecho una heroicidad. Tras este siguió un tercero y este fue el remate, la risa era incontrolable, gastaba bromas a los hombres, hasta me sentía un guerrero y me sumé a las críticas hacia los Macdonald. Una de las veces miré hacia donde estaba Aldan y observé su cara de desaprobación y enfado, pero yo, lejos de dejarlo estar, levanté la mano y lo saludé, su cara fue de asombro e ira. Pero yo me lo estaba pasando bien y disfrutaba molestándolo y viéndolo rabioso y con el ceño fruncido.

Salí con los Macrae y Mackenzie al exterior con la intención de irme a la cama, estaba mareada y Akir no quería que siguiese allí, veía lo que se avecinaba. En la llanura cercana al río nos esperaban unos cuantos Macdonald, los mismos de los que nos habíamos estado burlando durante el banquete, querían pelea. Sin saber ni entender, los tres clanes empezaron una gran batalla entre ellos a base de puñetazos, patadas y algún que otro cabezazo. Yo solo veía caer de bruces al suelo a hombres a mi alrededor.

—¡Vamos! Debo ponerla a salvo —me dijo Akir, pero en ese momento uno de los Macdonald golpeó a Akir, quien cayó a la hierba húmeda, y después a mí, me desplomé al suelo con un gran dolor en el vientre.

—¡Maldito! —El soldado Macdonald era el mismo que me tiró al río. Me levantó con violencia y me iba a golpear, pero en ese momento Aldan, que no sé de dónde salió, le pegó un puñetazo que lo dejó inconsciente.

Mi escocés me cogió del brazo y me miró molesto.

—¡Estás borracha! Una dama no toma vino de esa manera —me recriminó.

—No estoy borracha, solo... un poco contenta. —Me reí.

—¡Dios mío! —dijo—. Estás descontrolada. Te dije que no te metieras en líos.

En ese momento otro Macdonald lo fue a golpear a Aldan quien esquivó el golpe, pero yo me puse en el medio y el puñetazo fue a parar en mi mejilla, sangraba y volví a caer al suelo, dolorida pero sin parar de reír por el efecto

que hacía en mí el alcohol. Aldan me miró, asustado y desesperado de verme en ese estado. Su cólera le llevó a moverse con rapidez y agilidad golpeando al guerrero con fuerza, este se tambaleó. Aldan aprovechó ese instante para levantarme.

—¡Vete a la tienda! —me ordenó. En ese momento de despiste de Aldan, el Macdonald le propinó una patada que lo hizo caer.

El Macdonald sonrió acercándose a él, cogió una piedra entre sus manos. ¡Qué pretendía!, pensé. No iba a permitir que lo matase o lo hiriera con esa piedra. Cogí un palo que había en el suelo, fui corriendo hacia él y lo aticé en la espalda. Este se giró y me miró con odio, oportunidad que tuvo Aldan para golpearlo y yo aproveché para cogerme a su cuello y colgarme en su espalda. El Macrae le dio varios puñetazos y enseguida este se desmoronó inconsciente.

Me agarró del brazo, yo me resistí, me hacía daño. Me llevaba con rapidez hacia la tienda, yo lo frenaba, no podía seguirlo. Él se detuvo, suspiró y me cogió como si se tratase de un saco de patas. Empecé a patalear.

—¡Te ordeno que me bajes! Se puede saber qué es lo que haces. ¡Quiero seguir peleando! —Estaba a punto de vomitar. Me dejó encima de la cama de la tienda mirándome con cara de desapprobación.

—¡No te muevas! —me ordenó, ante su tono feroz y de enfado no rechisté; además, estaba mareada y dolorida. Arrancó un trozo de su camisa blanca, la mojó en agua, se sentó en la cama, me incorporó forzando a que me apoyase sobre su pecho y empezó a limpiarme con suavidad la sangre que caía por mi mejilla—. No te quedará marca, pero podría haberte matado.

—Yo más bien creo que era a ti a quien iba a matar con esa piedra —le respondí. Noté cómo sonreía, probablemente recordando mi hazaña.

—Bueno, he de reconocer que ahí actuaste como un auténtico Macrae. —Me guiñó un ojo—. Pero eso no quita que te hayas comportado de una forma nada lógica. ¡Te has emborrachado! Has bebido vino como uno de mis hombres.

—Tus hombres me alentaron y obligaron y después se unieron los

Mackenzie. ¿Qué querías que hiciera? Ellos piensan que soy un hombre. Además, los Macrae sois así y yo me comporté como uno de ellos.

—Con haberme mirado me hubiera bastado para saber que debía acudir en tu ayuda —me respondió molesto.

—¿Mirado? Te recuerdo que estabas muy atento regalando sonrisas a la hija de los Grant como para fijarte en si yo te miraba o no.

—Estaba pendiente de ti —dijo con rotundidad. Me sorprendió su comentario y me sentí halagada. Guardé silencio.

En ese momento irrumpieron Kimball, Korvan y Derian en la tienda, también con los rostros magullados.

—Esos Macdonald ya no volverán a molestarnos más —dijo Korvan sonriendo.

—¡Pero... por amor de Dios! ¿Se puede saber qué le ha pasado? —dijo Kimball analizando mi estado—. Le diré a Elizabeth que venga a curarla, seguro que tiene magulladuras por todo el cuerpo.

Korvan y Kimball se fueron de la tienda. Pasados unos minutos aparecieron las dos mujeres de ambos. La mujer de Korvan, Ana, estaba embarazada, y Korvan la observaba sin apenas pestañear. Había mucha complicidad en las dos parejas.

—¿A quién de los cuatro se le ha ocurrido la genial idea de disfrazar a una mujer de hombre para las Justas? —dijo Ana.

—Querida, nosotros no tenemos nada que ver. Aldan es el único responsable —dijo Korvan tocando con cariño el vientre de su esposa. Ana miró a Aldan mientras Elizabeth se acercaba a mí para ver mi mejilla.

—Se lo advertí, le dije que no se metiera en líos y parece que ella los busca —dijo Aldan.

—Sí, seguro. Con tanto bruto rodeándola es difícil salir ilesa —dije refiriéndome a mí en tercera persona como Aldan hacía cuando hablaba de mí.

—¡Ja, ja, ja! —Rieron los tres a excepción de Aldan que me escrutaba la herida.

—Bueno, nos podéis dejar solas —dijo Elizabeth a los caballeros. Todos le obedecieron menos Aldan, que se quedó de pie con los brazos cruzados y su mirada fija en mí—. ¡Aldan!, tú también te tienes que marchar. ¡Fuera de la tienda, quiero ver sus costillas! —Él obedeció. Ella me miró con una gran sonrisa en su rostro—. ¿Cómo te llamas, querida?

—Katherine —respondí. Ana se sentó sobre la cama. Me fijé en su vientre, estaría de unos siete meses. Ella se percató de mi mirada.

—Te preguntarás qué hace una mujer en mi estado en las Justas. —Me sonreía—. Sinceramente es porque cuando están los caballeros del León juntos siempre hay peleas y no me he equivocado. Estoy harta de estos festivales, al final siempre hay rencillas entre unos clanes y otros y acaban magullados. No quiero que James venga a los juegos con su padre, todavía es muy pequeño, pero Korvan está deseando que crezca un poco para adiestrarlo en la batalla y que pueda acudir a competir —dijo Ana resignada.

—Eso es lo que tiene estar casada con un guerrero —dijo Elizabeth mientras me ayudaba a quitarme la camisa. Enseguida me vio la herida en el costado—. ¿Qué te pasó? —le relaté lo ocurrido—. Tienes suerte, no te quedará marca, quien te curó lo hizo muy bien. —Me palpó las costillas—. No tienes ninguna fracturada. —Me ayudó a ponerme la camisa y en ese momento la vio. Me cogió la cruz de David. Miró a Ana, ella también la vio—. ¿De dónde la has sacado? —me preguntó.

—Es un regalo —respondí con cierto temor, recordé las palabras de Begira cuando me lo dio. Se lo quité de las manos y lo oculté—. Muchas gracias por haberme curado. —Intenté desviar la conversación.

—¿Quién te lo regaló? —insistió Ana.

En ese momento irrumpió Aldan en la tienda, agradecí que así fuera, ya que no sabía qué responderles.

—Querida, que nadie te lo vea —me susurró al oído Elizabeth. Se ubicó frente a Aldan—. Ya nos vamos, pero que no haga esfuerzos, no tiene las costillas rotas, pero le dolerá, ha recibido un buen golpe. Mañana tendrás el



ojo morado y te saldrán moretones por el costado y te dolerá todo el cuerpo, pero se irá pasando. Cuídala. —Ambas se marcharon y nos dejaron solos. Él no apartaba su mirada de la mía.

—Descansa, mañana madrugaremos. Iremos directo a Kinloss.

## Capítulo 19

Hernes analizaba al recién llegado por la pequeña ventana de la biblioteca de la abadía de Kilwinning. Se giró y miró a Simón de Monfort que también observaba junto a él.

—Ahí está —dijo Monfort.

—Un Macrae que traiciona a los hombres de su clan no es fiable —dijo Hernes. Monfort se apartó de él y fue directo a la puerta de entrada.

—Si nos traiciona a nosotros sabe que morirá —dijo el conde de Leicester.

—No puede saber que el sacerdote y la anciana están aquí, si no, no hablará —dijo Hernes.

Simón asintió y abrió la puerta, había dos soldados esperando sus órdenes.

—Ya ha venido el hombre que esperaba, id a buscarlo a la entrada de la abadía.

Ambos estaban nerviosos. Hernes no solo tenía en mente el manuscrito perdido que sabía que estaba en posesión de la joven Dunnottar, sino que sabía que Juan de York ya estaba en suelo escocés. Solo pensar en él le provocaba irritación. El abad tenía algo que le pertenecía y la sed de venganza lo ahogaba. Su odio hacia él había crecido durante todos estos años en los que Juan de York estuvo oculto en Francia y, por fin, había llegado el momento de poder matarlo. En ese instante la puerta se abrió y apareció un hombre alto, fuerte, de cabellos claros y con mirada fría y dura. No quedaba duda que era un Macrae.

—Recibimos tu mensaje, pensábamos que llegarías ayer. Te retrasaste — dijo Monfort.

—No he podido venir antes, podría haber levantado sospechas —dijo con voz tosca y ronca.

—¿Y bien? —le preguntó Monfort.

—He encontrado a la mujer. —Hernes, al escucharlo, avanzó hacia donde estaba el guerrero, y Monfort se aproximó más a él a la espera de que les diese más detalles—. Espero que cumplas tu promesa.

—Te di mi palabra —dijo Monfort, aunque él sabía que llegado el momento se pensaría si dejarlo con vida o matarlo. Lo más importante era saber dónde estaba ella.

## Capítulo 20

Juan de York creía que debía estar muy próximo a Kinloss. Aunque el transitar por caminos ocultos en los bosques le dificultaba el poder orientarse bien. Sabía que Hernes seguía sus pasos, quería el libro y con él el secreto mejor guardado durante siglos por los primeros cristianos. Todavía recordaba las palabras del aldeano que lo alojó hacía dos noches en su cabaña: “Últimamente andan merodeando soldados ingleses. Pero hay uno que nos ha amenazado. Dice que le informemos de cuando veamos a un religioso que responde al nombre de Juan de York. Es espeluznante, señor, parte de su rostro está quemado y lo oculta tras la capucha de su capa negra. Nos tiene amenazados”.

Enseguida supo que se trataba de Hernes. ¡Maldito sea!, pensó el abad. “Tenía que haberlo matado cuando tuve la oportunidad”, dijo en voz alta.

York quería refugiarse en Kinloss, ahí estaba la clave de todo y sería él el que daría con ellos.

La noche era fría y el sonido de los animales del bosque era sobrecogedor. El abad miró para todos los lados, le temía a la noche y más si había niebla espesa que dificultaba la visión. No podía descansar, y eso lo sabía, tenía que aprovechar la oscuridad para avanzar entre esos bosques y acantilados que llevaban hasta Kinloss.

## Capítulo 21

—**S**í, Kimball, el caso es que no la reconocí al instante, pero después supe que era Begira —le dije.

—Ella me comentó que tenía que ir a Dunnottar, la notaba preocupada, pero no le pregunté, siempre es muy reservada. ¡Maldita sea! No la debí dejar marchar —dijo Kimball.

—No te martirices, tampoco sabías lo que iba a pasar —respondió Aldan.

—Pero... ¿Qué tiene que ver esa joven con ella? —preguntó Kimball, pensativo.

—Solo me dijeron que tenía en su poder un manuscrito. Korvan, ¿recuerdas el pergamino por el que perseguían a Ana? —le pregunté.

—Pues claro, ¿cómo podría no recordarlo? Casi la matan por eso.

—Pues bien, ella tiene la otra parte, debe llevarlo a una ermita en Kinloss, y allí un fraile será el encargado de esperarla para esconderlo de los hombres que ansían hacerse con él. Yo llevo la otra mitad, creo que ha llegado el momento de desprendernos de lo que tantas desgracias ha traído a nuestras vidas.

—¿Alguna idea de dónde pueden estar Begira y el padre Lean? —dijo korvan, pensativo.

—Si mi intuición no falla, los han llevado a Kilwinning. Soldados ingleses se están reuniendo estos días allí. Los Macdonald fueron asesinados de camino a Inverness por ingleses, los mismos que se los llevaron —les dije—.

¿Se puede saber dónde se ha metido Derian? —pregunté.

—Ha tenido que marcharse precipitadamente a sus tierras, tiene problemas. —Kimball se movía nervioso de un lado para otro—. Muy bien, tú tienes que llevar a la joven a Kinloss y asegurarte de que ambos manuscritos y ella lleguen a salvo. Korvan, lleva a tus hombres y esposa a vuestro hogar, yo haré lo mismo con Elizabeth y después Korvan y yo rastreamos la zona cercana a Inverness y nos dirigiremos a Kilwinning. —Asentí. Los vi marchar. Me dirigí a mis hombres.

—¡Murdor, Balgair, Brod, Ailbert...! ¿Se puede saber dónde está Ailbert? —Lo busqué con la mirada, pero no lo vi por los alrededores—. Partid para Skye, quiero poner a Akir a salvo. Yo no iré con vosotros. —Murdor se acercó a mí.

—Voy contigo, Aldan —me susurró Murdor.

—No, ya han muerto varios hombres, hay ingleses por tierras escocesas, los mismos que mataron a los Macdonald; además, Begira y el padre Lean han desaparecido, el peligro acecha nuestras tierras y muchos son los que quieren matar a mis hombres y a mí. Quiero que pongáis a salvo a mi hermano.

En ese momento Katherine salió de la tienda, la miré, tenía la mejilla morada e inflamada, me dolía por ella. Si no hubiese sido tan cabezota y me hubiese hecho caso, pensé. Quise evitar su dolor y que la golpearan, ningún hombre debía pegarle a una mujer y aquel bastardo lo hizo. Debí matarlo. Esa joven me importaba, debía reconocerlo, empezaba a sentir algo fuerte por la muchacha. La necesitaba tener cerca de mí, la quería proteger en todo momento. ¿Qué me estaba pasando? Su sonrisa me volvía loco, sus ojos me daban paz y su mirada me llegaba hasta lo más profundo de mi alma. Sentía como si la conociese, como si fuera la mujer que hubiese estado esperando toda mi vida. Lo debía admitir, me había enamorado de esa morena de ojos negros cuyo carácter rebelde me cautivaba. Me gustaba que llevase el tartán de los Macrae, nuestros colores, eso hacía que la considerase mía, aunque ella era una Dunnottar. Lo que tenía claro es que la llevaría hasta Kinloss,

dejaríamos los manuscritos y me la traería conmigo, jamás la dejaría allí, lejos de mí.

Ella me miró, sabía que le debía doler todo el cuerpo, pero no demostró ningún gesto ni expresión de cansancio ni malestar. Me acerqué a ella.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Bien, gracias. —Levanté mi ceja. Era orgullosa y no reconocería nada delante de mí. Me hizo gracia su actitud, de hecho me encantaba que fuese así.

—¿Seguro? ¿Podrás cabalgar? —le pregunté.

—Si tú puedes hacerlo, Aldan Macrae, yo también. —Solté una carcajada.

—Pero te has olvidado de una cosa, yo estoy acostumbrado a las peleas, son mi día a día, pero tú ayer recibiste golpes y te emborrachaste. Debes tener hoy un fuerte dolor de cabeza.

—Bueno, eso es verdad, y me duele todo el cuerpo. —Me puse frente a ella con los brazos cruzados.

—¿Y la mejilla? ¡Déjame que la vea! —Me acerqué y le cogí el rostro con mi mano—. No te quedará marca, pero lo tendrás morado y dolorido durante unos días.

—¡Qué bien! —respondió con ironía. Sonreí.

—¿Te ves preparada entonces para cabalgar?

—Sí —respondió—. Quiero llegar cuanto antes a Kinloss.

La ayudé a montar al caballo. Era fuerte y a pesar de su dolor no se quejó. Le puse su tartán por los hombros, algo que ella agradeció. Era muy temprano y hacía frío. Vi alejarse a mis hombres hacia Skye y nosotros emprendimos la marcha en dirección contraria. La miré.

—¡Nos vamos! —Asintió.

Íbamos uno al lado del otro, la observaba de reojo y veía cómo estaba analizando entusiasmada el paisaje que nos cruzábamos. Esas tierras eran espectaculares, grandes valles surcados por ríos caudalosos y rodeados de inmensas montañas que demostraban a todos los jinetes que pasaban por allí su inmenso poder. El viento refrescaba nuestros rostros.

—¿Estás prometida a algún conde o barón? —le pregunté. Ella se sorprendió ante mi pregunta.

—¿Comprometida? No, por supuesto que no —dijo con rotundidad.

—Me extraña.

—¿Te extraña? —me preguntó con sorpresa.

—Sí. —Le sonreí—. No entiendo que una joven tan bonita no haya tenido ninguna propuesta de matrimonio. —Se sonrojó.

—No, y si alguien hubiese pedido mi mano, no lo hubiese aceptado.

—¿Por qué? Te gustará tener hijos como todas las mujeres.

—Jamás me casaré con alguien que me impongan, tengo que estar enamorada. —Me sorprendí, nunca había escuchado esas palabras de una dama.

—¡Ja, ja, ja! Tu padre es el que hará la elección por ti y tú tendrás que aceptarlo —le dije. Era así, las mujeres no podían decidir con quién querían casarse.

—Pues conmigo no será así. Casarte sin amor es un matrimonio directo al fracaso.

—En eso pienso igual que tú. —Le guiñé un ojo.

—¿Y tú? Seguro que hay alguna joven que te espera en Skye.

—No, yo jamás me casaré. El matrimonio no entra en mis planes y si alguna vez lo hago será porque esté muy enamorado de la dama en cuestión. —La miré, parecía satisfecha con mi respuesta—. Me gusta que pienses así, Dunnottar, no creo que a nadie le deban imponer un esposo o esposa. —Me sonrió y yo le guiñé un ojo.

Estuvimos en silencio todo el recorrido. Katherine no protestó. Decidí hacer una parada breve para comer. Detuve mi caballo en una explanada al lado de un riachuelo. La temperatura había subido, y la joven agradeció ese descanso. Estaba muy pálida. Bajé de un salto y con rapidez fui a cogerla de la cintura para ayudarla a descender. Pensé que se iba a desvanecer en mis brazos, pero ella se sobrepuso enseguida.



—Me gustaría bañarme en el río.

—Muy bien, yo estaré a tu lado hasta que termines tu baño. —Me miró con sorpresa.

—Querría estar sola, gracias. No necesito compañía.

—Si quieres darte un baño lo puedes hacer, pero yo no me muevo de aquí. Tranquila, que estaré de espaldas para no verte desnuda si es lo que te preocupa —le dije en tono irónico.

—Vaya, ¡qué detalle! Gracias por esa observación, Aldan Macrae. Quiero ponerme ya mis ropas de mi mujer.

—Sí, así podremos decir que eres mi esposa.

No respondió, cogió su bolso y se dirigió al río. Yo la seguí, no podía apartar la mirada de su figura, me gustaba la forma graciosa con la que se movía. Tenía carácter, era valiente, fuerte, ideal para ser una Macrae, ideal para ser mi esposa, pensé. La idea no me disgustaba. Llegamos al río, yo la miraba y ella estaba frente a mí con los brazos cruzados, su gesto era de disgusto.

—¿Y bien? —me dijo.

—Y bien, ¿qué? —le respondí.

—Te podrías dar la vuelta. ¿No pretenderás que me quite la ropa estando tú ahí mirándome?

—¡Ja, ja, ja! —Me reí mientras giraba y me apoyaba sobre el tronco de un árbol.

—Te aconsejo que te sientes, voy a disfrutar del baño y tardaré en salir, Aldan Macrae —dijo.

—No me importa, la decisión de esperarte no cambia. —Sonreí.

Enseguida escuché el chapotear del cuerpo de la joven contra el agua. Cuánto deseaba estar junto a ella. Escuché un quejido.

—¡Qué fría está! —gruñó.

—¡Pues qué pensabas! Estás en las Tierras Altas.

—¿Pero es que aquí nunca hace calor?

—Esta es la mejor época del año. La temperatura es formidable.

—¿Formidable? Pues a mí no me lo parece.

—Tendrás que ir acostumbrándote —le dije.

—¿Acostumbrándome? No, Aldan, una vez que llegue a Kinloss y finalice mi cometido me marcharé de aquí. Espero que para siempre —la oí susurrar.

No lo pensaba permitir, pensé. La quería para mí, me gustaba y no pensaba dejar que se alejase de mi lado con tanta facilidad. Escuché que salía del agua. La brisa me traía su perfume.

—¿Para siempre? —le pregunté, pero ella no me respondió. Se puso frente a mí.

—Ya estoy lista. —Me sonrió.

Estaba preciosa, con su pelo suelto, mojado y vestida de mujer. Me sorprendí de verla y ella se debió percatar, desvió la mirada y avanzó hacia donde teníamos los caballos. La seguí de lejos. La noche iba a ser fría. Coloqué los tartanes en el suelo, y Katherine se tapó.

—¿Cuándo calculas que llegaremos a Kinloss? —me preguntó.

—Dos días —respondí.

Yo también me dispuse a descansar. Ella no paraba de dar vueltas y yo no me podía concentrar en dormir.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —le pregunté.

—Tengo mucho frío, no puedo coger el sueño —me dijo. Estaba tiritando y apenas podía articular palabra alguna.

Me levanté y coloqué mi tartán a su lado. La atraje hacia mí y la rodeé con mis brazos. Pensé que iba a protestar, pero me sorprendió comprobar que se acurrucó entre mis brazos. Pronto dejó de tiritar. Se quedó profundamente dormida.

—Tenemos que partir —le susurré.

Ella enseguida se levantó y comenzamos la jornada. Estaba muy callada, algo poco habitual en la muchacha.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, solo que estoy deseando llegar a Kinloss.

—¿Por qué? ¿Hay algo que te preocupa? —Me miró. Vi tristeza en sus ojos.

—Sí, Aldan, hay muchas cosas en mi vida que necesito encontrar respuestas y una salida a todas ellas.

—¿Y crees que en Kinloss las encontrarás? —Bajó su rostro.

—No lo sé, espero que sí.

—¿Tú sabes quién eres, Katherine? Mi padre pensaba que eres la portadora del manuscrito que escribió san Andrés, la que descifrará las claves para encontrar las reliquias del santo y liberará nuestras tierras.

—Yo no soy esa mujer.

—¿Pero tienes el manuscrito? —le pregunté.

—Solo una parte, me lo dio Begira, me dijo que me correspondía a mí llevarlo, pero ella ha desaparecido y, en realidad, es la que sabía qué tenía que hacer cuando llegase a Kinloss.

—Yo tengo la otra parte del manuscrito. Cuando estemos en Kinloss hay un fraile que nos esperará y a él se lo tenemos que dar. Tú regresarás conmigo —le dije con rotundidad.

—No, Aldan, yo tengo que quedarme allí, tengo que encontrar respuestas a todo lo que me está pasando. —La miré, no entendía a lo que se refería.

—¿Qué quieres decir, Katherine? —Bajó su rostro como si estuviese buscando la respuesta adecuada.

—No lo entenderías. Prefiero no hablar de ello. —Respeté su decisión, pero estaba dispuesto a descubrir qué era lo que la martirizaba. La observé, su mejilla estaba menos inflamada, aunque el color púrpura por toda la zona era intenso. Sabía que debía estar aquejada de dolores por los golpes, pero ella no protestaba y seguía ahí, sin dar muestras de dolor ni cansancio.

La jornada había sido dura, estaba atardeciendo, iríamos a la aldea que estaba en el valle, allí podríamos descansar y con suerte Katherine podría dormir en una cama. Descendimos la pendiente, conforme nos íbamos acercando se escuchaba música y risas, estaban de celebración. Eran las

tierras de los Fraser, pero los Macrae no tenían ninguna enemistad con ellos. Nos recibirían, pensé, o al menos eso esperaba.

Enseguida se percataron de nuestra presencia. La música cesó.

—No te bajas, Katherine —susurré.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —nos dijo uno de los hombres que allí se encontraba.

—Soy Aldan Macrae y necesitaría que mi esposa y yo nos pudiésemos quedar esta noche con vosotros. Ella ha tenido una caída y está dolorida.

El hombre nos observaba con detenimiento, avanzó un paso hacia nosotros.

—Por supuesto, los Macrae sois bienvenidos. —Hizo un gesto con la mano y la música volvió a escucharse. Pronto las risas volvieron a ser protagonistas del lugar. El hombre y dos aldeanos se acercaron a nosotros. Ayudé a Katherine a bajar del caballo.

—¿Qué hacéis en estas tierras? Hay ingleses por todas partes. Nuestro laird está organizando a los hombres para protegernos de ellos.

—Sí, lo sé, los he visto también por las nuestras. Algo traman —les dije.

—Bueno, esta noche estamos de celebración, ha habido un nacimiento. Estáis invitados. Podéis descansar en una de nuestras cabañas vacías. Está alejada del resto, pero estaréis bien y resguardados de la humedad de la noche.

—Yo los acompañaré —dijo una mujer pelirroja y regordeta que con una gran sonrisa nos guio hasta ese lugar—. Aquí estarán muy bien. —Encendió la lumbre—. Así se calentará la estancia. Es pequeña pero acogedora.

—Está muy bien, gracias —dijo Katherine.

—En cuanto estén acomodados vengan a la fiesta, podrán comer algo. —Se marchó.

La cabaña solo tenía una habitación, había una mesa de madera con dos sillas en el centro y en un lateral estaba la cama. Pronto se empezó a calentar la pequeña sala. Katherine me miró.

—Tendremos que apañarnos, al menos no dormirás al aire libre y podrás

descansar —le dije—. Ahora si lo deseas podrás asearte. —Ella asintió—. Muy bien, entonces te espero en la fiesta. —Salí de la estancia.

Todo el mundo se divertía y, a pesar que el jefe de la aldea me hablaba sin parar sobre el inminente peligro de los ingleses, mi mirada estaba fija en la cabaña por donde esperaba que saliese ella. Transcurrió bastante tiempo hasta que la vi aparecer con el pelo suelto y su bonita silueta dirigiéndose hasta donde estaba la fiesta, enseguida una de las mujeres la acogió. Analizaba cada uno de sus movimientos, todo lo que me rodeaba se había detenido en ese mismo instante, solo estaba ella. ¿Qué me pasaba?, ¿cómo podía haberme enamorado? Me moría por poder besar esa sonrisa, hablaba con las mujeres y se divertía con ellas. Los aldeanos bailaban y bebían, y yo no podía evitar acercarme a ella, la necesitaba, ardía en deseos de tocar su piel, oler su pelo, sentir su presencia. Avancé, mantenía fija mi mirada en la joven, Katherine se percató de ello, me observaba con interés. Todo se había detenido a nuestro alrededor. Estaba tan cerca de la muchacha que podía sentir su respiración, la cogí de la mano y se la acaricié por instinto, la atraje hacia mí y la rodeé con mis brazos. Bailé con ella, era una excusa, ya que solo deseaba tenerla. Ella subió su mano y me acarició mi brazo, aquello me excitó. Teniéndola tan cerca me resultaba prácticamente imposible no besarla, mis ojos se detuvieron en sus pupilas que me observaban con intensidad, brillaban de manera especial, bajé mi mirada para fijarme en sus suaves y carnosos labios, una boca dulce y sensual que necesitaba besar. La música cesó, pero la mantenía entre mis brazos, ambos sin separarnos. Ella se apartó despacio, seria, manteniendo su mirada fija en mí. Pero yo no podía dejarla marchar, avancé hacia ella hasta aproximarme tanto que podía sentir los latidos de su corazón, levanté su mentón con mi dedo índice, ella se apartó con timidez.

—Katherine... —La deseaba, no podía dejar de pronunciar su nombre. Cómo la anhelaba en ese momento, sabía que si no se marchaba la cogería en brazos y la llevaría a la cabaña para hacerla mía, y no estaba seguro de que ella también lo ansiara. Yo jamás forzaría a ninguna mujer a yacer conmigo—.

Katherine... —le volví a susurrar y la tomé de la mano para retenerla a mi lado, pero ella empezó a correr hacia una arboleda que había cerca de la cabaña. Fui tras ella.

Estaba sentada, apoyaba su espalda sobre el tronco de un árbol con las manos tapando su rostro. Estaba llorando. La agarré del brazo y la levanté, ella me miró, limpié las lágrimas con mi mano y besé su rostro húmedo, no se apartó, acarició mi mejilla. Entonces la miré, en ese momento no sabía por qué lloraba, lo que tenía claro es que también me deseaba, le cogí con mis manos su rostro y besé sus labios, sentí la suavidad de estos con los míos, los retuve, ella respondió a mis besos rodeándome el cuello con sus brazos, yo abracé su cintura y la levanté del suelo para aproximar más su cuerpo junto al mío. La suavidad de su boca invitaba al deseo y necesidad de ella. Sentí cómo su lengua acariciaba la mía con urgencia, me aparté. ¡Dios mío!, jamás había sentido lo que me provocaba esa mujer con un beso. Le sonreí, ella se sonrojó, la volví a besar contagiándome del calor que desprendía cada roce con su piel, un contacto que me hacía arder por todo el cuerpo, reaccionando a cada caricia con sus labios. Ella se apartó.

—Aldan, esto no puede ser —dijo.

—Claro que puede ser, me gustas, Katherine, me gustas demasiado.

—Aldan, por favor, no sigas. No lo vuelvas a hacer.

—Tú también me deseas, Katherine.

—No, ha sido un error, no puede volver a ocurrir.

Dicho esto se fue a la cabaña y dejé de verla. ¿Qué le pasaba? A lo mejor pensaba que yo la consideraba una conquista más, pero no era así, le había dejado mi tartán y eso ya era mucho para un Macrae. Ella era diferente, especial. ¡Mujeres!, pensé. Aquella noche dormiría afuera, sabía que si entraba en la cabaña ocurriría lo inevitable y solo quería que pasase siempre y cuando fuese también su voluntad. Mañana llegaríamos a Kinloss.

## Capítulo 22

Simón de Monfort cabalgaba con sus hombres y Hernes a gran velocidad hacia Kinloss. Desde el lugar en el que estaban podían distinguir la pequeña abadía de frailes franciscanos en lo alto del acantilado. Esperaba que el Higlander no le hubiese mentado, no se fiaba del escocés; aunque sí sabía que era ambicioso y quería el puesto de laird que consideraba le correspondería. Esperarían a que llegase el Macrae con la joven. Pensar en ella le provocaba excitación, no solo por su belleza sino también por el manuscrito que sabía que llevaba consigo. Quien realmente le preocupaba era Hernes, sabía que tarde o temprano tendría que matarlo, era peligroso y lo movía la venganza y la ambición.

¡Uff!, suspiró, por otro lado estaban esos escoceses, él los odiaba, pero había firmado un pacto con su rey de mantener la paz con ellos, era la única manera que les permitiría atravesar sus tierras sin obstáculos.

La abadía estaba iluminada por la tenue luz que desprendían las antorchas que custodiaban la puerta de entrada. Dejaron los caballos ocultos en la arboleda. Algunos de sus hombres se quedarían escondidos, a la espera de que él les diera la señal para atacar.

## Capítulo 23

Cabalgábamos en silencio, él iba delante de mí, no me había dirigido la palabra desde que salimos de la aldea. Esa noche podía haber sido inolvidable junto a ese hombre del que sabía me había enamorado, pero no podía complicar mi existencia enamorándome de él, tenía que resolver muchas incógnitas que me estaban pasando, necesitaba respuestas y no podía añadir otro problema más, sabía que si me hubiese acostado con Aldan jamás lo olvidaría. Sus besos ya eran una tortura para mí al recordarlos. Nunca me habían besado como ese gigante escocés, aparentemente bruto y frío, pero que debajo de esa fachada era dulce, cariñoso y ardiente. ¡Dios mío!, no podía apartar de mi mente todas las sensaciones nuevas que sentí al rozar sus labios con los míos. ¡Qué iba a hacer! Me había enamorado de él y ni siquiera sabía cuándo iba a regresar a mi época, podía ocurrir en cualquier momento y entonces qué, caería en una depresión profunda por no poder estar a su lado. Por otra parte, tenía la impresión que lo conocía. Sus caricias y sus besos, esas sensaciones... me hacían sentir única, especial para él. ¿Qué me estaba pasando? ¡Me iba a volver loca si seguía sin encontrar respuestas!

—Haremos un descanso para comer —dijo, deteniendo su caballo. Bajó de un salto y acarició el lomo de su animal. Lo imité. Lo miré de reojo. Hacía frío, cogió ramas para hacer una lumbre. Extendió su tartán.

—Aldan —me senté a su lado—, lo que pasó anoche... —Me daba vergüenza sacar el tema, pero sabía que debíamos hablar de ello, no podía



continuar el viaje así.

—No tiene importancia, te entiendo, tú piensas que eres una más —me dijo sin mirarme mientras hacía fuego.

—¡Sí la tiene, Aldan!, yo siento haberme marchado así, pero lo nuestro no puede ser.

—¿Por qué? —Giró su rostro hacia donde estaba sentada.

—Porque... —Las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro. Quería decirle la verdad sobre mí, pero... cómo reaccionaría. Si estuviera Begira me ayudaría y daría veracidad a lo que estaba pasando en mi vida. Pero él, seguro pensaría que estaba loca.

—¿Por qué? —repetía mientras se ponía de pie y me forzaba a que yo hiciese lo mismo.

—Aldan, temo decírtelo, vas a pensar que estoy loca, pero Begira y el padre Lean saben la verdad, si ellos estuviesen aquí...

—Por favor, Katherine, no me caracterizo por tener paciencia, ¡habla ya!

—¿Has oído hablar de la Puerta de los Hombres, las historias que relataban los druidas? —Asintió.

—¿Se puede saber qué es lo que me estás queriendo decir? —dijo rabioso, se le estaba acabando la paciencia. A Aldan, como buen Highlander, le gustaban las cosas claras y concisas. Tenía cruzados los brazos y las piernas ligeramente abiertas con disposición a escuchar y querer entenderme.

—Entonces sabes... que solo a veces esa puerta del tiempo se abre en el universo y un alma de otro tiempo puede traspasarla para regresar al lugar al que pertenece o tiene una deuda que saldar.

—Katherine, por favor, ¿qué me quieres decir con eso?, ¿a qué viene que me hables ahora de los druidas?

Bajé el rostro, temía decirle la verdad, pero no podía seguir así, necesitaba confiar en alguien y que ese alguien supiese mi verdad. Si él estaba ahí, conmigo, en mi vida, era por algo. En todo lo que me rodeaba estaba la clave de mi futura vida, lo intuía.

—Pues bien, yo he atravesado esa puerta —ya lo había dicho, respiré. Sus ojos se agrandaron, se quedó en silencio, pensativo. Después de unos segundos reaccionó.

—Por favor, Katherine, ¿te crees que soy estúpido?

—Es cierto, Aldan —le relaté con todo tipo de detalles lo sucedido, le enseñé la runa, mi medalla, el manuscrito; aunque eso él ya lo sabía al igual que yo conocía que él tenía en su poder la otra mitad, juntos desvelaban el gran misterio oculto siglos atrás. Se sentó y me puse a su lado.

—Piensas que estoy loca, ¿verdad? —le dije mientras lo observaba con interés analizando cada gesto en su rostro. Me miró y cogió mi mano.

—Eso lo has dicho tú no yo. No creo que estés loca, Katherine, solo que me cuesta creerte. Es difícil asimilar lo que me estás diciendo, aunque ahora entiendo algunos sucesos que me sorprendieron como cuando el laird del clan Macdonald dijo que no había nadie en el carromato, o como cuando dormías durante el día y aparecías por la noche.

—¡Exacto!, por eso, a pesar de los sentimientos que despiertas en mí, no quiero hacerte sufrir, Aldan Macrae, en cualquier momento puedo desaparecer y entonces... Puede que ya no vuelva nunca más a estar a tu lado. —Él me miró.

—¡Eso nunca!, no permitiré que te alejes de mí. Encontraremos a Begira, ella tendrá que dar respuestas a muchas de mis preguntas. Te casarás conmigo —dijo con rotundidad.

—¡Aldan! ¡No entiendes lo que estás diciendo!

—¡No, no entiendo nada! No puedo comprender nada de lo que me estás diciendo, solo sé que no permitiré que te alejes de mí. —Se levantó y me cogió de los brazos y me levantó—. ¿Comprendes lo que te estoy queriendo decir, Katherine? —Negué con la cabeza. Me aproximé a él, sentía su respiración sobre mi pelo y el olor de su piel—. No quiero que te alejes de mí. Jamás pensé poder sentir esto, pero lo siento y no puedo negarlo más, me he enamorado de ti, Katherine, no quiero vivir si no es a tu lado.

No daba crédito a lo que estaba escuchando, él no me dio tiempo a que yo reaccionase, cogió mi rostro con suavidad entre sus manos y bajó su mirada hasta que nuestros labios se rozaron, sentí un escalofrío que me recorrió desde los pies hasta la cabeza. Me miró un segundo y después se volvió a centrar en mi boca, sentía su deseo y necesidad de mí. Lo anhelaba y no quería apartarme de él, le rodeé su cuello y él me abrazó la cintura reteniéndome con fuerza, sin dejar de besarme. La suavidad de su lengua envolvía la mía haciéndome sentir especial y única para él. El ansia de encontrarnos el uno en el otro aumentaba. Él me apartó con suavidad, me sonrió, retiró un mechón de pelo que tapaba uno de mis ojos y me lo colocó tras la oreja.

—Eres la mujer que he estado esperando toda mi vida, lo sé.

—Yo también siento que te conozco desde hace mucho tiempo, Aldan Macrae.

—Si es cierto lo que dices, solo hay una explicación, por alguna razón nuestras vidas se separaron en algún momento y esta es otra oportunidad para nosotros, debemos continuar lo que no pudimos finalizar. El destino nos ha vuelto a unir. —Bajé mi rostro—. Jamás permitiré que te alejes de mí.

Estaba anocheciendo, nos encontrábamos muy cerca de la abadía de Kinloss, la cual se levantaba mostrando desde los desafiantes acantilados su poder frente a cualquier viajero que osase acercarse a ella. Nos detuvimos para contemplarla.

—Aldan, hay algo que me preocupa. Solo Begira sabía a quién teníamos que dar los manuscritos. —Mi escocés acercó su caballo al mío, cogió mi mano y la acarició con suavidad.

—Él será el que nos encuentre. Begira decía que él te esperaba, en cuanto se entere que tú has llegado irá a buscarte. —Asentí.

Cabalgamos hasta la parte más empinada del acantilado. Una vez que llegamos hasta las inmediaciones, nos bajamos de los caballos.

—Tengo miedo, Aldan. —Era cierto, estaba asustada. Había un silencio inusual. No se escuchaba el sonido de ningún animal a excepción de los

fuertes vientos y el rugido del mar chocar contra el acantilado rocoso. Él se detuvo.

—Conmigo no debes temer nada, soy un Macrae, jamás permitiré que te pase nada. Mi espada es la más temida. Yo te protegeré siempre. —Me guiñó un ojo y me besó.

Aldan tocó la aldaba con fuerza y firmeza, una pequeña ventana con rejilla se abrió. Un rostro enjuto, pálido, con nariz aguileña y ojos pequeños y caídos se asomó por el hueco.

—Necesitamos pasar la noche en su abadía. Hace frío y se avecina una tormenta. Confiamos en su generosidad —dijo Aldan.

En ese momento la puerta se abrió, un fraile encorvado y vestido con su hábito marrón, de cuya cintura colgaba un rosario de madera, nos observaba con curiosidad.

—No es habitual recibir a viajeros en nuestra abadía —dijo—. Por favor, síganme.

El fraile nos llevó por pasillos estrechos, fríos y oscuros, se detuvo frente a una puerta de madera y nos invitó a entrar.

—Por favor, esperen aquí, he de informar al abad. —Se marchó.

Aldan observó la habitación en la que estábamos, como buen guerrero inspeccionó el lugar. Se aproximó a una pequeña ventana y miró al exterior. Pasados unos minutos entró el fraile con el que debía ser el abad. Su aspecto físico era muy similar al del fraile. Nos observó y una sonrisa forzada apareció en su rostro.

—El hermano ya me ha dicho su deseo de que los acojamos esta noche. Nosotros no cerramos las puertas a nadie que nos solicite cobijo y comida. Sed bienvenidos. Les daremos dos celdas vacías y les llevaremos algo de comer.

La puerta se cerró tras de mí. ¡Gracias, Dios mío, por poder dormir esta noche en una cama!, susurré.

Ya en la celda devoré los alimentos que me dejaron y me asecé, lavé mi

cabello y mojé mi piel con trapos de lino. En ese momento Aldan irrumpió en mi habitación sin pedir permiso. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó sobre esta.

—No puedo dormir, estás en mi mente y solo deseo estar contigo esta noche —me dijo mientras se acercaba despacio hacia mí.

—Yo tampoco puedo conciliar el sueño. —Él sonrió.

—Entonces tenemos un problema —dijo.

—Sí, creo que sí. —Él se acercaba despacio hacia mí.

Me cogió del brazo y tiró de mí haciéndome caer sobre su pecho, cogió mi rostro entre sus manos, me sonrió y sus labios rozaron los míos, dando pequeños besos con suavidad, saboreando su néctar. Sus manos descendían acariciándome los brazos y rodeándome con fuerza. Podía sentir el latir de su corazón al igual que él el mío. Retuvo sus labios entre los míos y mordió con delicadeza mi labio inferior, volvió a rozarlos con ternura. Sus besos recorrían mi piel haciéndome arder de placer. Su lengua rozaba la mía con deseo y necesidad de mí y yo le correspondía con pasión. Se retiró y se quitó la camisa blanca dejando al descubierto sus pectorales musculados, con cicatrices de guerra y dorados por el sol. Lo contemplé, acaricié sus hombros redondeados bajando mis manos hasta llevarlas a su tórax, acariciaba cada una de sus cicatrices que formaban parte de su cuerpo, él suspiró de placer, tiró de mí y me besó con deseo, una de sus manos acarició mi cuello e iba bajando hasta acariciar mis pechos. ¡Dios mío! Una oleada de placer recorrió todo mi cuerpo, me quitó la blusa, me sonrojé, él me producía esa timidez. Levantó mi rostro con su mano.

—Eres preciosa —me susurró al oído mientras mi falda también se deslizaba hasta el suelo quedándome desnuda.

Me cogió en brazos y me llevó a la estrecha cama, me dejó en ella mientras él se quitaba sus pantalones y quedaba completamente desnudo dejando al descubierto su masculinidad. Se tumbó a mi lado y su boca cubrió la mía llena de deseo mientras sus manos exploraban cada parte de mi cuerpo haciéndome

anhelarlo cada vez más. Sus besos me hacían gemir, ansiaba que su boca descubriese cada rincón de mi ser. Su cuerpo desprendía calor al igual que el mío mientras me hacía el amor como nunca me lo habían hecho hasta entonces. La necesidad de él cada vez era más exigente al igual que su anhelo de tenerme y hacerme suya. Nuestros cuerpos sucumbieron a la excitación de unirnos hasta llegar a la máxima satisfacción de dos personas que se aman. Él me miró, sonrió y yo le respondí. Me besó con ternura.

—Jamás dejaré de besar esa sonrisa —me dijo. Me rodeó con sus brazos mientras apoyé mi rostro sobre su pecho. Me quedé dormida.

Todavía no había amanecido, un ruido me despertó, una manta cubría mi piel desnuda. Él no estaba allí. Me incorporé. ¿Dónde habría ido?, pensé. En ese momento me di cuenta de lo que me había despertado, debajo de la puerta habían introducido un trozo de papel. Me puse la camisa y fui a cogerlo. Lo leí:

*“Vaya a la sala que hay al final de este pasillo. La he estado esperando. Tengo que verla cuanto antes”.*

No estaba firmado. Me vestí, cogí mi bolso donde llevaba el manuscrito y la piedra, los saqué de allí para guardarlos en el amplio bolsillo de mi falda, me gustaba llevarlos conmigo en todo momento. Me dirigí hacia el lugar indicado. ¿Dónde estaría Aldan? No podía esperarlo, dejé el papel sobre la mesa de madera por si regresaba a la habitación.

Atravesé el pasillo oscuro. Todo estaba en silencio, sentí la frialdad de las paredes de piedra, húmedas. Llegué al final de la galería, toqué la puerta y la abrí, estaba oscura, a excepción de una vela al final de la estancia sobre una mesa de madera. Observé alrededor y no vi a nadie, a no ser que me estuviesen esperando, ocultos en la oscuridad.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —El silencio fue la respuesta. Empecé a ponerme nerviosa.

Escuché un ruido entre los tapices colgados en las paredes del fondo de la estancia. Entonces lo vi, una figura estaba de pie, observándome. Me inquieté.

—¿Quién es usted? —pregunté.

Se adelantó y fue andando hacia el centro de la sala. No reconocí a ese hombre. Sus ropas eran de soldado inglés, para nada tenía que ver con los kilt y tartanes de los clanes escoceses. Temblaba, pero no quería que lo notase, lo miré con cautela.

—¿Quién es usted? —volví a preguntar.

—Simón de Monfort —respondió en un inglés perfecto—. Tu padre, el conde Dunnottar, ¿nunca te ha hablado de mí? —Negué con la cabeza—. Claro, a lo mejor lo iba a hacer cuando regresases de tu viaje por las Tierras Altas. Me alegro de haberte encontrado aquí, sabía que tu intención era venir a esta abadía, pero dudaba que al final lo hicieses. Lo que no entiendo es qué hace ese maldito Macrae contigo.

Me asusté al escucharlo referirse a Aldan, temía que le hubiese hecho daño.

—¿Qué quiere? —lo reté con la mirada. Se aproximó más a mí hasta ponerse muy cerca. Se movía alrededor mío analizándome de arriba abajo. Me incomodaba su presencia, me producía asco.

—¡Ja, ja, ja! Ya veo que eres curiosa. Cuánto ansiaba verte. Tienes algo que quiero y que me pertenece.

—No sé a lo que se refiere —le dije.

—¡Claro que sabes a lo que me refiero! Y me lo vas a dar al igual que vas a venir conmigo.

—¡Nunca! —le dije apartándome de él. Me sostuvo con fuerza del brazo.

—No quiero enfadarme contigo, milady, así que vas a ser buena y me darás el manuscrito y después vendrás conmigo sin rechistar.

—¡Jamás me iré con usted! —Me apretó el brazo, vi odio en su mirada. Su rictus se tensó. Me daba miedo.

Escuché ruidos afuera, de una patada la puerta se abrió y Aldan irrumpió con brusquedad y violencia en la sala, observé varios soldados en el suelo, se retorcían de dolor provocado por una pelea a base de puñetazos. La mirada de mi escocés desprendía odio y rabia contenida. Me percaté de la expresión de

asombro en el rostro de Simón de Monfort. Aldan avanzaba con rapidez extrayendo su espada de su empuñadura. Monfort me agarró del brazo y me puso delante de él, sacó un puñal y me lo colocó en la garganta. Aldan se detuvo en seco, su tensión era evidente. Yo sabía que debía estar sufriendo por no poder protegerme. En ese instante entraron más soldados y entre estos un encapuchado, oculto tras una capa negra, todos ellos rodearon a Aldan quien no se amedrentaba ante todos esos guerreros.

—¡Suéltala! —ordenó Aldan a Monfort.

—¡Ja, ja, ja! Idiota Macrae. Si no tiras ahora mismo esa espada al suelo tu preciosa damita morirá en este mismo instante. —Presionó más la punta haciendo un poco de sangre en mi cuello. Pude ver la mirada de terror de Aldan ante la idea de que me pudiera matar. Yo sufría por él, sabía que lo estaba pasando realmente mal. Aldan tiró su espada y en ese preciso momento se acercaron todos los soldados a él, rodeándolo, al principio con miedo y después con rapidez lo agarraron de sus brazos y cuello dejándolo inmovilizado.

—¡Aldan! —grité—. ¡Déjelo! Él no tiene lo que usted quiere, se lo daré si lo suelta.

—¡Ja, ja, ja! ¿Tanto te importa este escocés? —me dijo.

—¡Suéltelo! —insistí.

—Muy bien, milady, lo pondré en libertad si llego a un acuerdo contigo.

—¿Qué es lo que quiere?

—¡No, Katherine! ¡No hagas nada de lo que él te diga!

Le propinaron los soldados varios puñetazos y patadas en el estómago. Yo no podía soportar ver cómo le pegaban.

—Haré lo que usted me diga con la condición de que lo liberen.

—Muy bien, quiero ese manuscrito y que te cases conmigo. Si no lo haces, tu escocés morirá torturado por mis hombres.

—¡No, Katherine! —dijo Aldan con la voz entrecortada.

—De acuerdo, pero siempre que usted me dé su palabra que lo liberarán.



—Tienes mi palabra, Katherine —me dijo mientras cogió mi mano y se inclinaba para besarla, yo la retiré antes de que sus labios rozaran mi piel.

—¡Katherine, miente! ¡No le creas, mi amor! —Le dieron una patada que lo silenció.

—Llevala afuera. ¡Nos vamos! —ordenó mientras varios de sus hombres me forzaban a abandonar la sala.

El hombre de negro seguía mis pasos, era siniestro y al pasar por su lado sentí un escalofrío recorrer toda mi piel. La puerta se cerró tras de mí y temí que Monfort no cumpliera con su palabra. Las lágrimas rodaban por mi rostro. ¡Aldan, amor mío! Lo siento, todo es por mi culpa, susurré.

## Capítulo 24

Juan de York estaba escondido entre los árboles cercanos a la abadía. Desde el lugar en el que se encontraba vio cómo los soldados de Simón de Monfort sacaban a la joven, la misma que debía portar el manuscrito que él quería. ¡Maldita sea!, dijo en voz alta, han llegado antes que yo, refunfuñó. De repente el corazón le dio un brinco, lo reconoció nada más al verlo, era Hernes. ¿Qué hacía él allí?, pensó. Debía tener cuidado, si lo veía no dudaría en matarlo. Observó cómo la metieron en un carro junto con dos soldados. Enseguida salió de la abadía Simón de Monfort quien se dirigió a un escocés oculto entre los árboles. Juan de York puso el oído para escuchar todo lo que decían.

—Yo he cumplido con mi palabra —dijo el escocés.

—Y yo cumpliré con la mía. Macrae morirá hoy mismo. Mis hombres se encargarán de que su cuerpo lo encuentren los guerreros de su clan.

—Espero que así sea, Monfort, si no iré expresamente a cobrarme tu traición. Sé que vas a refugiarte en Kilwinning, así que allí acudiré como me entere de que él no ha muerto, a buscarte y atravesarte con mi espada.

—¡Ja, ja, ja! No me amenazas, escocés, estás en desventaja. Vete antes de que me arrepienta de dejarte marchar con vida.

El escocés escupió en el suelo, se tapó por los hombros con su tartán y se montó en su caballo, se alejó del lugar.

Simón de Monfort, Hernes y los soldados ingleses se montaron en sus respectivos caballos y se alejaron junto con el carruaje en el que iba la joven.

Juan de York suspiró, estaba cansado, pero sabía que no podía detenerse, ellos irían a la abadía de Kilwinning y en ese lugar se las ingeniaría para hacerse con el manuscrito que portaba la joven dama. Se ocultó en la oscuridad de la noche.

## Capítulo 25

Sabía que no iba a cumplir su promesa. ¿Por qué salí de la habitación? Mi intención era buscar un fraile que nos pudiera casar, había dormido con ella y quería hacerla mi esposa cuanto antes. Era mía, la mujer de Aldan Macrae. Pero cuando regresé con el fraile enseguida supe que algo marchaba mal. Y ahora me encontraba en esa sala, con dos soldados de Monfort dispuestos a matarme. Me habían atado las manos apenas cerraron la puerta y empezaron a pegarme con violencia, sabía que su fin era acabar con mi vida, pero yo no estaba dispuesto a morir, Katherine estaba en peligro y le prometí protegerla siempre. Mientras recibía fuertes golpes en el estómago, en el rostro, le pedí a Dios que me ayudara. Apenas podía abrir los ojos de los puñetazos que me propinaban.

—¡Déjenlo! ¡Se lo ordeno! ¡Están en la casa de Dios!

—¡Ja, ja, ja! —Rieron los ingleses.

Alguien había entrado en la sala.

—Si no lo dejan le daré la orden de que él mismo los eche. Muy bien, ustedes lo han querido. Robert...

Y en ese momento se escucharon golpes. Al poco tiempo los soldados salieron de la sala.

—Robert, ayúdame a llevarlo a la celda en la que estaba con la joven.

Me cargaron y me llevaron hasta allí. No podía permitirme el lujo de perder ni un segundo de tiempo, la vida de Katherine peligraba. Me habían

destrozado por dentro y por fuera y por mucho que me esforzara apenas podía mantenerme en pie. Me quedé traspuesto.

—¡Por fin abres los ojos, muchacho! —dijo un fraile que velaba por mí junto a la cama—. Robert, incorpóralo. —Un hombre fuerte y mucho más alto que yo se acercó y me ayudó a sentarme en la cama—. Esos ingleses casi te matan, eres fuerte y el recuerdo de esa joven es el que te ha mantenido vivo.

—¡Tengo que marcharme! Ellos la tienen —dije intentando levantarme, pero el hombretón me detuvo con su recia mano.

—Así no puedes ir a ningún sitio —dijo el fraile.

—¡Debo irme ya!, no me voy a quedar más tiempo —dije retirando la mano de ese gigante e incorporándome despacio. Todo me daba vueltas y el cuerpo me dolía de los golpes recibidos. Mi estado físico no era problema para mí, había pasado por muchas situaciones extremas de dolor, pero lo que nunca podría soportar sería perderla, sabía que si llegaba a ocurrir moriría de tristeza.

—¡Terco escocés! —Miró a Robert—. Si es lo quiere no lo podemos obligar.

—Temo por ustedes —dije—. Esos bastardos querían matarme y si descubren que no lo han hecho pueden tomar represalias contra vosotros.

—Tranquilo, muchacho, en la casa de Dios no se atreverán a entrar. Además, a esos soldados les dimos a entender que estabas agonizando cuando tú te desmallaste, esperaban afuera, no se atrevían a marcharse y les dimos la razón para irse tranquilos. Ellos cuentan que has muerto y Simón de Monfort les creerá. —Me miró mientras se levantaba e iba a observar por una pequeña ventana enrejada—. Han ido a Kilwinning, no está muy lejos de aquí, a dos días a caballo.

—¡Debo llegar a tiempo! Ella no puede casarse con ese bastardo.

—Ella... —dijo el fraile— tiene algo que ellos quieren, el manuscrito sagrado, un escrito que nunca debió perderse ni salir de esta abadía hasta que los hombres no cesasen en su ambición y poder por encontrarlo.

—¿Usted entonces es...?

—Sí, yo os esperaba, tenía que llevar el manuscrito al Santo Padre, a Roma, de donde nunca debió salir junto con las otras dos reliquias santas, el anillo y el santo Cáliz, estos se perdieron en tierras inglesas, pero el manuscrito siempre ha estado con ella, por eso la dama era nuestra esperanza. Pensamos que nadie sospecharía que ese escrito estaba entre la estirpe de las mujeres Dunnottar, pero Monfort lo descubrió, no sabemos cómo. Tengo que llevarlo a Roma lo antes posible, es el único lugar donde no podrán hacerse con él.

—Pero... ¿Qué tiene ese manuscrito? —Bajó su mirada.

—Cómo llegar a las reliquias de san Andrés. Entre las reliquias del santo se encuentran objetos sagrados de Jesucristo. En ese escrito se explica a través de una simbología el lugar exacto en donde están escondidas... ¿Se puede imaginar qué pasaría si eso llega a manos de hombres como Simón de Monfort? Provocaría odio, guerras y teñiría nuestros valles y las de Tierra Santa en sangre y odio. Se apropiaría de todo, el rey haría lo que quisiese con ese hombre con tal de tener una parte del tesoro sagrado. —Supe a lo que se refería, Escocia sería la moneda con que el rey inglés pagaría a Monfort y sus seguidores.

—¡No! —grité.

—El Santo Padre lo custodiará en Roma, permanecerá oculto en el lugar santo y solo hombres de Dios podrán ir en su búsqueda cuando sea la voluntad de nuestro Señor.

—Yo tengo la otra parte de ese manuscrito. —El fraile se giró con rapidez—. Lo guardé, sabía que llegaría el momento en que sabría qué hacer con él.

—Lo extraje de la bolsa de cuero que llevaba siempre aferrada a mi cintura.

—¡Gracias, Dios mío! —dijo el hermano mientras alzaba las manos en alto en alabanza a Dios. —Lo guardó en uno de sus amplios bolsillos de la túnica marrón—. Jamás debes hablar de esto con nadie. Ni siquiera con sacerdotes ni religiosos. Hay muchos hermanos que se han vendido a satanás por ambición y poder. —Se quedó pensativo y, tras una breve pausa, volvió a hablar—. Debes

poner a salvo a la joven, corre un gran peligro. La orden del Dragón sabe que ella es la portadora del manuscrito, bueno, de la otra parte y aunque Simón de Monfort es el gran maestro, son muchos los miembros con poder que no permitirán que él se apropie del documento. La matarán. —Me angustié, no lo iba a permitir—. Tráeme el manuscrito, joven Macrae, debe estar en mi poder, si no la sangre teñirá las Highlands y la pobreza y las muertes serán lo único que veamos por los caminos. Confío en ti. Te esperaré hasta que regreses con ella y el documento sagrado.

—Gracias por haberme salvado la vida, estoy en deuda con usted. —Me sonrió y me puso una mano sobre el hombro.

—No, muchacho, tienes que agradecersele a Él. —Miró hacia el cielo—. El Señor te puso en mi camino.

Salí de la abadía con mucha precaución para no ser visto por ningún fraile que después pudiese informar que yo no estaba muerto. Apenas haría paradas, tenía que llegar cuanto antes a Kilwinning.

Mis pensamientos los ocupaba ella, la mujer que amaba. La noche era cerrada y fría. No sentía el dolor físico, solo la pena de saber que no había podido protegerla. ¿Por qué ella había accedido a ese pacto? Él jamás lo cumpliría, era inglés. ¡Maldita sea! Es un asesino de la orden del Dragón, un grupo secreto que mata y hace ritos satánicos, dije en voz alta. Mientras galopaba le rogaba a Dios para que llegase a tiempo de salvarla.

El viento enfriaba mi rostro y la niebla mojaba mi cuerpo.

Estaba en las inmediaciones de la abadía, dejé el caballo en un lugar seguro y oculto. Tenía que encontrar la manera de acceder allí. En ese momento me percaté que no estaba solo, había un religioso que, por sus ropas, debía ser abad, estaba observando, al igual que yo, entre los arbustos. ¿Qué haría allí? Me acerqué a él con sigilo, no quería que me escuchase que me aproximaba. Sintió la punta de mi espada en su espalda.

—¿Quién es usted y qué hace mirando en dirección a la abadía? —le pregunté.

—Solo soy un pobre sacerdote que intenta entrar en ella. No me haga daño, por favor —me suplicó.

—¡Dese la vuelta! —le ordené.

Se giró despacio. ¿Por qué me resultaba familiar su rostro? ¿De qué lo conocía? No me inspiraba confianza.

—Quizás..., yo sepa lo que usted busca —me dijo.

—¿A qué se refiere? ¡Sea claro! —le dije mientras bajaba la espada.

—Han traído a una joven muy bonita a la abadía, por lo que he escuchado van a obligarla a casarse con Simón de Monfort. —Mi rostro se tensó, me enfurecí—. Yo puedo ayudarlo a rescatar a la joven, señor. Sé los pasadizos de esta abadía de memoria.

—¿Y qué quiere a cambio? —Me extrañaba que ofreciera su ayuda de manera gratuita.

—¿Hacia dónde iría usted con la joven?

—A mis tierras, la isla de Skye. ¿Por qué?

—Porque me gustaría acompañarlos en su recorrido. Yo voy a Inverness y hasta que me desvíe para ir allí me gustaría contar con su protección. Por los colores de su tartán intuyo que es un guerrero Macrae. Nadie osará meterse con nadie de su clan, ya que los soldados Macrae son conocidos por su bravía y valentía, todo el mundo les teme.

—Pero... ¿no quería entrar en la abadía? —le pregunté.

—Sí, pero solo por curiosidad. Temo por la vida de la joven.

—No tengo fe en su palabra. Como me engañe lo mataré.

—Puede confiar en mí.

El religioso me guio hasta la parte más alejada de la entrada principal de la abadía, había una puerta abierta por donde estaban entrando sacos de harina o, al menos, eso era lo que parecía.

—Por ahí accederemos al interior, señor, eso sí, tendrá que dejarlos inconsciente.

Me dirigí hacia los dos hombres que cargaban los sacos y, sin darles tiempo



a reaccionar, les di un golpe seco en la cabeza dejándolos a ambos tumbados en el suelo.

—Pongámonos sus capas, para pasar desapercibidos.

En realidad me molestaba que me diese órdenes aquel hombre, pero tenía que reconocer que tenía razón, debíamos pasar desapercibidos y no teníamos que demorarnos mucho. Aprovecharíamos el tiempo que esos campesinos estuvieran inconscientes.

Accedimos a una galería, el religioso seguía mis pasos muy de cerca. Se escuchaban por toda la abadía los cantos de los frailes que allí habitaban, de repente salieron varios hombres, con sus capas negras ocultando sus rostros. Enseguida me di cuenta que eran soldados, sus espadas asomaban por los bajos de sus vestimentas y el resplandor de sus anillos me confirmó que eran caballeros de la orden del Dragón. Me escondí tras la oscuridad de una de las columnas de la galería. Cuando esos caballeros pasaron fui directo a la puerta por donde habían salido, era la antesala a una habitación más grande. Entré con mucho sigilo, no había nadie, solo restos de la cera de velas rojas ahora apagadas, indicios de que acababan de haber hecho un rito. Temí por Katherine, en mi mente solo se amontonaban los peores pensamientos. Escuché ruidos en el exterior, me asomé por la ventana. Vi varios soldados que se arremolinaban entorno a un carro, empujaban a alguien con violencia. ¡Era ella!, la obligaban a subirse a este. ¡Gracias, Dios mío, está viva! Cerca de Katherine estaba ese bastardo de Simón de Monfort. Me giré con rapidez, el abad me miraba con cara de asombro.

—Señor, son muchos hombres, usted solo no puede hacerles frente. La llevan al castillo del conde de Monfort.

No lo escuché, no temía enfrentarme a un ejército entero con tal de salvarla, no tenía miedo a nada ni a nadie a excepción de perderla. Corrí hacia el exterior, un fraile se interpuso en nuestro camino, lo esquivé.

—¿Quiénes sois? —dijo mientras seguía nuestros pasos.

Corrí por un patio y en ese momento otros dos frailes se chocaron conmigo

con rapidez, estos se giraron y observé la punta de sus espadas que asomaban por la túnica marrón, desenvainé mi espada y ellos hicieron lo mismo, pero después las envainaron.

—¡Aldan! ¿Se puede saber qué haces aquí? —Eran Kimball y Korvan, tras ellos asomaron Begira y el padre Lean, los dos estaban custodiados por sus hombres de confianza, David y Dylan. Exterioricé mi alegría de verlos, pero no podía demorarme, ella era mi prioridad.

—¡Se llevan a Katherine!

—¿Quién? —preguntó Korvan que no dejaba de observar al abad. Este curiosamente se había ocultado su rostro tras su capucha y alejado de mi lado para esconderse en la oscuridad de las columnas.

No le respondí, avancé hacia el exterior y ellos me siguieron. El carro y los soldados ya se habían marchado. Di un puñetazo en el tronco de uno de los cipreses. Fui hacia mi caballo y en ese momento Kimball se puso delante de mí y me interrumpió el paso.

—¿Quieres contarme qué es lo que pasa? —gritó.

—Simón de Monfort nos esperaba en la ermita, fue una trampa, se la llevaron. Katherine les prometió que si no me mataban se casaría con ese maldito, la obligó a ello.

—¡Iremos contigo! —dijo Korvan—. Dylan, David id a Essex, llevad a Begira y al padre Lean con Elizabeth y Ana. Decidle a Ana que prometo estar con ella cuando Beth la ayude a dar a luz a nuestro segundo hijo.

—No le hagas promesas, ya sabes que luego se enfada mucho cuando no las cumples —dije. Korvan dibujó una sonrisa en su rostro.

—Sí, te acompañamos —dijo Kimball—. Tú solo no puedes hacer nada, somos los caballeros del León, siempre juntos.

—Exacto —dijo Korvan acercándose a mí—. Y aunque Derian se ha quedado recluido en sus tierras por problemas con los aldeanos, él también te apoyaría, lo sabes.

—Sí, lo sé. —Bajé el rostro, estaba muy preocupado.

—¡Vamos, amigo!

Cogimos los caballos y nos pusimos a cabalgar. ¿Dónde estaría ese abad?, había desaparecido. Observé que Korvan también buscaba a alguien, o eso es lo que me pareció.

—¿Quién era ese religioso que te acompañaba? —me preguntó Korvan.

—Estaba en la ermita. No lo sé. Tuve la sensación de que lo conocía —le respondí.

—Yo también he tenido esa misma sensación —dijo Korvan.

¿Dónde se habría metido?, pensé.

## Capítulo 26

Juan de York respiraba agitado, en el fondo se apremiaba por haber sido tan rápido en reaccionar. Sabía que si Korvan o el Macrae le hubiesen reconocido, él ya estaría muerto. Korvan lo odiaba por haber sido el causante de tanta desgracia en su familia y Aldan era su fiel amigo. Se detuvo en mitad del bosque, apoyó su mano sobre un tronco y volvió a respirar. Sabía dónde estaba el castillo del conde de Monfort, iría a Lincoln. Tenía que conseguir el manuscrito que llevaba esa mujer. Y si era necesario la mataría con tal de hacerse con este. Había perdido mucho tiempo, sus planes no habían salido como él esperaba. Se incorporó con la intención de ponerse en marcha, tardaría más que esos hombres, pero se haría con un caballo. En ese momento sintió algo que le presionaba en la espalda, esa voz la reconoció enseguida.

—¿Te creías que ibas a escapar de mí? Te he estado buscando durante mucho tiempo, sabía que al final iba a dar contigo. —Juan de York enseguida identificó la voz de Hernes, empezó a sudar, las gotas le caían por la frente, sus piernas temblaban y su mente no paraba de pensar en cómo podría escapar de él.

—Podemos hacer esto juntos. Sé quién tiene el manuscrito... —Hernes no lo dejó continuar.

Hacía mucho que quería matarlo, lo había buscado durante años y esta vez no le dejaría decir nada. El abad había sido el causante de su desgracia, lo traicionó y siempre lo había utilizado. Había jurado matarlo y por fin podría

cumplirlo.

Clavó su espada en su vientre y le dio con la punta del pie en su espalda para que cayese con rapidez al suelo. Buscó en su bolsillo el libro de tapa negra, cuánto había soñado con ese momento, se lo guardó y lo miró a los ojos mientras el abad se desangraba.

—Yo también sé quién tiene el manuscrito —dijo, mientras se levantaba y avanzaba con paso firme hasta donde había dejado su caballo.

Hernes se había apartado de la comitiva adrede, justo antes de que emprendiesen la marcha había visto al abad salir con rapidez por una de las puertas laterales de la abadía. Ahora debía alcanzar a los soldados de Monfort, se dirigían a Lincoln, a su castillo. En su mente solo rondaba la idea de hacerse con el manuscrito y acabar con la vida de la muchacha. Ella no podía vivir, era el sacrificio que la joven debía hacer. ¡Ja, ja, ja!, rio mientras planeaba la muerte de Katherine.

## Capítulo 27

Solo pensaba en Aldan y en lo que iba a ser de mí sin él. Estaba enamorada de un hombre del siglo XI, y además sabía que solo con él podría ser feliz. ¿Y si regresaba a mi época? Prefería no pensarlo, mi vida no tendría sentido si no estaba junto a él. Además, estaba preocupada por mi escocés, no me fiaba del conde y de su promesa. Y por otra parte, ¿cómo me iba a casar con ese hombre? Tenía que encontrar la manera de escaparme de él. Lo había escuchado hablar con sus soldados y había dicho que quería llegar cuanto antes a su castillo.

Avanzada la noche, el carro se detuvo, los soldados me sacaron con brusquedad y me metieron con rapidez a una cabaña, apenas me dio tiempo de ver dónde estaba. Una vez dentro vi a Simón de Monfort, me daba la espalda, miraba a la lumbre. Una mujer ponía las viandas sobre la mesa de madera que había en el centro de la sala, con miedo y temor al conde.

—¡Márchate ya! —dijo Simón de Monfort a la mujer con tono despectivo.

La anciana, con la cabeza gacha, se alejó de la pequeña salita.

—¡Siéntate! —me ordenó. Aunque me molestaba la forma en la que me trataba, decidí hacerle caso y obedecerle—. Quiero que comas y descanses. El viaje de mañana va a ser duro y apenas vamos a detenernos. Deseo llegar cuanto antes. —Se giró para analizarme—. Estoy esperando a que me des el documento que está en tu poder, me pertenece y quiero que me lo des o me digas dónde está.

—No sé a qué se refiere, no me apropio de las cosas ajenas. —Esbozó una media sonrisa.

—Pues en esta ocasión sí, querida, tienes un manuscrito en tu poder y lo quiero.

—No sé de qué me está hablando —le dije desafiándolo con la mirada. Se detuvo y sonrió.

—Eres una mujer muy astuta aparte de bonita. ¡Claro que lo sabes! ¡No te hagas la tonta conmigo! En la abadía sabías a lo que me refería. Me darás ese manuscrito o si no tu adorado Laird morirá al igual que toda su gente. Arrasaremos sus tierras y recibiré una orden del rey en la que se dictamine que esos territorios pasan a mi poder. —Su expresión era de odio—. Créeme que soy capaz de eso y mucho más; así que, preciosa, te recomiendo que medites bien lo que te he dicho y colabores con tu futuro esposo. —Salió de la estancia.

Toqué el bolsillo de mi falda, me cercioré que el manuscrito seguía ahí, doblado. No se lo pensaba dar, tenía muy claro que si él se hacía con el escrito, no solo pondría en peligro la vida de muchas personas, sino también la mía. No me pensaba casar con él, ¿pero cómo iba a escapar de sus sucias manos? Supliqué a Dios que me ayudase. Lo que sí tenía que hacer era comer y descansar, debía mantenerme fuerte para poder pensar y actuar.

Apenas había salido el sol cuando nos pusimos en marcha. La cabeza me dolía de tanto pensar y preocuparme por cómo resolver mi vida y dar respuestas a todas las incógnitas.

Llegamos al castillo de Simón de Monfort. La noche era oscura y conforme nos acercábamos a las murallas de su gran fortaleza parecía que me acercase a un sitio siniestro, tenebroso. Sentí miedo, de allí sería muy difícil escapar. Había soldados por todas partes, me obligaron a bajar del carro y, ante la atenta mirada de Simón de Monfort, me llevaron con violencia hasta el interior, después me forzaron a subir unas estrechas escaleras de caracol hasta llegar a una primera planta con un pasillo muy largo, iluminado por antorchas

que proyectaban una luz tenue. Hacía frío y las paredes de piedra estaban húmedas. Me entró un escalofrío, no era nada confortable el lugar. Abrieron una puerta y me empujaron hacia el interior, y allí me quedé yo en una habitación amplia, con el sonido de la lumbre, una cama alta y una vela en una de las mesillas de madera. ¿Cómo me escaparía de allí? Era imposible, me asomé por la ventana de la habitación. Simón de Monfort estaba hablando con varios de sus hombres, en ese momento apareció un jinete con capa negra y el rostro oculto tras esta, casi me dio un vuelco al corazón, era el mismo hombre que me encontré en el cementerio de Inverness. ¡Dios mío! ¿Qué hacía él allí? Lo observé, se bajó del caballo, una mano estaba fija en la empuñadura de su espada. Recordé que en Inverness supe que ese hombre quería matarme, no tenía ninguna intención buena, y fue a raíz de ese encuentro con él cuando regresé a esta época con brusquedad para ya no volver a la mía, me quedé atrapada en el tiempo. El hombre de negro, que respondía al nombre de Hernes, estaba hablando con Monfort y en un momento dado miró hacia mi ventana, yo me retiré, no quería que me viese. Varios toquecitos en mi puerta me hicieron brincar, abrieron con sumo cuidado y apareció una joven pelirroja de ojos azules que no me miraba a los ojos sino que mantenía fijas sus pupilas en el suelo.

—Milady, el conde me ha dicho que le deje esta ropa para que se pueda cambiar. La espera dentro de media hora en el comedor para la cena. En unos minutos regreso para guiarla hasta allí.

Iba a decirle algo, pero no me dio ni tiempo, se marchó con rapidez y cerró la puerta. No pensaba ponerme el vestido que ese hombre había elegido para mí. Me aseé y esperé a que transcurriera el tiempo. Tenía hambre y, aunque lo menos que me apetecía era estar con Monfort, tenía que averiguar sus intenciones para conmigo.

Entré en una sala pequeña, había una mesa de madera en el centro, la luz de varias antorchas iluminaban la estancia. No estábamos solos, Hernes también estaba allí. El conde se puso de pie mientras que Hernes permaneció sentado,



sin levantar la vista de su plato que contenía una porción de carne medio cruda.

—Querida, por favor, toma asiento. —Me retiró la silla y me senté al lado del conde y frente a ese ser siniestro.

Justo en ese momento levantó la vista y la fijó en mí. Por un instante nuestras miradas estaban fijas la una sobre la otra, percibí odio en su expresión. Enseguida vino una doncella quien me puso en el plato un trozo de carne como el que tenían ambos hombres. No sabía si iba a ser capaz de comer aquello, estaba crudo.

—Mañana nos casaremos, he adelantado la boda.

—¿Mañana? —pregunté sorprendida. No me esperaba que fuese tan pronto.

—Sí, cuanto antes. ¿Para qué esperar?

—Quiero que esté mi padre, necesito que él de su consentimiento, sin este no podría casarme. —Improvisé sobre la marcha.

—¡Ja, ja, ja! —Rio Monfort—. No necesitas el consentimiento de tu progenitor, yo tengo el consentimiento del rey.

—A usted le bastará con la del rey, pero yo soy escocesa. ¿Se ha olvidado de ese pequeño detalle? Y como escocesa su rey no es mi rey; por lo tanto, quien tiene que darme el beneplácito es mi padre. —Estaba muy nerviosa. Hernes se levantó dando un fuerte puñetazo sobre la mesa e inclinando su cabeza y tórax hacia mí. Me aborrecía, lo vi reflejado en su rostro.

—¡Hernes, siéntate! —le ordenó. Tardó en obedecerle—. Ahora estás bajo el dominio de un inglés y yo soy el que da las órdenes, tú solo tienes que obedecerlas, o bien por las buenas o por las malas. Mañana celebraremos nuestra boda con tu consentimiento o sin él. Y después de que eso ocurra, tanto Hernes como yo tendremos mucho interés en saber dónde guardas el manuscrito.

—Ya le he dicho que no sé de qué me habla. No tengo ningún manuscrito.

—Bueno, eso ya lo hablaremos después de la boda, querida, ahora come algo, te quiero fuerte mañana.

—No tengo apetito, gracias. —Me levanté y me dirigí a la puerta con la intención de irme a mi habitación. Sentí cómo me agarraban con fuerza del brazo, me hacían daño, era Hernes. Me forzó a girarme para mirarlo.

—¡Suéltala, Hernes! —dijo serio el conde, mientras se acercaba a mí—. Querida, si no quieres que me vea forzado a adelantar la boda a esta misma noche, toma asiento y come —me ordenó.

Aquella velada resultó incómoda, jamás en mi vida me había sentido tan humillada y con tanto miedo. Sentí deseos de llorar y gritar. ¿Por qué no me iba de allí? No hablé nada durante la cena, todos permanecimos en silencio y, cuando por fin ellos terminaron, me levanté.

—Deseo irme a mis aposentos, estoy muy cansada.

—Claro, querida. ¡Acompañadla a su habitación! —dio la orden a uno de sus soldados.

Me senté sobre la cama, no pude contener las lágrimas. A veces nos empeñamos en pensar que no merece la pena llorar, pero en ese momento era lo único que podía darme cierta tranquilidad, necesitaba desprenderme de toda aquella amargura que llevaba por dentro. ¿Qué sería de mí al día siguiente?, pensé. Antes prefería morir que casarme con ese hombre. ¡Aldan!, suspiré. No sabía qué había sido de él. Tenía miedo de que lo hubiesen matado. Me tumbé sobre la cama abatida, triste y sin fuerzas para luchar.

Era muy temprano cuando intuí que no estaba sola en la habitación. Una mujer regordeta estaba en el interior. Había descornado las tupidas telas que rodeaban mi cama, la luz penetró en el interior obligándome a abrir los ojos, entonces supe que seguía allí y que no se trataba de una pesadilla, sino que todo era real.

—Milady, le dejo este vestido que el conde quiere que se ponga hoy.

Se quedó frente a mí.

—Gracias, ya te puedes marchar —le dije.

—Milady, no puedo irme de su habitación hasta que no la haya vestido y peinado —dijo serio. Me observaba.

Entendí que por mucho que le dijese, no se iba a marchar. Me vistió y evité que me viera la cruz y después de que me peinó y quedó satisfecha del resultado se marchó. Enseguida cogí el documento que guardaba en mi otro vestido, debía llevarlo en todo momento conmigo, y así hice, lo guardé en el amplio bolsillo del vestido que llevaba puesto.

Había llegado la hora, la celebración tendría lugar en la pequeña ermita dentro del recinto del castillo. ¡Dios mío, me iba a casar! Me negaría, diría que yo no quería hasta que mi padre no estuviese conmigo, lo diría delante del sacerdote, así no tendría validez un matrimonio sin el consentimiento de este. Dos soldados me llevaron por un pasillo, atravesamos un gran patio repleto de gente, pero no quise mirar quiénes eran, me sentía el centro de todos los allí congregados y eso no me gustaba. Quería gritar, pero sabía que si lo intentaba lo único que me saldrían serían lágrimas.

Estaba en la entrada de la ermita, oscura, pero lo que sí vislumbré fue al conde en el altar y a Hernes. Había soldados por todas partes y encapuchados. Sentí un gran escalofrío. Uno de los soldados me empujó para que empezase a andar; el sacerdote, desde el altar, me alentaba a hacerlo. Fui despacio, deseaba que pasase el tiempo, demorar más aquel momento. Simón de Monfort analizaba cada uno de mis movimientos, me agarró de la mano y tiró de mí para que me ubicase frente a él, entonces el sacerdote empezó a hablar, pero yo no escuchaba, solo oía los latidos de mi corazón y mis pensamientos. Todos se quedaron en silencio, mirándome. Observé al sacerdote.

—Tiene que responder a la pregunta que le he hecho, milady —me dijo. Al ver que no reaccionaba lo volvió a repetir—. ¿Quiere usted casarse con el conde de Monfort?

—No, padre, no en este momento. —El sacerdote abrió los ojos con asombro.

—¿Cómo? —preguntó.

—Deseo que mi padre dé su consentimiento, por ese motivo, hasta que él no esté aquí, yo no puedo querer este matrimonio —le respondí. Observé la

mirada fulminante de Monfort.

—El mismísimo rey de Inglaterra consiente este matrimonio; así que, le obligo padre a seguir con la ceremonia —dijo el conde.

—Pero..., señor, la dama tiene razón, es lógico... —El conde desenvainó su espada y se la puso al sacerdote en el vientre.

—Si no hace lo que le he dicho lo atravesaré —dijo el conde.

El sacerdote palideció, me miró, observé que sus manos temblaban.

—No me voy a casar —le dije a Monfort, quería evitar que amenazase más al sacerdote.

—Claro que te vas a casar conmigo, aunque sea a la fuerza. —Me agarró con violencia del brazo, me hacía daño, yo forcejeaba, pero el dolor que me provocaba me hacía cada vez estar más quieta—. Ahora, si es tan amable, continúe con la ceremonia —le dijo con tono irónico al padre.

En ese momento se escuchó un murmullo y después un gran revuelo, no sabía de dónde venía ni qué era lo que pasaba, ya que mi única obsesión era que ese hombre me soltase. El conde abrió los ojos al comprobar lo que estaba pasando, no sé cómo uno de los encapuchados que yo creí eran sus soldados había llegado hasta el altar y le propinó un buen puñetazo en la mandíbula a Simón de Monfort, este cayó hacia atrás. Me quedé perpleja, mi intención fue huir de aquel gigante, ya que era grande y alto, tenía oculto su rostro tras la capucha de su capa, pero se quitó la capucha y entonces lo vi.

—¡Katherine! —gritó, creí desvanecer de la alegría que me dio. Era Aldan, mi guapo y apuesto escocés.

—¡Aldan! ¡Amor mío! —Las lágrimas de alegría empezaron a rodar por mis mejillas. Le rodeé su cuello, él me sonrió y abrazó.

—Milady, sé que soy irresistible, pero no es el momento para demostrarme lo mucho que me has echado de menos. —Me sonrió al ver mi expresión contrariada. Me aproximé más a él y me besó con dulzura.

Me miró y empujó con suavidad tras él, en ese momento me vi rodeada por varios hombres grandes como Aldan, enseguida los reconocí, estaba en el

centro de todos ellos. Aldan, Kimball y Korvan habían formado un círculo alrededor mío con una única intención, protegerme. Empezó una batalla, los hombres del conde se abalanzaban sobre ellos, pero parecían invencibles, eran fuertes y feroces, su habilidad y destreza en la lucha les daba ventaja, enseguida derrotaron a todos los guerreros. Observé que el conde había desaparecido al igual que Hernes; por una parte sentí alivio por no verlos, pero por otra sabía que eso era casi peor, Monfort se había sentido humillado y seguro que querría vengarse de mi escocés.

## Capítulo 28

—¡Vamos, Aldan!, es mejor que nos marchemos ahora —dijo Kimball.

—Tengo que acabar con ese conde, hasta que no lo vea muerto no descansaré —le dije.

—¡Aldan! —gritó Kimball—. ¡Nos vamos! Ella corre peligro.

Sabía que tenían razón, lo más importante era Katherine. La miré, la cogí de la mano y asentí a mis dos amigos. Ellos fueron delante y se aseguraron que no había nadie en el exterior esperándonos, teníamos que huir. La subí sobre mi caballo y yo tras ella la aproximé a mí, necesitaba sentirla. Cuánto la amaba y qué miedo había pasado solo de pensar en que no la tendría junto a mí. La tapé con mi tartán y emprendimos a gran velocidad viaje hacia el castillo de Kimball, allí estaríamos a salvo, al menos no sería el primer sitio al que iría el conde, él se dirigiría a Skye; además, en Essex estaba el padre Lean y mi intención era casarme cuanto antes con ella. Siendo una Macrae se lo pensarían mucho antes de intentar dañarla. El camino iba a ser largo y no podríamos apenas detenernos, pero Katherine era fuerte, ya me lo había demostrado en más de una ocasión, resistiría al viaje como futura esposa del jefe de los Macrae. Kimball me hizo la señal, él iría delante de mí y Korvan detrás, así estaríamos en medio de los dos y Katherine estaría protegida. Sentí cómo ella me acariciaba la mejilla, la miré. No podía soportar que la hubiesen hecho sufrir.

—Pensé que ya no te volvería a ver —me dijo.

—Jamás te dejaría en manos de ese bárbaro —le respondí rabioso—. Temí por ti, no me hubiese perdonado si ese inglés te hubiese puesto la mano encima o te hubiese lastimado.

—Recibí esa nota... —Sabía que quería explicarme lo sucedido.

—Ya habrá tiempo de que me cuentes todo lo que pasó, ahora apóyate en mí e intenta descansar, tenemos mucho camino por delante.

—Te quiero, mi escocés —me dijo mientras me sonreía y cerraba los ojos para descansar. Tenía ojeras y estaba muy pálida.

Sus palabras me hicieron vibrar, la había escuchado, lo había dicho con mucha claridad, ¡me quería!, yo también la amaba, jamás imaginé que pudiese sentir aquello ni que deseara casarme con ninguna mujer, a excepción de ella, sabía que era la única mujer con la que podía ser feliz. Mi alma había estado esperándola durante mucho tiempo. Me inquietaban sus confidencias, me resultaba difícil entender que era de otra época, yo le creía, pero muy a mi pesar, de vez en cuando me asaltaban muchas dudas y preguntas que no me permitían estar en paz. Pese a todo ello, lo único que quería era tener a esa mujer siempre junto a mí.

Llevábamos horas cabalgando, nos detuvimos para pasar la noche, cenar y descansar. Katherine estaba extenuada, la agarré de la cintura y la dejé en el suelo. Extendí mi tartán para que pudiera reposar en él. Kimball y Korvan hicieron con rapidez una lumbre y ambos se fueron a ver qué pescaban en el río próximo. La observé, estaba temblando, me senté junto a ella y la abracé. Le miré sus labios, eran una tentación para mí, bajé mi rostro con la necesidad de saborear otra vez su boca, los retuve unos segundos entre los míos, sintiendo su humedad y el placer y deseo que su roce provocaba en mí. Mis pupilas no se apartaban de las suyas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, ahora sí.

Quería contarle por qué me ausenté de la habitación, pero rehusé hacerlo, ya que temía que ella no quisiese casarse conmigo. Preferí no contarle mis planes

de tomarla como esposa en el castillo de Kimball.

—Aldan, el conde quería el manuscrito y el encapuchado que iba con él, que responde al nombre de Hernes, sabía que lo tenía yo. Desconocen dónde está la otra parte —me dijo con una expresión de preocupación.

—Entregué mi parte del manuscrito al fraile que te esperaba en Kinloss. Cuando te recuperes tenemos que volver a esa abadía, tienes que desprenderte de ese documento lo antes posible, tenerlo en tu poder solo te pone en peligro.

—¿Qué significa lo que está escrito en el manuscrito? —le pregunté.

—Es una mezcla de lenguaje de símbolos que utilizaban los druidas mezclado con algunas palabras en gaélico.

—¿Por qué lo quieren? —me preguntó.

—Poder, esa es la palabra, el odio del hombre viene por las ansias de poder. —La miré, necesitaba ser claro con ella y decirle mis inquietudes—. Desde que te sinceraste conmigo estoy perplejo con lo que me dijiste. ¿Cómo puedes venir del futuro? No lo entiendo, pero eso no quiere decir que no te crea, de hecho te creo. —Le sonreí.

—Te comprendo, si yo estuviera en tu lugar pensaría que estoy loca. La Puerta de los Hombres solo se abre para determinadas personas y en un momento concreto, si no estás ahí se cierra para siempre.

—Sí, eso lo escuché, nuestras antiguas tradiciones hablaban de ello, así como los druidas.

—Exacto... Yo no sé qué significa todo esto, Aldan, lo único de lo que estoy segura es que si hay algo del pasado que quedó pendiente, la puerta se abrirá en el momento que se tenga que sellar el pasado para siempre. Yo descendo de los antiguos druidas. Tres mujeres druidas, todas ellas pertenecientes a la misma estirpe, unidas con un vínculo de sangre. Tenían una misión, esconder tres reliquias sagradas para que no llegase a manos de los hombres que solo buscaban destruirlas y ambicionaban poder. Una de estas tres reliquias es el manuscrito y junto al manuscrito una de estas mujeres, la encargada de custodiarlo, dejó tres piedras con una simbología que sirviese de guía para la



joven elegida a cumplir con la misión que ella no pudo finalizar. —La observaba perplejo—. Me ha costado entender que yo soy una de las elegidas, el porqué, no lo sé. Lo que sí sé, es que estoy convencida que tengo que estar aquí por algo más que un manuscrito y unas piedras.

—Ahora tienes que descansar. Ya seguiremos hablando de este tema otro día. Intentaremos encontrar la clave a todo esto. —La miré, subí su mentón con mi dedo índice y le sonreí—. Estoy muy preocupado por ti. —Bajé mi rostro y la besé. Me fijé en sus pupilas, brillaban—. Te amo, Katherine. —Me sonrió. Sus mejillas se sonrojaron.

—Yo también te amo, mi escocés. —Me rodeó el cuello con sus brazos y me devolvió el beso.

—¿No me dejarás y te marcharás a tu época, verdad? —le pregunté. En realidad eso me preocupaba, el hecho de que pudiese desaparecer de mi vida para siempre.

—No, amor mío, ahora sé que el hombre al que siempre buscaba eras tú. —Me guiñó un ojo. Se recostó sobre mi pecho y yo la abracé como si temiese perderla.

—Hazme una promesa, Katherine.

—¿Cuál, Macrae?

—Si en algún momento regresas, prométeme que buscarás la manera de volver a mí.

—Te lo prometo, no descansaré hasta que vuelva a estar junto a ti.

—Yo tampoco descansaré. Te buscaré por todas partes hasta que regreses a mí. Lo juro.

—Pero no me pienso marchar de tu lado, Aldan Macrae —dijo mientras bostezaba.

Se quedó dormida, al igual que yo, no escuché llegar a Korvan y Kimball. Era muy temprano cuando un ruido me despertó y no solo a mí, sino a mis dos amigos. Aparté con cuidado a Katherine, esta se despertó. Debíamos partir cuanto antes, era muy probable que el ruido hubiese sido de algún animal;

además, ansiaba llegar al castillo de Kimball.

El viaje fue largo y muy extenuante, era de noche cuando por fin vimos las dos grandes torres del castillo. Su fiel amigo David salió a nuestro encuentro.

—Los hombres os han visto. Ya estábamos preocupados por vosotros —dijo David.

—¿Cómo está Ana? —preguntó Korvan.

—Todavía no se ha puesto de parto, si eso es lo que te preocupa —respondió David.

—¡Ja, ja, ja! —Kimball y yo nos reímos al ver su reacción. No podía creer ver a mi amigo así, iba a ser padre. Desde que llegó Ana a su vida se lo veía un hombre feliz. Ya no era el guerrero frío e incapaz de demostrar sentimiento alguno, su mujer y el amor que le tenía lo había transformado en un hombre nuevo.

En ese momento salió Elizabeth quien abrazó y besó a Kimball, ella nunca seguía los protocolos. Enseguida se fijó en Katherine, miró a su esposo con expresión de preocupación.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —le preguntó Beth al guerrero.

—Es muy largo de contar, después hablaremos. Por favor, Beth, lleva a la joven a una habitación, necesita descansar. —Ella asintió y se marchó con Katherine quien se dio la vuelta para mirarme, yo asentí.

Korvan y Kimball me observaban con interés.

—¡No digáis nada! —les ordené. Sabía que se iban a burlar de mí, pero de poco sirvieron mis palabras.

—¿Cómo me dijiste? —me preguntó Korvan—. Ah sí, ya lo recuerdo. Yo jamás me enamoraré, el matrimonio no entra en mis planes. ¡Ja, ja, ja!

—Eso lo dije antes de conocerla —le respondí molesto.

Kimball se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Tenemos que hablar de ella y lo que ha pasado. Me preocupa, Simón de Monfort vendrá a buscarla.

—Lo sé. Yo también estoy intranquilo —le dije.

—¿La amas? —preguntó Kimball.

—Sí, la amo —respondí.

—¿Y ya le has dicho lo que piensas hacer mañana? —dijo korvan.

—No —respondí.

—¡Pues no sé a qué esperas!

Tenían razón, debía explicarle mis planes, pero temía que si lo hacía ella rehusaría casarse hasta que su padre no nos diese su consentimiento y yo no estaba dispuesto a que no se desposase conmigo. Debía ponerla a salvo, en mis tierras, y siendo la esposa del laird de los Macrae. Subí a la habitación donde iba a dormir Katherine, abrí la puerta, estaba en la cama, tumbada, totalmente dormida, me quité las botas, la camisa y mi tartán y me metí al lado de ella. La observaba mientras dormía, yo ya la consideraba mi mujer, y no iba a consentir que por nada del mundo nadie le hiciera daño, la amaba como jamás pensé que se podía querer a nadie y estaba dispuesto a renunciar a muchas cosas en mi vida por ella. Acaricié con suavidad su mejilla para no despertarla, ella se movió y se giró frente a mí, pasó su brazo por encima de mi pecho y puso su cabeza sobre este.

## Capítulo 29

La luz de la mañana me despertó, me sentía tan comfortable que me daba pereza hasta abrir los ojos. De repente sentí miedo de haber regresado a mi época. ¡Aldan!, grité. Abrí de golpe los ojos y entonces me percaté que estaba abrazada a él. Lo había despertado con mi grito, me miró con una bonita sonrisa.

—Ya sabía yo que no puedes dejar de pensar en mí, milady —dijo burlándose.

—No te creas que eres tan importante en mi vida, escocés —bromeé.

—¡Ah, no! —me respondió mientras acariciaba mis labios con su dedo índice.

—No... —dije temblando, solo sentir el roce de su dedo sobre mi boca ya me hacía estremecer.

—Ya me doy cuenta que no. ¡Ja, ja, ja! —Sus risas me molestaron, estaba muy seguro de mis sentimientos hacia él y yo no intentaba ocultarlos.

Me intenté levantar y desenredar de sus brazos, pero con gran habilidad me cogió de la cintura y me tumbó boca arriba dejándome inmovilizada mientras me sujetaba las muñecas.

—Buenos días, Katherine —me susurró mientras esbozaba una gran sonrisa y bajaba su rostro para besarme. Se retiró para observar mi mirada, manteniendo su rostro muy próximo al mío.

—Buenos días, Macrae. —Le sonreí. A él le hacía gracia mi calificativo y

volvió a besarme, esta vez disfrutando del contacto con su boca y la suavidad de sus labios. Me mordió el labio inferior con suavidad provocando un escalofrío que recorrió todo el cuerpo. ¡Cuánto lo deseaba! Necesitaba abrazarlo, tener su cuerpo cerca del mío, pero él me retenía las muñecas y evitaba cualquier otro contacto que no fuesen nuestros labios—. Quiero hacerte sentir lo mucho que te deseo, amor mío —me decía al oído mientras me desnudaba con una de sus manos y la otra inmovilizaba mis muñecas. Su boca me iba besando el cuello y bajando poco a poco hasta llegar a mis pechos.

—Aldan, por favor... —dije con voz entrecortada.

Pero él mantenía sujetas mis muñecas y no dejaba de humedecer mi piel con sus besos mientras su otra mano exploraba cada rincón de mi cuerpo con caricias hasta hacer que deseara tenerlo dentro de mí, sentirlo. Quise que me soltara, pero él no lo permitió, sabía que así el placer que me provocaría sería mayor al igual que mi excitación.

—Te amo, Katherine —me susurró mientras me hacía suya.

Estuvimos abrazados, él me besaba mi hombro mientras me susurraba lo mucho que me quería. Transcurrido un tiempo se puso de pie, sabía que algo le preocupaba. Me cogió de la mano y forzó que me pusiera frente a él. Retuvo mis manos entre las suyas.

—Hay algo que tengo que decirte...

—¿Qué te pasa, Aldan? Estás muy raro. —Un fuerte ruido hizo que él mirase por la ventana.

—Luego lo sabrás. —Me guiñó un ojo, me atrajo hacia él y me besó con pasión—. Estoy loco por ti, no lo olvides —me dijo mientras me tocaba la punta de la nariz con su dedo índice.

Lo vi salir. Transcurridos unos minutos observé por la ventana, Aldan ya estaba con sus dos amigos, los tres reían y le daban palmadas en la espalda mientras gastaban bromas. ¿Qué era lo que pasaba? Estaban muy raros. Mi escocés desapareció mientras Korvan y Kimbal se carcajaban. Llamaron a la

puerta. Era Begira. Me alegré de verla. ¡Por fin!

—¡Lady Katherine! —Fui hacia ella y la abracé.

—¿Qué es lo que está pasando, Begira? No entiendo nada. —Ella me guio para que nos sentásemos en dos sillas que había en la habitación.

—Hace muchos años una joven tan bonita como tú hizo una promesa, regresaría a esta época para cambiar el destino de los acontecimientos. —En ese momento entraron en la habitación Ana y Elizabeth. Begira se puso de pie, junto a ellas dos. Ambas mujeres se miraron y se quitaron unos cordones que colgaban de sus cuellos, me los mostraron, me quedé perpleja al verlos, eran como la cruz que yo llevaba, la cruz de David. Me quité la mía, eran exactas, iguales.

—¿Qué significa esto? —les dije.

—Ellas también experimentaron lo que tú, Katherine —dijo Begira—. La Puerta de los Hombres solo se abre para las elegidas y vosotras tres lo sois, vuestros ancestros dejaron algo pendiente y hasta que cada una de vosotras no termine su misión, la Puerta de los Hombres no se cerrará para siempre. Ellas ya hicieron su cometido, pero tú tienes el manuscrito.

—Pero... ¡Me voy a volver loca!

—Déjame a mí, Begira —dijo Beth—. A nuestros ancestros las asesinaron, pero antes de morir juraron proteger y esconder en algún lugar los tesoros que llegaron hasta ellas. Son nuestros antepasados y hay una unión de sangre que nos vincula a las tres. Ellas, por su juramento, nos permitieron traspasar esa puerta. Ana y yo elegimos quedarnos aquí, pero tú no solo tienes que finalizar tu misión, sino que llegará un momento que tendrás que elegir. Si la puerta se cierra jamás volverá a abrirse para ti ni para nadie.

—¿Vosotras también pertenecéis a mi época? —les pregunté.

—Sí —respondió Ana— y hay un vínculo entre nosotras en nuestra época anterior y la tuya. Mi abuela sabía algo, pero no le di tiempo a que me lo revelase, ya que me fui de la noche a la mañana apareciendo aquí. Justo en la noche de San Juan, en Alicante.

—En lo que respecta a mí, hubo una enferma en el Royal London Hospital, hospital en el que yo trabajaba, que sabía muchas cosas de mí, pero me marché sin averiguar quién era en realidad. —Miré a Begira.

—Katherine, yo os vi, tengo un don con el que nació, conocí a las tres hermosas jovencitas que juraron vengarse y proteger los tres tesoros, pero en tu caso hay algo diferente a lo que les pasó a Ana y Elizabeth, tú hiciste una promesa.

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

—Sí, tú y Aldan... —En ese momento llamaron a la puerta, era la doncella.

—Señoras, el conde de Essex quiere que vayan al patio. —Tras ellas estaba Korvan quien cogía a su esposa de la mano y nos obligó a seguirlo.

Estaba nerviosa y desconcertada. En el patio, Korvan me guio hasta la capilla que había dentro del recinto del castillo, allí estaba Aldan y Kimball a su lado. El padre Lean estaba en el altar.

—Ve con Aldan, Katherine —me susurró Korvan.

¿Qué significaba todo aquello? Aldan estaba serio, llevaba su tartán, estaba muy atractivo, extendió su mano para agarrar la mía. Me puse a su lado, él le hizo un gesto al padre Lean.

—Aldan, ¿qué haces? —le pregunté.

—¿Pero no lo sabe? —preguntó el padre Lean.

—¿Saber el qué? —pregunté.

—Sea rápido y no haga más preguntas, o si no ya sabe lo que le he dicho —dijo Aldan en tono amenazante al sacerdote.

—¡Aldan! ¿Me puedes explicar a qué viene esto? —lo increpé. El padre Lean nos interrumpió.

—Hija mía, ¿amas a este hombre? —me preguntó el sacerdote. Me sonrojé ante su pregunta delante de todo el mundo.

—Sí, lo amo.

—¡Uff! ¡Menos mal! —dijo el padre—. ¿Y tú, bruto escocés, amas a esta joven?

—Sí, la amo. —En ese momento Aldan, que me sujetaba la mano con fuerza, enrolló una punta de su tartán en la otra mano que le quedaba libre y la colocó sobre la mía. Yo miraba atónita a lo que hacía.

—Pues ya está todo dicho, a partir de este instante ya sois esposos.

—¿Qué? —interrogué a Aldan con la mirada. Debía ser una broma.

—Ya lo has oído, eres la esposa del jefe de los Macrae —me dijo.

Kimball, Korvan y todos los allí presentes se fueron ante la tormenta que vieron se avecinaba entre nosotros dos.

—¿Me podías haber preguntado? Al menos tenía que haberte dado mi consentimiento.

—Temí que te negarás, ha sido mejor así. Siendo mi esposa se lo pensarán antes de hacerte daño; además, Monfort ya no podrá casarse contigo si se vuelve a cruzar en nuestro camino, ni el mismísimo rey de Inglaterra, que lo apoya en todo, podrá hacer nada. —En eso tenía razón—. ¿Recuerdas la noche en la abadía? —Me sonrojé. ¿Cómo no me iba a acordar?—. Salí de la habitación a buscar un sacerdote para que nos casara. Ansiaba hacer el amor contigo esa noche, pero tenía muy claro que quería casarme después de estar juntos, me hubiera gustado hacerte mi esposa antes, pero no pudo ser. No quería que pensases que me había aprovechado de ti o que no me importabas. Te amo, Katherine y nada más al verte supe que la única esposa que yo quería tener eras tú. —Se quitó un anillo que llevaba en su dedo meñique, era de oro y tenía grabado el escudo de los Macrae. Me cogió la mano y me lo puso—. Es mi anillo, así todos sabrán que eres mía y cualquiera que ose hacerte daño tendrá que vérselas conmigo.

—¡Aldan! —Le rodeé el cuello y lo besé, él me abrazó la cintura y me aproximó a él—. Que sepas que sigo enfadada contigo por no haberme dicho nada, pero... después de haber escuchado lo que me acabas de decir te lo perdonaré, mi escocés. Yo también te amo.

Me cogió en brazos y me llevó hasta el exterior. Antes de cruzar la puerta me besó.



—Mi escocesa. Ya eres una Macrae.

En ese momento nos dimos cuenta que no había nadie esperándonos fuera, Aldan me dejó en el suelo y apareció la hermana de Kimball, corría hacia el interior del castillo.

—¿Qué es lo que ocurre, Milred?

—¡La esposa de Korvan se ha puesto de parto! —Se alejó. Ambos nos miramos.

Korvan esperaba junto a Kimball en la gran sala de reuniones, las mujeres estaban en la planta superior. Aldan se quedó con los hombres y yo fui con las mujeres. Elizabeth daba instrucciones.

—Tranquila, Ana. Tienes que hacer bien la respiración, tal y como lo hiciste con tu primogénito. Cada vez que te venga una contracción intenta concentrarte en la respiración, el dolor se irá incrementando, pero después irá bajando. Las contracciones cada vez serán más seguidas e intensas, pero eso será buena señal porque significa que pronto tendremos a tu bebé con nosotros.

Ana estaba sudando y pálida, había roto aguas. Milred mojaba paños de lino y se los ponía en la frente.

—Katherine, ayúdame. Da la mano a Ana, ella te va a necesitar.

—Si hubiese sabido que tenía que pasar otra vez por esto... —gritó Ana. En ese momento tuvo una contracción.

—Respira —le susurré—, intenta concentrarte.

Me percaté que la expresión de Beth era de preocupación. Ana estaba perdiendo mucha sangre y el bebé no salía, algo no marchaba bien.

—Ana, el bebé tiene el cordón umbilical alrededor del cuello, por eso no puede salir.

—¡Beth! ¡No permitas que mi bebé muera! —dijo con lágrimas en los ojos y extenuada por el agotamiento y los dolores del parto.

—No va a ocurrir, Ana, tu bebé va a nacer. Necesito un único esfuerzo por tu parte, intenta no empujar hasta que yo te lo diga. —Ana asintió. Yo estaba preocupada.

Beth tardó unos segundos y le dio la instrucción de que empujase.

—Muy bien, Ana, ya tengo su cabecita. ¡Katherine, ayúdame!

Me dirigí hacia donde estaba ella, me dio la indicación de que sujetase la cabecita del bebé mientras ella seguía ayudando al alumbramiento hasta que, por fin, una preciosa niña llegó al mundo. Beth me la dio. Milred se acercó y limpió la sangre de la pequeña que yo mantenía entre mis brazos, era preciosa, su pequeña manita se movía. Milred la arropó y yo se la acerqué a Ana quien esbozó una gran sonrisa.

—¡Mi pequeña, eres preciosa! Ya verás cuando te vea tu papá —le dijo con mucho cariño mientras le daba un beso en su diminuta cabecita.

Ayudé a Beth junto con Milred a llevarle trapos húmedos. Cuando Beth terminó, Milred bajó las escaleras para avisar a Korvan quien tardó muy pocos segundos en subir a la segunda planta. Abrió la puerta con gran energía y se le iluminó la cara al verlas a las dos. Se acercó a su esposa y la besó con dulzura.

—Te amo —le susurró a Ana. Después cogió en brazos a su pequeña.

—Es mejor que los dejemos solos —me dijo Beth.

Me quedé en mi habitación, estaba agotada y tenía la ropa y las manos con restos de sangre. Había sido emocionante y enternecedor ver a la pequeña nacer, pero también llegué a sentir miedo, en aquella época, sin medios, todo era un riesgo. Me acerqué a la palangana, en ese momento la puerta se abrió y se cerró. Me giré, era Aldan quien me miraba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y un pie apoyado sobre esta. Vino lentamente hacia donde yo estaba, tomó mis manos manchadas entre las suyas, cogió el trozo de tela de lino, la mojó en el agua y me limpió con sumo cuidado la sangre seca en silencio, después, una vez limpias, se las llevó a los labios y las besó. Miró con intensidad a mis pupilas y con su mano retiró un mechón de pelo que tapaba mi rostro.

—¿Te he dicho lo bonita que estás?

—No, amor mío, no me lo has dicho. —Le sonreí mientras él me rodeaba la

cintura con sus fuertes brazos y yo le rodeaba el cuello.

—No puedo perdonarme ese despiste —dijo mientras me besaba la frente, luego los ojos y después las mejillas, haciéndome desear que sus labios rozasen los míos, sensación que estaba demorando adrede—. Cada segundo que no estás junto a mí me siento desvanecer, eres parte de mí, te necesito, mi alimento eres tú, Katherine. —Sus palabras brotaban despacio de su boca mientras sus labios humedecían mi cuello y mis hombros y sus manos acariciaban mi espalda deslizándose con gran maestría hasta la cintura—. Tu sonrisa me vuelve loco y tu mirada me tiene hechizado. Cada vez que estás cerca de mí el corazón parece que se me va a salir y lo único que deseo es hacerte la mujer más feliz de este mundo. Hacerte mía.

—¡Aldan!, amor mío, me estás matando con tus besos. —Sonrió.

Me hacía arder de deseo, sus caricias me hacían estremecer y sus palabras eran el viento que avivaba el fuego que él me hacía sentir. Me miró y su labios humedecieron los míos, sintiendo la suave piel de su boca sobre la mía. Poco a poco me quitó el vestido cayendo este al suelo y dejándome desnuda frente a él, sus fuertes brazos me cogieron y me llevaron hasta la cama sin dejar de besarme. Se quitó su tartán que cayó al suelo con rapidez, seguido de su camisa y su pantalón. Su varonil y musculado cuerpo lo hacían perfecto ante mi mirada. Se puso a mi lado, rodeándome con sus piernas y contorneando con sus manos las curvas de mi cuerpo. Sus labios fueron besando cada rincón de mi piel mientras sus manos acariciaban mis pechos y bajaban con gran maestría hasta mis muslos. Lo necesitaba, lo deseaba y él también sentía lo mismo que yo, ansiábamos unirnos con urgencia. El anhelo nos quemaba por dentro y la necesidad de nuestros cuerpos nos exigía entregarnos el uno al otro.

Me miraba sin apenas pestañear.

—¿Se puede saber qué observas, Aldan Macrae? No te das cuenta que me estás poniendo nerviosa. —Ante mi comentario él sonrió, acarició mi mejilla con su mano.

—Eres preciosa. Soy un hombre con suerte.

—Y yo una mujer con suerte —le dije mientras arrimaba mi cuerpo al suyo y apoyaba mi mejilla sobre su pecho. Me quedé dormida entre sus brazos sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío.

## Capítulo 30

Simón de Monfort guardaba tanto odio en su alma que no pudo evitar dar varios puñetazos al tronco del árbol que tenía frente a él. Despreciaba a los escoceses, de hecho había disfrutado cuando mató a esos Macdonald, pero a Aldan Macrae no solo deseaba matarlo, sino que quería hacerlo sufrir antes de que diese su último aliento. Sabía que llegado ese momento disfrutaría con sus gritos de dolor y su sufrimiento de saber que su amada quedaba bajo su poder sin él poder hacer nada. Nadie osaba desafiarlo y humillarlo como lo había hecho el jefe de los Macrae. Ahora llegaba su venganza. Había meditado bien su plan, esta vez saldría a la perfección y podría terminar lo que siempre quiso hacer. Hernes analizaba cada uno de sus movimientos en la lejanía. Simón de Monfort no se fiaba de él, sabía que quería el manuscrito al igual que él, y que llegado el momento sería capaz de matarlo con tal de quitarle el documento sagrado.

En esos instantes él lo necesitaba para sus planes, pero... más adelante prescindiría de él

Ya estaban cerca, muy pronto comenzaría su desquite.

## Capítulo 31

Teniéndola entre mis brazos la veía frágil y sufría por pensar en el daño que le hubiese hecho Simón de Monfort de no haber aparecido en ese momento. No quería que se fuese jamás de mi lado. La amaba y estaba dispuesto a hacerla feliz, eso es lo que más deseaba. Pero me estaba obsesionando con su seguridad y protección. Teníamos que terminar con lo que estaba pendiente, había que llevar ese manuscrito a esa abadía y acabar con todo, mientras el manuscrito estuviese en su poder su vida peligraba. Iría yo solo, lo había decidido, no podía exponerla al peligro, en mi castillo estaría segura.

La besé en la mejilla, era hora de partir. Estaba amaneciendo, la madrugada era fría y la niebla intensa. Teníamos que irnos, estábamos muy cerca de Skye, atravesaríamos el lago y enseguida vería mi hogar. Hacía dos semanas que nos habíamos marchado del castillo de Kimball y ya era hora de regresar a casa, nuestro hogar. Abrió despacio los ojos y me sonrió, cómo me gustaba su sonrisa.

—Buenos días, milady. Tenemos que marcharnos, ya estamos muy cerca del lado del lago que comunica con Skye.

—Estoy deseando dormir en una cama —me dijo mientras se incorporaba—. Estoy un poco nerviosa —me dijo, la miré mientras arqueaba una de mis cejas esperando a que se explicase—. ¿Cómo va a aceptar tu clan que te hayas casado conmigo?

—¡Ja, ja, ja! —Me acerqué hasta donde estaba ella, le rodeé la cintura y la

atraje hacia mí—. Te aceptarán, nadie se atreverá a cuestionar nada, eres la esposa de su jefe y cualquiera que diga algo en contra sabe que tendrá un problema. Otra cosa es que supiesen esa historia que me has contado y no paro de dar vueltas ni de entender. —Su rostro cambió de expresión y palideció—. Nadie debe saberlo, mi amor, me tienes que prometer que jamás contarás esa historia.

—No me crees, piensas que estoy loca —me dijo.

—Sí, te creo, sé que pueden ocurrir cosas inexplicables, y he visto sucesos raros que jamás he sabido encontrar ninguna explicación. Entiende que para mí es difícil comprender lo que me dijiste, pero te creo, eres diferente, muy diferente a cualquier mujer que he conocido y tu comportamiento no es muy habitual. Si descubren tu historia pueden acusarte de bruja, ya sabes lo que eso supondría. Sería capaz de dar mi vida por ti.

—No me gusta que digas eso, Aldan, siempre que lo dices es como si augurases que algo te va a pasar por mi culpa y no quiero ni pensarlo. —Su mano acarició mi mejilla y no pude evitar besarla.

—Te amo, mi escocesa. —Me guiñó un ojo.

La lluvia nos sorprendió cruzando el gran lago. Me sentía feliz, radiante de ver la torre de mi hogar. Enseguida mis hombres me divisaron, bajaron el puente levadizo y el rastrillo y nos permitieron entrar en el patio de armas. Los aldeanos salieron a recibirnos, enseguida todos mis hombres nos rodearon, di un salto y bajé del caballo y abracé a mis soldados de confianza. Por sus rostros intuí que, a pesar de su alegría por verme, había algo que no marchaba bien. Ayudé a Katherine a bajar del caballo y, allí, delante de todos, anuncié nuestro matrimonio.

—Esta es mi esposa, desde ahora es una Macrae.

Vi cómo le daban una calurosa bienvenida, pero deseaba estar a solas con mis hombres para que me dijeran lo que pasaba, había estado fuera mucho tiempo, Murdor me miraba con impaciencia. Entramos en el castillo e indiqué que acompañaran a Katherine hasta nuestros aposentos.

—Podrás asearte y descansar si así lo deseas. Enseguida estoy contigo.

La vi marchar y me giré para observar a mis guerreros de confianza.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? —les pregunté.

—Tu padre, Aldan, murió hace dos días. —La noticia no me la esperaba, sabía que estaba enfermo desde hacía mucho tiempo, pero no imaginé que no llegaría a tiempo para despedirme de él. Mi hermano vino corriendo y me abrazó al verme.

—Nuestro padre ha muerto.

—Lo sé, pero ya estoy aquí, contigo.

En el transcurso de los días apenas pude estar con Katherine, los acontecimientos de la muerte de mi padre me habían mantenido ocupado. Esperábamos la llegada del padre Lean, había partido hace días de Essex para regresar a Skye. Tantas responsabilidades después de mi ausencia me llevaron a no prestarle mucha atención a mi esposa. Ansiaba las noches para estar con ella, era nuestro único momento de estar juntos sin que nos interrumpieran.

—Aldan, los Macdonald han descubierto quién mató al comandante, fueron los ingleses —dijo Murdor preocupado—. Y son los mismos ingleses que capturaron a tu esposa, los soldados de Monfort, de eso estoy seguro.

—Sí, yo también lo creo.

—Tenemos que reunirnos con los Mitland y los Sinclair, debemos unir nuestros clanes para protegernos de ellos. Esperaban tu regreso para reunirse contigo.

—Estoy de acuerdo, pero esa reunión no podrá ser hoy, la dejaremos para mañana, reúnete con ellos y diles que nos encontraremos en un sitio neutral.

Vi partir a Murdor con tres de mis mejores amigos. Esa tarde se la dedicaría a ella, fui a buscarla. Dana, la doncella, me había dicho que había ido caminando hacia los acantilados, la buscaría, la necesitaba y sabía que ella también a mí.



## Capítulo 32

Simón de Monfort esperaba oculto en el bosque al hombre que traicionaría a su jefe. Su caballo se acercaba y se detuvo cuando lo vio.

—Está en los acantilados, ella también está allí —dijo el traidor.

—Perfecto. ¿Y sus hombres? —preguntó el conde.

—Los de su máxima confianza se han marchado, es el mejor momento para hacerlo.

—Muy bien, entonces atacaremos.

—Recuerda lo que me prometiste, matarás también a su hermano para que yo me haga con la jefatura del clan.

—Tranquilo, sé lo que te prometí. Pero hasta que no lo vea muerto no cumpliré tu promesa.

Simón de Monfort lo tenía muy bien planeado, no quería que nadie lo acusase de haber matado al líder de los Macrae. Él y Hernes se alejarían de la isla mientras sus hombres cumplían con su cometido. Era el momento, pero antes él asesinaría al Macrae, estaba solo con ella. Hernes y él cogerían a la joven y acabarían con la vida del escocés, después se alejarían de allí sin que nadie de su clan los viese. Se llevó a dos de sus hombres con ellos.

La lucha y la venganza comenzaban.

## Capítulo 33

La suave brisa acariciaba mis mejillas. ¡Qué bonito paisaje! Esos acantilados me daban la vida, me hacían sentir paz. Si extendía la mano tenía la sensación que podía tocar el horizonte, hice ademán de experimentarlo y me reí ante mi ocurrencia, entonces sentí sus brazos fuertes rodearme la cintura y aproximar mi cuerpo al suyo, acaricié su brazo y me giré para ver su rostro. Sus pupilas brillaban y con el reflejo de la luz del sol su color miel se había transformado a un color pardo que me cautivaba.

—Hoy no te he dicho que te amo —me susurró al oído.

—No, es verdad. Te has levantado sin esperar a que yo abriese los ojos para darte los buenos días.

—La próxima vez esperaré a que estés despierta. —Me giró para mirarme y aprovechó para besarme.

Mientras lo miraba embelesada me di cuenta que un jinete venía a gran velocidad hacia donde estábamos, enseguida me percaté que era Murdor.

—¡Aldan! —Lo señalé. Se giró con brusquedad.

Murdor bajó con agilidad de su caballo, la expresión de su rostro indicaba que algo iba mal.

—¡Aldan! Hay soldados ingleses por todas partes, han entrado en nuestras tierras con la intención de atacar. Al alejarnos, antes de cruzar el lago, tu hermano se percató de numerosas huellas de caballos. ¡Están aquí!

—¡No te muevas de aquí! —me ordenó.

—Pero... ¡Aldan!

—¡No te muevas, Katherine! Por una vez hazme caso y fíate de mí. Vendré a por ti.

Lo vi coger su caballo y alejarse, pero en ese momento dos soldados ingleses se interpusieron en su camino. Empezó una gran lucha, avancé temerosa de que lo hiriesen. Murdor luchaba con los soldados y Aldan con Monfort, pero en un momento de descuido vi que por detrás de Aldan aparecía Hernes, estaba oculto y había salido de su escondite con una sola intención, matar a mi escocés. Corrí con rapidez, gritaba, pero no me escuchaban. Antes de que Hernes hundiese su acero en el costado de Aldan, yo me interpose entre él y la espada. Sentí cómo el filo del arma penetraba en mi costado rompiéndome cada músculo que se encontraba, un gran dolor me hizo caer y gritar, Aldan se percató de lo ocurrido, Hernes y Monfort se quedaron estupefactos.

—¡No! —gritó Aldan, su feroz voz silenció toda la naturaleza. Fue hacia mí corriendo. Monfort y Hernes aprovecharon ese momento para huir. Murdor los persiguió, pero no los alcanzó, regresó con su amigo.

Fueron segundos, minutos... quizás horas, pero yo sentía que la vida se desvanecía, escuchaba cada vez más lejana la voz de él.

—No te alejes de mí, amor mío... —Entonces escuché ese grito que salió desde lo más profundo del alma, un alarido de dolor que se quedó grabado entre mis recuerdos y jamás saldría de allí—. ¡Noooo!

Unos dicen que cuando tu alma se debate entre la vida y la muerte te adentras en un túnel y caminas en la oscuridad siguiendo una luz blanca que hay al final de este, otros que solo ven oscuridad y sienten miedo. Yo no es que recuerde mucho en ese mes en el que entré en un coma profundo y del que salí milagrosamente, al menos eso fue lo que me dijeron los doctores. En esos momentos en los que sientes que tu alma quiere alejarse de tu cuerpo, yo

estaba bien. Vi a mis padres fallecidos acercarse a mí con una sonrisa, a personas que había amado y ya no estaban conmigo. ¡Qué paz! Me encontraba en paz, me sentía libre, feliz... Pero el recuerdo de su grito, su voz hizo que despertara del coma profundo.

—¡Aldan! —susurré. La enfermera se quedó petrificada.

—¿Has dicho algo? ¡Dios mío, has despertado!

Había escuchado su voz, me decía: “Regresa a mí. Me hiciste una promesa”.

Me costó recuperarme y hacerme a la idea que había regresado y ya no lo volvería a ver. Aunque me resistía a ello, en el fondo de mi ser pensaba que tenía que haber una respuesta a todo lo que me había pasado. Él era mi presente, mi pasado y mi futuro. La vida jamás tendría sentido si él no estaba a mi lado.

Estuve semanas en el hospital hasta que recibí el alta. Sara me describió una y otra vez lo sucedido.

—Desapareciste, la policía de Inverness estuvo buscándote por todas partes. Tu foto estaba en las noticias y hasta se barajó la idea de que te hubiese matado un loco. Y después apareciste en un bosque, en la isla de Skye, herida, a punto de morir. No se han encontrado huellas ni restos de tu secuestrador o la persona que te dañó, y ahora tú no recuerdas lo que te ha pasado. Estoy convencida de que alguien te secuestró y estuviste en unas condiciones inhumanas, incluso quién sabe si abusaron de ti; quizás, todo lo que viviste haya provocado que tu subconsciente lo borrara de tu mente. Los médicos dicen que puedes recordar lo sucedido con el tiempo... —Y seguía hablando, pero yo ya no la escuchaba. No le podía decir lo que en realidad había vivido, pensaría que estaba loca.

Había pasado más de un año desde aquel suceso y mi corazón anhelaba cada día más a Aldan. El manuscrito y la piedra se transportaron en el tiempo conmigo, entre mis pertenencias, al igual que su anillo y la cruz de David. Había sido real, pero guardaba mi secreto a la espera de encontrar respuestas y la forma de regresar con él. ¿Cómo se puede seguir viviendo cuando sabes

que has encontrado al hombre de tu vida y que lo has perdido para siempre? En el fondo de mi corazón temía que jamás regresase a él.

Todas las tardes recorría la callejuela estrecha cercana a la plaza de María Pita para ver si la tienda de esa mujer estaba abierta, no desistía, aunque llevaba un año haciéndolo y siempre estaba la puerta cerrada y sin ningún indicio de que allí hubiese nadie ni actividad alguna. Se había convertido en una rutina y necesitaba hacerlo. Aquella tarde seguiría la misma rutina de todos los días y después iría a la Torre de Hércules.

El día era oscuro y frío, las nubes amenazaban tormenta. Me dirigí hacia la callejuela, quería pasar de largo con rapidez, sabía que en cualquier momento empezaría a llover, pero esa tarde algo cambió, era diferente, la puerta estaba entreabierta. El corazón empezó a latirme con celeridad, toqué y accedí al interior. La tienda estaba vacía, me estremecí, estaba oscura y me arrepentí de haber entrado, pero tenía que averiguar quién estaba allí.

—¿Hay alguien? —grité, nadie respondió—. ¿Hay alguien ahí? —volví a repetir. Escuché un ruido en la sala donde vi por primera vez a la anciana.

Respiré y, a pesar del miedo que tenía, decidí ser valiente. «Por ti, amor mío», pensé.

—¿Qué hace usted aquí? —Me asusté. Era la mujer joven que me guio hasta la pitonisa.

—¿No se acuerda de mí? —le pregunté—. Usted me trajo hasta aquí hace más de un año, había una anciana...

—Sí, la recuerdo. Ella no está, desapareció —respondió.

—¿Desapareció? —repetí. Mi mundo se derrumbó, la única persona que me podía ayudar y ya no era posible contar con ella.

—Sí... —Debió apreciar la tristeza que había provocado en mí su confesión—. Ella sabía que ese hombre la perseguía...

—¿Sí? —Quería que continuase hablando.

—Lo siento, hablo demasiado. No sé dónde está... —Desvió su mirada.

—Tú sabes que ella soñaba conmigo, ella fue quien, en cierta manera,

predijo lo que me iba a ocurrir.

—Lo sé, estaba muy preocupada por usted.

—Necesito que me ayude.

—Vayamos a otro sitio, aquí no estamos seguras. Vaya a la calle Galera 45, espéreme en esa cafetería, enseguida acudiré yo. —Estaba inquieta. Asentí y salí de allí.

¿Por qué tendría tanto miedo? El simple hecho de que pudiese ayudarme ya hacía que sintiese algún tipo de esperanza. Decidí entrar y esperarla dentro. Tardó en llegar y creí que no iba a venir.

—Disculpa por haberte hecho esperar.

—Gracias por venir —le dije—. Necesito encontrar respuestas. No sé si tú sabes...

—Sé todo lo que te pasó. Ella me lo contó y cuando vi la noticia en el periódico de tu desaparición y posterior encuentro, casi al borde de la muerte, supe que eras tú. Te reconocí enseguida por la foto. ¿Viajaste a otra época? —Asentí—. ¿Descubriste por qué?

—Tengo en mi poder un manuscrito que tenía que llevar a una abadía —dije.

—Sí, pero ese no es el motivo principal por el que fuiste allí. Hiciste una promesa, Katherine. —Me sorprendió que me llamase así, como lo hizo la anciana—. Una promesa hace siglos, un juramento de sangre. El odio y la venganza te hirieron, él pensó que ibas a morir. Lo mataron, Katherine, y tú juraste que tu alma no descansaría hasta que pudieses encontrar la manera de regresar al pasado y enmendar ese mal y así evitar su muerte, la muerte del hombre al que estás destinada desde que naciste, dos almas gemelas que separadas jamás encontrarán la felicidad. —No daba crédito a lo que estaba escuchando—. Tu alma se reencarnaría, permanecería viva al paso del tiempo hasta volver a nacer en una época donde encontrarías la forma de regresar y cambiar el pasado.

—Me cuesta creer todo lo que me estás diciendo, no comprendo nada... Él... ¿murió? Yo no recuerdo eso. —Las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Sí, ese recuerdo lo borraste de tu mente. Su tumba se encuentra en la isla de Skye, sus hombres lo enterraron cerca de los acantilados, donde a él le gustaba ir. Está oculta, la roca tiene una inscripción ya prácticamente borrada por el paso del tiempo. Solo tú puedes salvarlo de esa muerte, solo tú puedes cambiar el pasado.

—No entiendo nada, me voy a volver loca. ¿Cómo sabes todo eso? —dije.

—Lo sé, es difícil. Mi abuela lo vio, siempre te vio en sus sueños, ella era el puente entre tú y el pasado. Tu pasado está ligado a cumplir una misión, el manuscrito, pero esa misión que cayó en tus manos no solo puso en peligro tu vida, sino la vida del hombre que siempre ha estado en tu corazón. —Sabía que jamás podría comprender lo que me estaba diciendo, pero lo único que me importaba era regresar con él—. Mientras el manuscrito esté en tu poder jamás estarás a salvo, ni tú ni él.

—¿Qué tengo que hacer? —Ella movió la cabeza.

—No lo sé, lo único que escuché a mi abuela es que las respuestas estaban en la tierra de él, su tierra y tu tierra, la que os pertenece. Debes regresar otra vez a Escocia, es allí donde encontrarás las respuestas y donde terminarás tu misión —me dijo.

—¿Pero cómo? —le pregunté.

—Visita su tumba, quizás ahí encuentres lo que buscas, pero no te olvides que teniendo el manuscrito tu vida corre peligro. El hombre que temía mi abuela no es de esta época, él te está buscando y tiene el poder de traspasar la Puerta de los Hombres, es un asesino, cruel, que solo quiere tu muerte, la de él y el manuscrito. Sabe que tú eres la esperanza. El manuscrito tiene que ser ocultado de la avaricia de los hombres hasta que llegue el momento que se descubra su contenido a toda la humanidad. En ese momento los tesoros santos de san Andrés serán públicos, así como las reliquias de José de Arimatea saldrán a la luz. —Intuía que ese hombre era Hernes, yo también lo vi en Inverness—. Ahora tengo que marcharme, regresaré a mi pueblo para empezar una nueva vida. Esperaré allí a que algún día regrese mi abuela. Suerte,

Katherine, sé que te reunirás con él, encontrarás la manera de hacerlo, hiciste una promesa hace mucho tiempo y no podrás encontrar la felicidad hasta que esta no se cumpla. —Me sonrió.

La vi alejarse y allí me quedé yo, sentada y con una gran incertidumbre por todo lo que me había dicho. Programaría mi viaje a Escocia lo antes posible, ya lo había decidido.



## Capítulo 34

¿Dónde estás, Katherine?, grité. Tras desvanecerse me alejé de mis tierras que tanto dolor me causaban y me fui al Norte, allí, en la montaña, en medio de la naturaleza tuve mucho tiempo para pensar. El dolor me consumía y cada día la necesitaba más. No sabía si estaba viva o muerta, aunque siempre estuve convencido de que la muerte fue la que la trasladó a la época a la que pertenecía, su cuerpo desapareció de entre mis brazos. Murdor juró no decir nunca nada, yo tampoco le expliqué nada, él era un amigo fiel. Más de un año fuera de mi hogar hizo que el odio creciese dentro de mí, después de ese tiempo regresé a mis tierras, pero con una única idea, la de vengarme y matar a Simón de Monfort, era mi único aliciente, mi venganza no acabaría con mi dolor, pero al menos le haría justicia a ella.

Había vuelto a Skye hacia dos semanas, ya era hora de ir a por ese maldito. Contemplaba los acantilados, el observarlos me recordaba a ella. Yo, que jamás había llorado por nada ni por nadie, en ese momento no pude contener las lágrimas, tapé mi rostro con ambas manos. Sentí que apoyaban una mano sobre mi hombro, reaccioné con rapidez cogiendo mi espada y girándome para hacer frente a quien estuviera tras de mí. Eran Kimball y Korvan, al verme tan abatido la expresión en sus rostros se entristeció. Intenté limpiar las lágrimas para que ellos no me vieran así.

—Aldan, ¿se puede saber dónde te has metido? Murdor mandó a un mensajero para informarnos que habías regresado —dijo Kimball.

—¿Hace cuánto no te quitas esas barbas? —preguntó Korvan.

—Aldan, no puedes seguir así —dijo Kimball—, tu gente te necesita. Tu hermano es muy joven para enfrentar la jefatura del clan Macrae, y tus hombres están enfrentados porque Ailbert ha tomado el mando. Akir confía en él y todo lo deja bajo su responsabilidad. Tu desidia va a provocar una guerra interna que teñirá tus tierras de sangre.

—No puedo, todavía no —dije dándoles la espalda y mirando el horizonte—. Tengo que matar a Simón de Monfort.

—¿Estás loco? —gritó Korvan—. Ese inglés es muy poderoso, tiene el apoyo del rey de Inglaterra y muchos barones lo apoyan. Te matará, Aldan, abandona esa idea.

—Sabes que no lo haré.

—¡Eres un terco! ¡Cabezota, escocés! —dijo Kimball—. Iremos contigo.

—No —dije—, esto lo debo hacer yo solo, no voy a poner en peligro vuestras vidas. Es algo personal entre Monfort y yo.

—Cuando se meten con un caballero de la orden del León se meten con todos. Decidido, iremos contigo —sentenció Korvan.

Partiríamos en dos días, tenía que organizar mi clan antes de marchar. Lo que me habían dicho Kimball y Korvan de Ailbert me preocupaba. ¿Cómo no me había dado cuenta? Murdor no me había dicho nada a mi regreso, pero tampoco podía echarle en cara nada, me veía abatido, al igual que lo observaban Balgair y Brod. Mi hermano era muy joven y él tenía mucha confianza con Ailbert, en mi ausencia él se había apoyado en él y este se había aprovechado de la situación.

—¡Murdor!, quiero que te hagas cargo de la jefatura del clan hasta que regrese. Eres mi comandante y así debe ser.

—Aldan, quiero acompañarte —dijo Murdor.

—No, amigo, necesito que te quedes aquí. No me fio de Ailbert.

—Yo tampoco, Aldan. Le gusta demasiado el poder.

Observé a Kimball y Korvan, en unos minutos emprenderíamos el viaje, pero antes quise regresar al mismo lugar donde la tuve por última vez entre mis brazos y la vi desaparecer. Necesitaba tomar aliento para seguir adelante con mi decisión. En lo más profundo de mi corazón albergaba la esperanza de que apareciese en el mismo lugar donde ella desapareció.

Cabalgué a gran velocidad, dejé mi caballo y me puse al borde de los acantilados.

¡Katherine!, grité todo lo que pude, necesitaba decir su nombre, desahogarme. ¿Dónde estás?

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, levanté mi rostro mirando al cielo. ¡Devuélvemela! Las gotas de agua humedecían mi rostro. En ese momento sentí que ella estaba allí, junto a mí, me giré con brusquedad, buscándola, y allí estaba, corría para encontrarse conmigo.

—¡Aldan! —gritó, estaba tan cerca de ella que creí poder tocarla.

—¡Katherine! —Llevé mi mano para coger la suya, pero algo que a los ojos humanos no era perceptible me impedía tocarla, ella miró mi mano y luego mi rostro, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Te amo —me dijo.

Katherine levantó su mano y yo la imité para unirla a la de ella, pero no podía tocar su piel aunque sí sentía su energía, su presencia. Nuestras pupilas estaban fijas la una sobre la otra, no hacían falta las palabras, con la mirada nos decíamos todo. Fueron segundos y enseguida su imagen empezó a desvanecerse.

—¡Katherine! —grité, se alejaba de mí—. ¡Te encontraré! —grité, pero ya había desaparecido.

## Capítulo 35

Caí al suelo con las rodillas hincadas sobre la hierba mojada por la lluvia. Las gotas de agua me habían mojado mi pelo y la ropa que llevaba, pero nada importaba, lo había visto, tan solo habían sido unos segundos, pero él estaba ahí en ese instante. Lo amaba, las lágrimas rodaban por mis mejillas. Hacía un día que había llegado a la isla de Skye, me alojaba en un B&B y esa tarde estaba ansiosa de ir al mismo lugar en el que lo vi por última vez. La dueña del B&B, una pelirroja de avanzada edad, fuerte, me advirtió que no saliera sin paraguas, pero yo me fui con mi chubasquero y las botas de agua, me gustaba mojarme bajo la lluvia.

Aparté las manos de mi rostro, respiré en profundidad, la tristeza que sentía después de haberlo visto era indescriptible, pero entonces lo vi, una roca cerca de los acantilados. Pasaba desapercibida. Me acerqué y me arrodillé para observar la inscripción, estaba escrito en gaélico, pero logré descifrarlo.

*“No pude cumplir mi promesa. Siempre te amaré.  
Aldan Macrae”.*

¡Dios mío! ¡Era verdad! Él había muerto, tal y como me dijo la joven. ¡No!, grité. Tenía que evitarlo, pero... ¿cómo? Cómo lograr algo que no tenía explicación ni entendía. Ella me dijo que allí estaría la respuesta, pero qué respuesta tenía que encontrar. ¿Quién era realmente yo? No sé cuánto tiempo pasé abrazada a la roca. En ese momento percibí que no estaba sola, me giré

con temor, desde que Hernes había aparecido en el cementerio en aquella ocasión temía que me lo volviera a encontrar en mi época. Ante mí había un anciano, se apoyaba sobre un bastón con una mano y con la otra sujetaba un amplio paraguas negro.

—¿Sabe quién es? —me preguntó. No pude negarlo.

—Sí —le respondí limpiándome las lágrimas que se mezclaban con las gotas de lluvia.

—Está empapada, venga conmigo. Mi mujer estará encantada de conocerla.

El anciano me ayudó a levantarme y me llevó ladera abajo. Una casita cerca del lago, próxima al lugar donde me alojaba. El anciano tocó con los nudillos de su mano y enseguida una mujer de grandes ojos azules y rostro angelical nos abrió.

—¡Carlton! ¡Estás empapado! ¿Y está joven? Pasad. —No dejaba hablar.

—Me la encontré junto a la tumba de Aldan Macrae. —En ese momento la anciana cambió su expresión, se tornó seria, ambos cruzaron sus miradas. Segundos después me miró y me sonrió—. ¡Pasa, querida! Vas a coger un buen resfriado.

—Gracias, no quiero molestar, en realidad el B&B en el que me alojo está cerca, puedo irme a cambiar allí.

—¡No, por supuesto que no! Sigue diluviando, pasa. Te daré ropa de mi hija Alice mientras se seca la tuya.

Me guió hasta una habitación muy coqueta y allí me cambié, después me senté en la pequeña sala que tenía la chimenea iluminando el lugar y caldeándolo. Me sirvió una taza de té y ambos se sentaron frente a mí.

—El té te hará entrar en calor, querida. —Me observaban—. Así que... estabas en la tumba de Aldan Macrae —dijo la anciana.

—Sí —respondí.

—¿Cómo sabías que estaba allí? —me preguntó.

—Lo sabía, alguien me lo dijo —respondí.

—Estaba llorando, Rosslyn —dijo Carlton a su esposa.

—¿Llorando? —El anciano asintió y me miraron—. ¿Por qué llorabas? —  
No sabía qué responder.

—Bueno, gracias por el té, me encantaría estar más tiempo con ustedes, pero es hora de que me marche. —Hice intención de levantarme, pero lo que dijo la anciana me hizo no seguir adelante con mi idea.

—Él no está ahí enterrado. —dijo Rosslyn. Los miré y me volví a sentar.

—Pero en la roca hay una inscripción firmada por el escocés —les dije.

—Sí, pero su cuerpo no está ahí.

—Hoy llevo un día muy malo, es más, llevo tiempo buscando respuestas a... —Me detuve, no quise continuar—. Una mujer me dijo que era su tumba. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué saben de Aldan Macrae?

—Tranquilízate, hija, ahora te explicaremos. Nosotros somos Macrae, nuestros antepasados pertenecían al clan de Aldan Macrae. La historia de este gran laird y guerrero pasó de generación tras generación. Nadie sabe dónde descansan sus restos, pero él no solo defendió a nuestros ancestros de los ingleses y otros clanes que quisieron apropiarse de las tierras que pertenecían a nuestro clan. Aldan Macrae es una leyenda y un héroe para todos nosotros.

—¿Por qué es una leyenda? —les pregunté.

—Aldan Macrae luchó contra los soldados de Simón de Monfort, uno de nuestros grandes enemigos, un inglés que contaba con el apoyo de la corona británica. Él partió para el castillo del conde, pero nunca regresó a sus tierras. Lo cierto es que su comandante, Murdor, les dijo a todos los del clan que él había muerto luchando contra el inglés al que asesinó con su espada. Después de matar a Monfort, él mismo se clavó la espada en su corazón, no podía seguir viviendo sabiendo que jamás estaría con la única mujer que amaba. Antes de morir le dijo a Murdor que pusiese esa frase en su tumba, la roca que usted ha visto. Pero ahí no están sus restos y nadie sabe dónde están. Murdor mintió por indicación de Aldan Macrae.

—Pero ella no murió —les dije.

—Es cierto, y nosotros lo sabemos, pero a excepción nuestra nadie más lo

sabe.

—¿Cómo lo saben ustedes?

—Porque nuestro antepasado es el comandante Murdor y él les dijo la verdad a sus hijos y así fue pasando de generación tras generación.

—¿Qué dijo el comandante Murdor sobre la mujer? —les pregunté.

—Que ella estaba viva, y él quería protegerla, de ahí que desaparecieron y se marcharon lejos, a algún lugar de Escocia. Ni siquiera él lo supo. Aldan no se lo quiso decir a nadie. Murdor al relatar la historia siempre dijo que ellos se amaban, que eran almas gemelas. Ambos se hicieron una promesa y al final la cumplieron. —Rosslyn me miraba—. Ahora, jovencita, dinos... ¿por qué llorabas? Nadie sabe de esa piedra. Nosotros somos los únicos que la visitamos, de hecho está muy escondida y pasa desapercibida, ni los turistas van allí.

—No puedo decírselo, lo siento. —Intuía que no me creerían.

—Eres ella, ¿verdad? La joven llevaba una cruz de David como tú y Murdor dijo también que, a pesar de que le hizo la promesa a Aldan Macrae de no decírselo a nadie de su familia, sí tuvo que desvelar ese secreto para que en el futuro la ayudaran a regresar junto a él.

—Lo siento, me tengo que marchar —les dije. Cogí mis pantalones y camisa, ya estaban casi secos—. Mañana vendré para devolverles la ropa de su hija. —Salí por la puerta con rapidez.

Todo lo que había escuchado me inquietaba. ¿Sería cierto que él no hubiese muerto? Eso me daba un halo de esperanza. Entonces nos volvimos a encontrar. Debía meditar todo lo que me había pasado, pero tenía claro que al día siguiente regresaría para hablar con los ancianos, intuía que ellos eran la clave y podrían llevarme hasta él.

A diferencia del día anterior había amanecido. Me dirigí hacia la casa de los ancianos, Rosslyn estaba echando de comer a las gallinas que tenía en el corral.

—Querida, sabía que te volveríamos a ver, entra en la casa que enseguida

estoy contigo. —Me sonreía.

Me senté en la misma silla de la tarde anterior. Transcurridos unos minutos ella estuvo conmigo, me puso un café con unas deliciosas galletas caseras y se sentó frente a mí.

—Murdor les dijo a mis antepasados que el cuerpo de ella desapareció, herida, en el mismo lugar donde está la piedra con la inscripción de Aldan — empezó a hablar sin yo preguntarle—. Que el laird le había confesado que Katherine le dijo que pertenecía a otra época, del futuro. Él estaba seguro de que ella regresaría junto a él. ¿Es usted Katherine?

—Sí, Rosslyn, no sé cómo aparecí allí ni por qué, pero yo soy esa mujer.

—Se hicieron una promesa, querida. Son almas gemelas que estaban destinadas a estar juntas. —Bajé el rostro.

—Quiero volver con él y no sé cómo —le dije.

—Debe terminar la misión que la llevó hasta Aldan. —En ese momento caí, el manuscrito y Kinloss, debía llevarlo hasta allí—. Hasta que no lo haga no podrá regresar junto a él. —Puso su mano sobre la mía—. Querida, nuestra familia siempre ha creído en que fue así, Murdor se encargó de relatar los detalles a sus hijos y estos a los suyos pasando de generación tras generación. Nuestra misión es ayudarte a regresar al mundo que perteneces.

—Pero cómo me encontraré con él, Rosslyn, no sé qué hacer. Lo amo. —Me tapé el rostro con ambas manos.

—Jovencita, encontrarás la manera. Murdor dijo que ustedes se encontraron y se marcharon lejos de estas tierras para ser felices, por eso sé que usted hallará la forma de regresar a él. Tiene que apresurarse e ir cuanto antes a Kinloss, el tiempo pasa y la puerta se puede cerrar para siempre. Los peligros están ahí y también la maldad humana que desea acabar con su amor.

—Gracias, Rosslyn, tus palabras me han reconfortado, necesitaba escuchar todo lo que has dicho.

—El destino nos pone en un lugar y en un momento concreto por algo, siempre hay una explicación a todo.



—¿Me podrías ayudar a encontrar un sitio donde alquilar un coche para ir a Kinloss? —pregunté.

—Nosotros te llevaremos. Tú eres la esposa del que fue nuestro laird, el gran Aldan Macrae. Nuestro deber es ayudarte. —Me sonrió—. Coge tus cosas de la granja, las guardaremos aquí, de todas formas no creo que te hagan falta allí donde vas a ir. Sé que él te está esperando. Según relató Murdor su tristeza era tal que su vida no tenía valor sin ti. Fue a vengarte sin importarle si perdía la vida, él creía que habías muerto aunque alentaba la esperanza de que cumplieses tu promesa y regresases junto a él. Hay que darse prisa, querida.

Tenía razón. Apenas pude dormir. A la mañana siguiente salimos de madrugada. Rosslyn y Carlton estaban animados, contentos y muy emocionados por ayudarme. Miraba por la ventana y recordaba esos campos por los que había cabalgado con Aldan, esos momentos. ¡Cuánto lo extrañaba!, necesitaba sentir sus besos, sus caricias, su sonrisa, sus fuertes brazos rodeándome la cintura y sus bonitos ojos color miel mirándome. Transcurrieron varias horas hasta que llegamos a la abadía, estaba destruida. El coche se detuvo y recordé todo lo que había vivido allí.

—¿Es aquí, querida? —me preguntó Rosslyn.

—Sí, pero está todo muy cambiado, la abadía apenas parece la que fue antaño. Incluso el paisaje es diferente, menos salvaje.

—Imagino —dijo Carlton—. Tienes que abrir tu corazón y tu alma. Déjate llevar por tu intuición.

—Nosotros te esperaremos aquí afuera. Siente, seguro que él está cerca, ambos tenéis un vínculo tan fuerte que vuestras almas se buscan continuamente para encontrarse otra vez.

Los miré, poco a poco me fui adentrando en el interior de aquellas ruinas. El viento era fuerte y desagradable, empezó a ser molesto.

## Capítulo 36

—¡Murdor! —dije—. Te ordené que te quedases como jefe del clan. — Murdor nos había alcanzado, había permanecido oculto hasta que ya estábamos lo suficientemente lejos de Skye y muy cerca del castillo del conde.

—No puedo, Aldan, y no lo voy a hacer. Si quieres mátame por desobedecerte, pero mi deber y obligación es acompañarte; además, eres mi amigo y jamás te abandonaré.

Sus palabras me emocionaron, aunque estaba acostumbrado a ocultar mis sentimientos.

—Gracias, Murdor. —Kimball y Korvan asintieron dándole la razón a Murdor.

Estábamos en tierras inglesas y debíamos tener cuidado, los escoceses no éramos bienvenidos.

Habíamos elegido el día menos indicado para ir allí, había una reunión secreta. Numerosos caballeros entraban en el castillo con el sello de la orden del Dragón. Monfort era el gran maestro. Nos miramos, no sabía cómo lo haríamos, pero yo tenía que asesinar a ese maldito. Kimball nos hizo un gesto, nos haríamos con unas cuantas túnicas de esos hombres, ya teníamos experiencia en esas andanzas, no era la primera vez. Esperamos con paciencia hasta que tuvimos la oportunidad de asaltar a varios jinetes los cuales quedaron inconscientes, nos miramos y sonreímos, los tres juntos éramos invencibles. Hacía ya tiempo que no luchábamos como lo hacíamos antaño.

Nos entendíamos solo con mirarnos. Murdor nos conocía muy bien y no se quedaba atrás en nuestras andanzas. Nos pusimos nuestras capas y ocultamos los rostros. Accedimos al interior del castillo. Seguimos a todos los caballeros, iban a hacer sus típicas reuniones de las que tenía fama Simón de Monfort. Bajamos las escaleras de caracol hasta llegar a una galería subterránea, oscura y húmeda. Íbamos en fila, pasamos a una gran sala. Había antorchas por todas partes. En el centro de la estancia había una mesa en forma de u, fuimos sentándonos alrededor, el conde empezó a hablar.

—Todavía no tenemos el manuscrito, pero pronto estará bajo nuestro poder. Sabemos que la joven está viva. —Al escuchar sus palabras sentí una gran alegría en mi interior—. Ella se dirige a Kinloss, a la abadía, y allí él la espera para hacerse con el documento y traérselo hasta aquí.

—¿Y después qué? —preguntó uno de los allí presentes. Hemos estado mucho tiempo esperando. El sacrificio tiene que realizarse, una de ellas debe morir para que la maldición que nos hizo la sacerdotisa muera con el fuego.

—¿Será ella? —preguntó otro caballero.

Simón de Monfort se levantó, vi cómo se movía, inquieto, de un lado para otro.

—Sí, ella morirá —dijo. En ese momento Korvan me sujetó del brazo.

—Tranquilo, ya hemos pasado por una situación similar. No permitiremos que eso ocurra —susurró.

Irrumpieron en la sala los hombres a los que habíamos golpeado.

—¡Hay intrusos! —Todos se levantaron y se produjo un gran revuelo.

—¡Descúbranse! —gritó Monfort. Murdor cogió una antorcha y prendió uno de los tapices, el fuego despistó a los congregados y yo me fijé en Monfort que huía a gran velocidad por una de las puertas traseras.

Fui tras él, recorrí pasadizos que comunicaban con al exterior del castillo, tenía la intención de desaparecer, pero no se lo iba a permitir. Corrí tras él y cuando fue a coger su caballo lo agarré de la capa y lo tiré al suelo, no se me iba a escapar, debía morir.

Sacó su espada y yo la mía. Empezamos a luchar, nuestros aceros chocaban con fuerza el uno contra el otro, veía su odio reflejado en sus ojos.

—¡Así que eras tú! —me dijo.

—Sí, he venido a matarte —le dije.

—¡Ja, ja, ja! Eso lo veremos, escocés.

Él se movía con gran agilidad, le di un golpe y su espada salió volando, entonces yo tiré mi espada al suelo y empezamos a luchar con los puños, enseguida lo derribé, lo sujeté del cuello y alcé mi puño, pero en ese momento sentí como la punta de un puñal se hundía en mi costado, Monfort me había herido, el puñal que siempre llevaba en su bota fue el arma que penetró mi cuerpo. Me caí hacia atrás y él se levantó, cogió su espada y con una sonrisa en los labios se fue acercando hacia mí, disfrutando de ese momento. Me erguí a pesar del dolor del costado.

—El que va a morir vas a ser tú, escocés. —Me pegó una patada y me tambaleé. Se carcajeó al ver la sangre brotar por mi costado. Levantó su acero y justo en ese instante una flecha le atravesó el corazón. Miré, fue Murdor, él era el mejor con el arco.

Monfort cayó al suelo, un reguero de sangre salía por su boca. Por fin había muerto.

—Hoy arderás en el infierno —le susurré.

—¡Te ha herido, Aldan! Debemos irnos de aquí cuanto antes —dijo Murdor.

Kimball y Korvan se aproximaron a nosotros a gran velocidad.

—¡Nos vamos! —gritó Kimball.

Kimball y Murdor me ayudaron, montamos en nuestros caballos y nos alejamos de allí.

Nos detuvimos cuando pisamos suelo escocés en una cabaña que habitaban familiares de Murdor. En alguna ocasión habíamos ido allí cuando teníamos algún herido, estaba en el camino en dirección a Skye.

—¡Maldita sea! —dijo Korvan—. ¡Ese malnacido casi te mata!

Maggie, pariente de la madre de mi amigo, salió a recibirnos. No era la

primera vez que me curaba con sus brebajes. Frunció el ceño al verme en ese estado, pero sin decir nada nos guio hasta el interior de la cabaña.

La mujer limpió la herida con hierbas y después me preparó un ungüento que untó en el costado. Cogió un trozo de tela y fue vendándome la herida.

—Esto hará que no se te infecte. Debes descansar.

—Eso tendrá que esperar —dije.

—¡Aldan Macrae! —gruñó la mujer, enfadada—. Esta vez tienes que hacerme caso, esta herida no es como otras que has tenido, es fácil que se infecte y si eso ocurre puedes morir.

—Gracias, Maggie, eres fantástica. —Miré a Murdor—. ¡Nos vamos!

—¡Pero tienes que descansar! —dijo la aldeana.

—No puedo, Maggie, ella corre peligro —dije.

—¿Ella? —preguntó la mujer.

—Su esposa —respondió Murdor por mí.

Kimball y Korvan me observaban con los brazos cruzados y las piernas ligeramente abiertas.

—Tengo que irme —les dije.

—No estás para cabalgar —dijo molesto Kimball—. Iremos contigo.

—No, debéis regresar con vuestras esposas. Después de la muerte de Monfort pueden ir a vuestros castillos, recordad que nos han podido ver. Vuestra obligación es estar con vuestras familias. Murdor vendrá conmigo.

Eran tiempos difíciles y sabíamos que después de la muerte de Monfort el rey inglés podía tomar represalias contra las Highlands y los amigos de los escoceses y yo no quería poner en peligro a mis amigos. Cada uno de nosotros teníamos que estar donde nos correspondía para defender lo nuestro y ellos lo sabían. Subimos nuestras espadas y juntamos nuestros filos, los caballeros del León se separaban en ese momento, pero siempre seríamos un solo corazón, una sola espada y una única fuerza.

—¡Honor, justicia, fe, esperanza y amistad! —gritamos. Ese era nuestro lema, el que siempre nos mantendría juntos. Volveríamos a vernos, aunque esta

vez la orden de Los Caballeros del León tardaría más tiempo en reunirse. Se avecinaban tiempos difíciles.

Los vi alejarse. Murdor y yo emprendimos viaje hacia la abadía de Kinloss. Después de lo que escuché decir a Monfort, tenía esperanzas de encontrarla allí.

## Capítulo 37

Hernes sabía que la vería en la abadía, pero su intención no era llevarla al castillo del conde, tenía que acabar con su vida, disfrutaría al hacerlo. Además, el manuscrito debía ser suyo, solo él tenía el libro del abad Juan de York, el único que desvelaba el gran secreto para poder descifrar lo que estaba escrito en el documento. Gozaba solo de pensar en su recompensa.

Sabía que ella aparecería en la abadía, esperaría el momento, intuía que llegaría pronto. Esperó a que abriesen las puertas de las cocinas, había calculado la hora exacta en la que llegaban varios campesinos con sacos de sal y alimentos para el almacén de los frailes. Entonces se adentraría sin que nadie sospechase. En ese momento recordó el papel que le había dado el soldado del líder de los Macrae, él lo había leído a pesar de que le dijo que era para el conde de Monfort. Sonrió, jamás se lo daría, pensó. Decía que el laird de los Macrae iba a ir con un grupo de hombres al castillo, su intención era matarlo y le exigía al conde que acabase con su vida y, así, cumpliera la promesa que le había hecho. Hernes albergaba la esperanza de que el conde muriese.

Vio llegar a los hombres con los sacos de comida. Hernes les dijo que él los estaba esperando para ayudarlos, al principio lo miraron incrédulos y dudaban si darle un saco, pero al final accedieron. La puerta se abrió y empezaron a penetrar al interior. En un momento de descuido de los aldeanos, Hernes se adentró por los largos pasillos de la abadía. Tenía muy claro lo que quería,

ese fraile, tenía que dar con él.



## Capítulo 38

**M**e adentré en el interior de las ruinas. El viento soplaba cada vez más fuerte. Fui recorriendo la gran explanada. ¡Cuántos recuerdos! Recordaba con claridad la abadía, si cerraba los ojos podía ver las paredes frías, húmedas y los largos pasillos. Me giré con rapidez hacia atrás, había sentido algo, pero no era a Aldan, era una sensación extraña, mi conciencia me decía que me alejase de allí cuanto antes.

—¿Hay alguien allí? —pregunté. No vi a nadie, tan solo un cuervo que observaba desde la rama de un árbol cada uno de mis movimientos. Sentí un escalofrío, tenía que irme; además, el cielo estaba cubierto de nubes negras que amenazaban tormenta. Iría en otro momento.

Anduve con rapidez, quería llegar cuanto antes con Rosslyn y Carlton. En el camino de regreso lo vi y no fue imaginación, allí estaba, él no me veía, pero yo podía distinguirlo, corría oculto tras esa capa negra, era Hernes. Temblé, me puse a correr, debía marcharme de allí cuanto antes. Las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar mi cabello. ¡Había visto a Hernes correr por esa abadía! Me estremecí solo de pensarlo. ¡Aldan!, dije en voz alta, ¿dónde estás, amor mío?

Rosslyn y Carlton estaban esperándome dentro del coche.

—Querida, íbamos a ir a buscarte. Hay un B&B muy cerca de aquí, se puede llegar andando. Hemos pensado que nos podríamos alojar allí y pasar unos días, así tú podrías venir desde allí paseando hasta aquí. —Asentí.

El B&B era muy confortable, había una familia también alojada. Rosslyn se sentó a mi lado contemplando por el gran ventanal de la sala de estar la lluvia y el viento.

—No sé cómo regresar, Rosslyn —le dije con tristeza—. Pienso que jamás volveré a estar con él.

—Querida, en esta vida todo lo que nos sucede tiene una explicación, un porqué. Encontrarás el camino, él te llamará. Además, Murdor dijo...

—Sí, Murdor lo dijo, pero... ¿y si yo cambio el pasado? ¿Y si no puedo regresar?

—No, Katherine, eso no ocurrirá. —Me sorprendió que me llamase así, aunque ya me había acostumbrado más a ese nombre que al mío—. Tu alma ansía traspasar esa puerta del tiempo, pero hay algo que le impide hacerlo, y ese algo es tu voluntad; una parte de ti tiene miedo a lo desconocido y ese miedo es el que no te deja romper las barreras del tiempo.

—Puede que tengas razón.

—¿Tú lo amas? —me preguntó.

—Sí, mucho.

—Entonces ve con él —me sonrió— y termina tu misión, querida.

Rosslyn se fue a su habitación. Tenía razón, sentía miedo, todavía temblaba de la visión que tuve de Hernes. Por una parte amaba a Aldan y solo quería estar con él, pero por otra sentía pánico a los peligros que me esperaban allí. Debía deshacerme del manuscrito, aunque solo fuese esconderlo entre las ruinas de la abadía.

Subí a mi habitación, estaba agotada, necesitaba descansar. Me quedé profundamente dormida.

¡Aldan!, grité. Estaba sudando, sabía que él estaba allí.

## Capítulo 39

—Dijo que ella estaba aquí —le dije a Murdor.

—Sí, eso dijo, pero puede ser que se haya equivocado. Aldan, la vimos desaparecer y estaba malherida.

—Está viva, la siento, sé que está aquí.

Me bajé del caballo y Murdor me imitó.

—¡Fíjate! —Señalé hacia la puerta que comunicaba con las cocinas—. ¿No te parece extraño?

—Pues ahora que lo dices, sí. ¿Dónde están los campesinos?

—Hace varios minutos que estamos aquí y el carro todavía tiene sacos en su interior y nadie ha salido a por ellos.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Me da la sensación que los frailes de la abadía tienen visita —le dije.

—Sí, eso parece. —Murdor me miró. Nos acercamos despacio, teníamos que ir con cautela.

Fuimos con mucho sigilo. Intuía que algo no marchaba bien. Entramos con cautela, no había nadie por los alrededores, había sacos en mitad de la cocina sin almacenar. Seguimos hacia la habitación del fraile. Todo estaba en silencio. ¡Qué extraño!, pensé. De repente observamos que los hombres que habían traído los sacos salían despavoridos de allí.

—¿Qué es lo que quieren, señores?

—¿Por qué está todo tan en silencio? —dijo Murdor.

—No sé a qué se refieren —respondió uno de ellos.

—¿Dónde están los frailes? —les pregunté.

—Ha ocurrido una tragedia con uno de ellos. Se ha horcado, señor, ha aparecido colgado del techo de madera en su celda. Era un fraile que siempre nos pagaba por traer los sacos, lo hemos buscado y lo hemos encontrado muerto. Esta abadía está maldita.

—¿Qué creen que ha pasado? —preguntó Murdor.

—Se ha suicidado, había una nota escrita por él; además, estaba desnudo. Por lo visto... no era tan casto como se cree. La mujer con la que se encontraba debe estar muy cerca de aquí.

—¿Mujer? ¿Por qué suponen que estaba con una mujer?

—¿Y con quién si no? —respondió—. Está desnudo, sin ropa y en su escrito comenta que una mujer lo ha llevado a perder la cabeza, lo ha hechizado.

—¡Tonterías! —grité, estaba cansado de esas ideas absurdas de brujas y hechizos.

—Bueno, señores, nosotros nos tenemos que ir, porque en esta abadía habita el diablo. —Se marcharon con rapidez.

Murdor y yo nos miramos, perplejos ante lo que acabábamos de oír.

—¿Por qué contigo siempre ocurren estas cosas? —me preguntó Murdor.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A que nunca hay un momento de tranquilidad. —Sonreí ante su comentario.

—Ya sabes que si no hay aventura en mi vida yo la buscaría.

—Sí, eso no lo dudo —dijo con resignación.

Vimos que un fraile se metía en una pequeña capilla, me pareció que era el mismo fraile que me había salvado la vida. Murdor y yo lo seguimos y nos ocultamos tras una de las columnas. El fraile estaba de rodillas frente al pequeño altar, en ese momento pasó el gigante que estaba con él aquel día. El fraile se levantó y se puso frente a él.

—Hay que encontrarla antes que ellos. —Los escuché. Salí de mi escondite.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté. Al principio se asustaron, pero enseguida me reconocieron.

—¿Qué hacen aquí? —dijo el hermano mientras se retorció los dedos, se lo notaba nervioso—. ¿Ha venido a buscarla?

—¿A quién? —les pregunté.

—¿A ella? Su joven dama está aquí.

—¿Katherine? —El corazón parecía que se me iba a salir después de escuchar lo que dijo. Murdor y yo cruzamos nuestras miradas.

—Sí, está aquí, con tan mala suerte que el hermano Adam ha aparecido muerto y todos piensan que ha sido por causa de ella. La han visto en la abadía, pero la muchacha venía a buscarme y mientras me esperaba ha ocurrido todo esto. Cuando he ido a su encuentro había desaparecido. No ha podido salir de la abadía, ya que todos los hermanos están buscándola para acusarla de la muerte del fraile, piensan que está poseída por el demonio y que lo hechizó. Murdor me observó con preocupación.

—Sois iguales, os metéis en problemas con rapidez —susurró.

—¡Hay que encontrarla antes que ellos! —dije—. ¡Katherine, amor mío! ¿Dónde estás? ¡Vuelve a mí!

## Capítulo 40

Esa noche no pude dormir, el viento soplaba con fuerza. Me tumbé en la cama y lo escuché. No sé si fueron mis ganas de oírlo o que en realidad fue él el que me llamaba, pero lo escuché susurrar mi nombre, sabía que debía ir allí, y aunque tenía miedo en una noche tan oscura, con viento y que anunciaba tormenta, había algo inexplicable que me empujaba a ir hasta la abadía. Me vestí, guardé solo el manuscrito, las piedras las dejé sobre la mesa. Escribí una nota para Rosslyn y Carlton informándoles de lo que iba a hacer y la metí por debajo de la puerta de su habitación. Miré al cielo. ¡Dios mío, ayúdame!, susurré.

La abadía estaba cerca del B&B. Observé relámpagos en el cielo que reflejaban lo que pronto llegaría. El cielo se cubría de rayos blancos y pequeñas gotas empezaron a caer. La abadía se veía tenebrosa, pero a pesar del miedo que me producía acercarme sabía que en esa noche yo tenía que estar ahí. Anduve despacio y pronto empecé otra vez a recordar cada detalle, la puerta principal, los largos pasillos, la pequeña capilla... Cerré los ojos dejándome invadir por los fantasmas del pasado, respiré profundamente y los volví a abrir, me vi rodeada de frailes que pasaban por mi lado sin percatarse de mi presencia, estaba en la línea de tiempo que separaba los dos mundos y yo tenía que decidir en ese momento si atravesarla. La abadía empezaba a parecerse a como yo la recordaba. Entonces volví a escuchar su voz, esta vez con claridad. ¡Katherine! Era un susurro, me giré. ¡Aldan!, grité. Y sin ser

consciente de ello traspasé la línea del tiempo y el espacio, tomé una decisión, él.

—¿Qué hace aquí, señorita? —Un fraile me analizaba con gesto acusatorio.

—Estoy esperando al hermano Sam, pero no sé si al final han ido a avisarle.

—Espere aquí —dijo con frialdad.

Sabía que no me podía quedar en ese lugar, algo extraño estaba pasando, debía esconderme y huir en cuanto tuviese la primera oportunidad. Me fui por una de las galerías estrechas, intuía que por las cocinas había una puerta que comunicaba con el exterior. Fui directa allí, escuchaba gritos y mucho ruido, ¿qué era lo que estaba pasando? Miré hacia atrás para asegurarme de que nadie me seguía, pero en ese momento choqué con alguien, miré a la persona que tenía frente a mí, no le veía su rostro pues lo ocultaba con su caperuza, era un fraile. Se descubrió y retrocedí al verlo, agarró con fuerza mi brazo. Era Hernes, estaba muy asustada.

—Sabía que vendrías hasta aquí, solo era cuestión de esperar.

—¡Suéltame!

—¡Ja, ja, ja! —Tiró de mí con violencia obligándome a ir con él.

Varios frailes estaban en el patio, al verme se hizo un gran silencio. ¿Qué era lo que pasaba? Intuía que algo malo estaba ocurriendo.

—¡Ya la he encontrado! Intentaba escapar, aquí está la endemoniada —dijo, mientras me lanzó al centro de los allí presentes—. Hay que encerrarla. —El abad se acercó a mí.

—Sí, llevadla a una de las celdas. Mandaré una carta al obispo explicándole lo que ha sucedido para que nos visite. Hasta entonces la aislaremos. Con sus hechizos puede embrujar a otro de nuestros hermanos.

¿Qué decía? ¿A qué se refería?, no entendía nada.

Transcurrió bastante tiempo hasta que la puerta de la celda oscura se abrió, era Hernes, quien me miraba con odio.

—¿Dónde está el manuscrito? —me dijo.

—No lo tengo y no sé dónde está, lo perdí.

—No te creo, lo has debido esconder y sé que sabes dónde se encuentra. Tienes dos opciones o esperar a que venga el obispo, te juzgue y te quemén en la hoguera, o decirme dónde está el manuscrito y, en ese caso, te ayudarte a salir de aquí. —No me fiaba de ese hombre, sabía que no solo quería el manuscrito, sino también mi muerte. No le respondí—. A ese fraile lo he asesinado yo, es más, la nota la escribí para que te culparan, ya que sabía que tarde o temprano vendrías a la abadía. No tienes salida. —No pronuncié palabra alguna—. Muy bien, si es lo que quieres, daré instrucciones precisas de que no te traigan ni comida ni agua, al final me lo dirás. Eres igual que las de tu estirpe, prometí mataros a todas... Contigo cumpliré mi juramento, pero antes me dirás dónde lo escondes, por las buenas o por las malas.

Cuando salió suspiré, sabía que ese monstruo era capaz de todo. Estaba sedienta. Había pasado mucho tiempo, de hecho había perdido la noción del tiempo. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. ¿Este va a ser mi final? No, tenía que haber otra salida. Oí ruidos, pero apenas tenía fuerzas para escuchar e interesarme por lo que estaba ocurriendo. La puerta de la celda se abrió con brusquedad, creí que estaba viendo alucinaciones, ¡Aldan!

—¡Katherine!, amor mío —me dijo mientras se acercaba a mí. Me levantó en brazos y rodeó su cuello. Le acaricié la mejilla.

—¡Por fin te encontré! Te amo, Aldan Macrae. He cumplido mi promesa, mi escocés. —Apoyé la cabeza sobre su hombro, feliz, y sentí que me besaba la cabeza. Ahora estaba segura, por fin con él, volvíamos a estar juntos.

Ya nada importaba, lo que pudiese pasarme ya era secundario. Salimos al exterior de la abadía, escuché la voz de Murdor.

—Toma. —Aldan me dio de beber—. ¿Mejor? —Asentí.

—¡Regresé a ti! —Él me sonrió, acarició mi mejilla con su mano y retiró un mechón de pelo que se había escapado del peinado. Mi ropa ya no era la que llevaba a la salida del B&B, volvía a pertenecer a la época de él. Me dejó en el suelo y me besó. No dejaba de mirarme y retenerme entre sus brazos. Murdor se giró dándonos la espalda, pero se lo veía impaciente.



—¡Cuánto te he echado de menos! —le dije.

—Yo también, amor mío —dijo estrechándome con fuerza entre sus brazos —. Pero tenemos que marcharnos, nos persiguen.

—No, Aldan, tengo el manuscrito, hay que dárselo al fraile.

—Tranquila, sé dónde está. Nos aguardan en el río. Allí nos esperan los caballos. ¿Puedes andar? —me preguntó. Asentí.

Empezamos a caminar en dirección al río, pero en ese instante escuché su voz, no estábamos solos. Hernes estaba tras nosotros, no sabía cómo había llegado hasta allí, me amenazaba con la punta de su espada, se acercó a mí con gran agilidad y me atrajo hasta donde él estaba.

—Sabía que me habías engañado y que tenías el manuscrito —dijo.

—¡Suéltala! —gritó Aldan.

—¡Ja, ja, ja! No, cogeré el documento y después la mataré. Lo tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

—¡Suéltala!

—Aldan Macrae, eres un ingenuo. Así te pasa, que hasta los hombres de tu confianza te traicionan y tú ni te das cuenta.

—¡No sé a qué te refieres! —respondió Aldan.

Hernes le lanzó un papel que extrajo de su bolsillo.

—¡Léelo! Uno de tus comandantes informa de tus pasos. Quiere que mueras, ansía ser el laird del clan Macrae. —Aldan palideció, quería coger el papel para ver quién lo firmaba, pero no podía bajar la guardia.

—No te creo —respondió. Murdor se movía despacio mientras él hablaba.

—Ya todo da igual porque os mataré a todos.

En ese momento el hombre que acompañaba al fraile le dio un golpe por la espalda que lo hizo caer. Aldan me puso tras él y fue directo a luchar con Hernes. Se golpeaban ambos con violencia, pero Aldan era ágil y muy rápido le dio un fuerte golpe en el vientre, Hernes cayó al suelo y Murdor hundió su acero.

—Hoy estarás donde te corresponde. ¡Púdrete en el infierno, allí te espera tu

amigo Monfort! —dijo Aldan mientras Hernes daba su último suspiro.

Murdor cogió el papel y palideció al ver su contenido, se lo mostró a Aldan quien lo dobló y se lo guardó.

Me abrazó con fuerza y me besó.

—Nos vamos a casa, amor mío —me dijo.

Enseguida vi aparecer al fraile. Este nos sonrió.

—Esto es para usted —le dijo Aldan entregándole el manuscrito.

—Ahora los llevaré a un sitio seguro. Los dos documentos deben estar apartados de los hombres, al menos por el momento, hasta que llegue el día en que no quieran matar por obtenerlo.

Los vimos alejarse. Aldan me subió a su caballo y él se ubicó detrás de mí, me tapó con su tartán y yo me recosté sobre su pecho, cerré los ojos. Por fin estaba con él, me sentía segura, feliz.

No recuerdo el tiempo que estuvimos cabalgando, cuando el animal se detuvo desperté. Me había quedado dormida a pesar de lo incómodo que era ir a caballo. No debíamos estar muy lejos de Skye. Aldan me ayudó a bajar. Me miró y me regaló una de sus bonitas sonrisas.

—Volviste a mí —me dijo—. Te he echado mucho de menos. ¿Dónde estuviste, milady?

—Regresé y estuve bastante tiempo recuperándome de la herida, sobreviví por ti. No sabía cómo encontrarte, pero... —le iba a decir lo de los ancianos de Skye, pero me detuve a tiempo, no quería influir en el transcurso de los acontecimientos, tampoco en sus decisiones ni preocuparlo más de lo que estaba—. Por fin supe que si regresaba a la abadía y me deshacía del manuscrito podía regresar a ti. Sentía que estabas allí. Te vi en el acantilado.

—Y yo a ti. Mi corazón se rompió en dos cuando te dejé de ver —me susurró.

Me cogió de la cintura y me atrajo hacia él, bajó su rostro y nuestros labios se rozaron sintiendo la suavidad y el placer del contacto de nuestras bocas. Levantó su mirada y me abrazó con fuerza, como si temiera perderme.

—No dejaré que te vuelvas a ir de mi lado, no lo soportaría otra vez.

—No lo haré, escocés. Yo tampoco lo soportaría.

Fui al río para asearme mientras Aldan hablaba con Murdor, no les entendía porque hablaban muy bajito y en gaélico, los notaba preocupados. Me parecía mentira ver a Murdor y saber que sus descendientes recordarían sus historias y revelaciones siglos después. Noté que Aldan se tocaba el costado, entonces me percaté que tenía sangre.

—¡Déjame que te vea eso, Aldan! —le ordené.

Tenía buen aspecto, la herida cicatrizaba.

—Está mucho mejor, Katherine. Por el momento no hay que preocuparse.

—No hagas esfuerzos porque se te abrirá y sangrarás como ahora.

Tomamos algo y retomamos el viaje, los veía a ambos inquietos, deseando llegar al castillo.

Cuando los aldeanos y sus hombres nos vieron llegar empezaron a gritar todos de alegría, los niños corrían a nuestro alrededor. Aldan les sonreía. Nos detuvimos. Me ayudó a bajar del caballo. Enseguida su hermano lo vio y se acercó con rapidez para abrazar a Aldan. Ailbert también se acercó y les dio la bienvenida al igual que sus otros soldados y comandantes. A pesar de la alegría que Aldan mostraba, yo sabía que algo le preocupaba. Nos metimos en el castillo, Aldan dio instrucciones que me acompañaran a la habitación, sabía que necesitaba descansar. Estaba tenso e impaciente y no comprendía muy bien qué era lo que le pasaba porque apenas habíamos tenido tiempo para estar los dos solos y hablar con tranquilidad. Cuando entré en la habitación me sentí feliz. Me aseé y miré por la ventana que daba al patio de armas, no había nadie, se habían reunido. Me acosté.

—Señorita —me asusté y me incorporé con rapidez—, el laird Macrae la espera en la sala grande para la cena.

—Muchas gracias, enseguida bajo.

Aldan estaba solo, me extrañó que no estuvieran ni su hermano ni Murdor ni sus hombres. Al verme se levantó, vino hacia mí y me rodeó con sus brazos,

sin dejarme hablar me besó dejándome sin palabras ni aliento, deseé más, pero me guiñó un ojo y me retiró la silla para que me sentara.

—Me parece mentira estar contigo otra vez —me dijo—. Jamás he tenido miedo ante nadie ni nada, pero ahora siento pánico de que desaparezcas.

—Eso no va a volver a suceder, yo ya he tomado una decisión, mi vida está junto a ti.

—No lo aguantaría. Lloré tu ausencia. Te amo. —Me besó. Levantó su mirada y guardó silencio, sabía que me tenía que decir algo que le inquietaba—. Katherine, en estos días va a haber muchos cambios que van a afectar a nuestras vidas. Los integrantes de mi clan son muy importantes para mí, pero tú lo eres más que todos ellos. Sin ellos podría vivir, sin ti no, mi vida sería un suicidio. —Tapó su rostro con ambas manos.

—¿Se puede saber qué es lo que estás queriéndome decir? —le pregunté impaciente.

—A Simón de Monfort lo matamos, y aunque Kimball y Korvan estaban allí, al fin y al cabo ellos no son escoceses y el rey inglés jamás se enfrentaría a ellos. Yo estoy en el punto de mira, quedándome aquí pongo en peligro a mi clan, a mi gente y a ti. Además, aunque la orden del Dragón ha quedado sin maestro por la muerte de Monfort, ellos volverán a reorganizarse, y no solo querrán el manuscrito, que los llevará a ti, sino que desearán vengarse de la muerte del conde. Nos vamos a marchar muy lejos de aquí, amor mío, al norte, allí están el castillo y las tierras de mi madre y creo que es el momento de ir allí, en ese lugar nadie nos encontrará.

—¿Y no echarás de menos a tu gente y tus tierras? —Me acerqué a él, él me cogió la mano y tiró de mí forzándome a sentarme sobre sus rodillas. Me miró a las pupilas, me acarició la mejilla y sonrió.

—No, si estoy contigo no echaré de menos nada de esto. Además, Murdor quedará como jefe y, aun así, vendrá a verme y a ponerme al día de todo lo que pase. En las tierras de mi madre también hace falta que yo esté. Recuerdo haber ido en varias ocasiones, fui muy feliz, esos valles tienen algo especial,

se respira paz.

—Entonces emprendamos ya el viaje —le dije rodeándole el cuello y besándolo.

—Sí, partiremos en breve, pero antes tengo que dejar zanjados algunos asuntos. Tienes que ir preparando tus cosas, tu padre mandó traer un arcón. Por cierto, tu padre está de camino para venir a verte, estará bien para que te despidas. —Asentí mientras revolvía su pelo con mis dedos. Me cogió entre sus brazos y fue directo hacia las escaleras.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? —le pregunté.

—Estoy deseando llevarte a la cama y demostrarte lo mucho que te amo. —Subió las escaleras con rapidez y abrió la puerta de la alcoba con la punta de su bota, esta se cerró tras nosotros. Me dejó sobre la cama y él se puso a mi lado, rodeándome con sus brazos—. Quiero hacerte sentir única y especial para mí. —Me besó.

¡Cómo había necesitado y deseado sus caricias! Lo deseaba y no quería que se detuviera. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo hasta hacerme temblar con su roce. La noche era para nosotros.

## Capítulo 41

La observaba mientras dormía, ¡qué bonita era y cuánto la amaba! No quería despertarla; además debía marcharme sin que ella estuviera despierta pues sabía que se iba a disgustar y quería evitar ese enfrentamiento con ella. Era la hora, Kimball ya había llegado con Elizabeth, Eamon, Begira y el padre Lean. Los cuatro se quedarían aquí con Katherine mientras Kimball se unía a mí y a mis hombres, teníamos que destapar al traidor, después me iría con Katherine a nuestro futuro hogar, allí seríamos felices. Además, ella debía esperar a su padre, y así mientras yo estuviera lejos, Katherine podría despedirse de él.

A pesar de que los caballeros de la orden del León nos habíamos despedido, Kimball quería hacer un viaje hasta Inverness, allí Beth y Eamon buscarían al fraile de la abadía de Kinloss, intuían que debía estar en ese lugar oculto. Pero su viaje esperaría unos días más, ya que mi amigo se ofreció a ayudarme en cuanto supo de la traición de uno de mis hombres. Begira y el padre Lean también los acompañarían hasta Inverness.

Todos mis soldados, incluido mi hermano, me esperaban en el patio de armas, Kimball se acercó a Elizabeth y Eamon.

—Elizabeth, cuida de Katherine.

—Descuida que lo haré. Y vosotros cuidaros.

—Pronto estaremos de regreso, Beth.

—¿Se puede saber a dónde nos dirigimos? —preguntó Ailbert.

—A las Tierras Bajas —le respondí.

—¿Para qué vamos allí? —preguntó mi hermano.

—Enseguida lo descubrirás —respondió Murdor.

Cabalgábamos y yo observaba al traidor, cómo podía haberme hecho eso, yo confiaba en él. Pero no le importó venderme al conde inglés con tal de hacerse jefe del clan.

—Aldan, ¿quién más sabe lo del traidor? —preguntó Kimball.

—Murdor. El resto de mis hombres desconocen la traición.

—Los caballeros de la orden del Dragón volverán a organizarse, querrán venganza —me dijo Kimball.

—Lo sé, pero para entonces yo ya estaré lejos, parecerá como si me hubiera muerto y a ella la hubiese perdido para siempre. Esa roca simulará mi tumba y si alguien osa vengarse, Murdor lo llevará hasta allí para que no duden de lo que él les diga.

—Lo has pensado mucho.

—Sí, y estoy decidido a hacerlo. Es la única manera de que la vida de ella esté a salvo —le respondí.

—Vendrán tiempos difíciles para todos. El rey inglés apoya a los barones ingleses que quieren apropiarse de las tierras escocesas, las reclaman como suyas —me dijo Kimball.

—Sí, pero los escoceses jamás permitiremos que nos quiten lo que nos pertenece, si quieren guerra la tendrán, Kimball. —Mi amigo permaneció en silencio, mirando al frente.

Habíamos llegado al punto colindante con tierras inglesas, en ese lugar, lleno de acantilados y repleto de zonas agrestes y salvajes, es donde lo descubriría. Estaba dolido por haberme hecho tanto daño y vendido a los ingleses solo por querer el puesto de jefe.

Bajamos de los caballos. Kimball se puso a mi lado, ambos con los brazos cruzados y las piernas abiertas. Murdor se posicionó tras de mí.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó uno de mis guerreros.

—¿Tú qué crees, Ailbert? —le pregunté.

—¿A qué te refieres, Aldan? —preguntó Ailbert.

—Dímelo tú —dije con ironía.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó mi hermano.

—Creo que es hora de que te marches a otras tierras. Sale un barco en breve para Francia, debes ir allí —dije—. En realidad tienes suerte.

—¿Por qué dices eso, Aldan? —Le di el escrito de Hernes, Ailbert lo leyó y se empezó a poner nervioso.

—No quiero volver a verte por tierras de los Macrae. Y antes de que me arrepienta de no haberte dado el castigo que mereces, apúrate a coger ese barco.

Ailbert agachó la cabeza, no rechistó y se dio prisa en ir a la playa.

—Pero... ¿se puede saber por qué se va? —preguntó mi hermano.

—Ha traicionado a tu hermano. Les vendió información a los ingleses a cambio de quedarse con el puesto de laird —dijo Kimball.

—Aprovecho ahora que estáis aquí para deciros que el nuevo laird va a ser Murdor, hasta que mi hermano esté preparado para asumir la jefatura del clan —le dije a todos mis soldados.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono.

—Amo a mi mujer y por culpa de él ella puede correr peligro, no estoy dispuesto a ello. Todos tienen que creer que yo he muerto y que ella no está viva. Levantaré una piedra en el acantilado donde se grabará mi nombre y una frase que así lo confirme.

—¿Adónde irás, hermano?

—A las tierras de nuestra madre, pero esto jamás podrá salir de entre nosotros.

Me aseguré desde los acantilados que Ailbert embarcara y se alejara de tierras escocesas. Por mucho que me doliese él no merecía estar entre nosotros ni en nuestro clan.

Emprendimos la marcha hacia Skye, estaba deseando ver a Katherine y tenerla entre mis brazos.



## Capítulo 42

No entendía por qué se había marchado sin despedirse de mí, quería haberle dicho lo mucho que lo amaba y que regresase pronto, abrazarlo y besarlo, pero me sentí frustrada al levantarme y no verlo y ni siquiera notar el calor de su cuerpo a mi lado en la cama.

Me sorprendí al encontrarme en el jardín a Elizabeth, Begira, también estaba con ella el hijo de Kimball, Eamon. Me acerqué a ellos quienes sonrieron al verme.

—¡Katherine!, qué alegría que estés otra vez junto a nosotros —me dijo Elizabeth.

—Sí, he regresado, pero Aldan se ha vuelto a marchar.

—Bueno, esto es algo habitual entre los caballeros del León —dijo Beth, era como la llamaba su esposo. Miró a Eamon—. Eamon, ve a ver al padre Lean —le habló muy despacio—. Es mudo, pero ha mejorado bastante, dice algunas palabras. —Me sonrió—. Katherine, hay algo que Begira y yo te queremos contar. Bueno, más bien ella. —Miró a Begira.

—Sí, a lo largo de todos estos años hice un juramento para que algún día regresaseis a mí. Ana hoy no está, pero a ella también se lo expliqué durante su última estancia en Essex. Vosotras tres fuisteis las elegidas, vuestra sangre es la misma y vuestros antepasados son mujeres de mi estirpe, de mi sangre, de mi familia. Ellas hicieron un juramento para que las reliquias sagradas que trajo José de Arimatea y las de san Andrés fueran guardadas y escondidas en

algún lugar donde los hombres del Dragón no pudiesen descubrirlo. Un grial, un anillo y un manuscrito que revelaban el lugar exacto donde se escondían las reliquias de san Andrés. Estas mujeres se enfrentaron a los caballeros del Dragón que querían hacerse con ellas y profanarlas. Su ambición y ansias de poder les hacían querer apoderarse de ellas y utilizarlas para sus ritos satánicos. Pero jamás lo permitiríamos. Yo vi morir a cada una de esas mujeres, pero cada una de ellas dejó una hija escogida con un don especial. La Puerta de los Hombres solo se abriría para ellas y pasarían los años y los siglos hasta que llegase el momento adecuado en que tres caballeros, elegidos por su sangre, las protegiesen y ayudasen a terminar lo que nunca se finalizó. Vosotras sois esas niñas y vuestros hombres son los escogidos para tal misión.

—¿Y tú quién eres, Begira? —le pregunté.

—Yo siempre he estado a vuestro lado en todo momento, para guiaros y despertar en vosotras esa inquietud de saber quiénes eráis en realidad y llevaros al lugar que os corresponde. Yo era la anciana del hospital que se encontró Elizabeth cuando regresó a su época después de estar con Kimball, la mujer que aparecía en su vida sin saber ella quién era; la abuela de Ana que la guio hacia la época y el lugar que le correspondía junto con su antepasada, y la pitonisa a la que tú acudiste y te explicó las cartas. Lo demás teníais que descubrirlo vosotras y yo no podía desvelaros más porque si no podía poner en peligro vuestras vidas y provocar que se cerrase la Puerta de los Hombres para siempre. —En ese momento recordé los ojos de la pitonisa, siempre tuve la sensación de que la conocía, ahora reconocía el azul en los de Begira—. Vosotras sois las descendientes de mi sangre y vuestros hijos continuarán vuestra estirpe. En cada una me manifesté de manera diferente, pero siempre he estado a vuestro lado para ayudaros y guiaros aunque nunca os hayáis dado cuenta. Vuestro lugar está aquí, con los hombres que fueron escogidos para vosotras y que siempre os han estado buscando y esperando. Vuestras almas se pertenecen, son almas gemelas que han vagado por el tiempo hasta encontrar su otra mitad. —Miré a Beth.

—Yo ya lo sabía, te lo pensábamos decir cuando desapareciste y temimos que nunca regresaras —dijo Elizabeth.

—Me cuesta entender todo esto.

—Lo sé —dijo Begira—. Con el tiempo todo volverá a su ser y tus recuerdos de la época que viviste en estas tierras se harán más presentes e irás olvidando tu vida futura.

—Solo tienes que centrarte en ser feliz con Aldan —dijo Elizabeth—. Yo jamás regresaría a mi vida anterior, lo amo y sin él nunca sería feliz. —Eamon se reía con el padre Lean. Beth lo miraba.

—Él es el guardián —dijo refiriéndose a Eamon—, elegido para proteger las reliquias. Irá con el padre Lean y el fraile hasta el lugar donde las esconderán y protegerán. Él ahora tendrá que seguir su camino. Lo echaremos de menos, pero sabe que es su misión. Nosotros los acompañaremos.

Los días pasaban y Aldan no regresaba. Agradecí que Elizabeth estuviese allí al igual que Begira, su compañía hacía que durante el día estuviese distraída.

Aquella mañana decidí coger mi caballo e ir al acantilado donde descubrí la piedra. Dejé al animal y anduve hasta el mismo límite donde la tierra acaba y el mar comienza. Observé el horizonte azul, extendí los brazos, respiré, me sentía libre, en paz, había encontrado mi lugar. Cerré los ojos y escuché el oleaje que rompía con violencia sobre las rocas, las gaviotas, el murmullo de las hojas rozar con los árboles y entonces lo sentí, sabía que era él, no estaba sola. Abrí los ojos, pero antes de darme la vuelta, sentí sus fuertes brazos rodearme la cintura y la suavidad de sus labios sobre mi cuello, entonces me giró para ponerme frente a él, no me dio tiempo a decir nada, sus labios sellaron mi boca y yo rodeé su cuello, quería alargar aquel momento. Lo había esperado tanto tiempo que no quería que se alejara de mí. Me miró y me sonrió.

—Mi escocesa —me dijo con cariño—. Ahora sí, amor mío, tenemos toda una vida por delante para nosotros. Te amo, nadie nos podrá separar ya.

Cuando te marchaste me hice una promesa y hoy, por fin, se ha cumplido.

—¿Ah, sí? —le dije mientras acariciaba su mejilla.

—Sí, por fin puedo descansar porque estás junto a mí y sé que nadie te podrá arrebatarme de mi lado.

## Capítulo 43

Acababa de llegar de la reunión secreta con mis amigos, los caballeros del León. Una semana sin ver a mi escocesa, la echaba de menos, no había noche que no mirase las estrellas y pensase que era el mismo cielo y la misma luna que ella estaría observando. Deseaba estar con ella, besar su sonrisa, perderme en su mirada.

Estaba orgulloso de Katherine, se había adaptado a las frías tierras del norte y a la gente cerrada de allí; es más, se había ganado el cariño de todos hasta tal punto que las mujeres y jovencitas de la aldea siempre iban a ella a pedirle consejos y no hacían nada sin esperar su respuesta.

Todos los campesinos al verme me rodearon y me dieron la bienvenida. Bajé de un salto, buscándola.

—Si busca a la señora no está, se ha ido a la cascada —me dijo una de las ancianas de la aldea sonriéndome. Se lo agradecí.

Me adentré por el espeso bosque y llegué al lugar que tanto nos gustaba. Ante mí tenía la gran cascada azul, así la llamaban los aldeanos. Enseguida la vi, le gustaba mojarse los tobillos y contemplar la gran cola blanca que caía desde una gran altura con fuerza. La observé, me encantaba hacerlo. Ya no podía esperar más, estaba a solo unos pasos de ella y ansiaba rodearla con mis brazos para besarla. En ese momento me acerqué para sorprenderla, pero ella se giró con rapidez, me apuntaba con la espada que le regalé, sonreía.

—Sabía que eras tú. Qué pensabas, ¿qué esta vez me ibas a sorprender? He

aprendido a escuchar en el silencio de la naturaleza y a identificar cualquier ruido.

—¿Ah, sí? —dije mientras me acercaba con lentitud hacia donde estaba ella —. ¿Y qué vas a hacer si me acercó a ti? —le dije mientras ella daba pequeños pasos para atrás conforme yo avanzaba. La cogí con rapidez de la muñeca y me hice con su espada—. Amor mío, todavía tienes que aprender a evitar que se hagan con tu arma. —Le rodeé la cintura y la aproximé a mí—. Yo te enseñaré, aunque te advierto que a mí nunca podrás vencerme.

—¿Ah, no? —En ese momento rozó con sus labios mi cuello y fue besándome la mejilla hasta sentir su boca sobre la mía. ¡Cuánto la necesitaba! Sin darme cuenta se hizo con mi espada.

—Mi escocés, nunca te relajes con una mujer. —Me guiñó un ojo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Cuánto te quiero, Katherine!

La atraje hacia mí y la besé, la cogí en brazos.

—¿Se puede saber adónde me llevas, Aldan Macrae? —me preguntó.

—A demostrarte lo mucho que te amo.

FIN

## Agradecimientos

A mi hermana, ¡qué haría sin ti! Te quiero mucho.

A mi padre, el hombre de mi vida.

A mis peques, os quiero.

A Rosa, mi gran apoyo, confidente, lectora cero y una gran amiga.

A Lola Gude, gracias por tus ánimos, ayuda y consejos. Sé que siempre estás ahí.

A la editorial y todo el equipo de profesionales que han hecho posible que *La promesa* vea la luz.

A todos los lectores que leen mis novelas y que con sus comentarios me animan a seguir escribiendo.

A mis compañeros y compañeras de editorial, grandes escritores que me ayudan a avanzar y mejorar en este mundo.

Gracias, gracias, gracias...

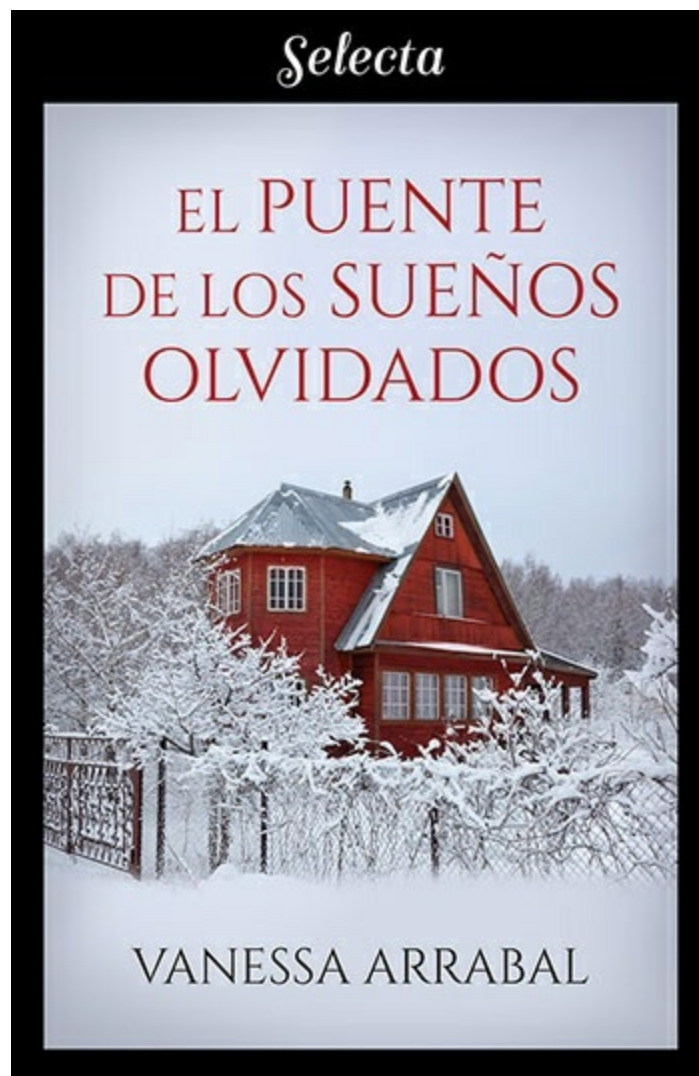
Si te ha gustado

*La promesa*

te recomendamos comenzar a leer

*El puente de los sueños olvidados*

de *Vanessa Arrabal*





A veces la vida te conduce por recovecos que jamás querrías haber explorado. Me llamo Diana Aranda y esta es mi historia.

El día que encontraron muerta a Sandra Rueda, la niebla había invadido cada rincón de Zumaque. La bruma helada se había apoderado del pueblo y sus características casas construidas con pizarra emergían de las densas nubes, a ras de suelo, como gigantes de piedra engullidos por el humo. Resultaba cuanto menos curioso que, en aquellas condiciones de visibilidad prácticamente nula, esos niños hubieran atisbado su cuerpo junto al arroyo, bajo el puente de piedra que era imagen de las postales y folletos informativos del pueblo: el Puente de los Sueños Olvidados. Cuentan que fue un famoso escritor norteamericano quien, sobrecogido por la belleza del lugar y de la antigua construcción, dio nombre al puente hace más de un siglo atrás. Los más incrédulos aseguran que nunca ningún escritor visitó Zumaque, que fue el borracho del pueblo quien, en una noche de parranda, despertó a todos los habitantes recitando poesías desde el puente y, en un alarde de inspiración etílico, lo bautizó con la famosa denominación. Sea como fuere, el Puente de los Sueños Olvidados había ganado fama gracias a su romántica designación y no eran pocos los turistas que se atrevían a subir la angosta carretera de montaña, cámara en mano, con el fin de inmortalizarse junto a él. Yo misma me había hecho varias *selfies* con el puente en segundo plano al tercer día que había llegado a Zumaque, tan solo cuatro meses antes.

La temperatura del mercurio apenas rondaba dos escasos grados sobre cero esa mañana del 9 de enero. No nevaba, pero el suelo estaba mojado y resbaladizo a causa de la niebla. Yo me había calzado las botas de montaña, mi inseparable abrigo blanco con pelo por dentro y las orejeras rosas que tantas críticas me habían granjeado entre los locales. Había bajado al pueblo andando, escuchando música a través de los auriculares —protegidos por las orejeras—, recordando episodios de la noche anterior. Necesitaba ver a Dani y contarle mis impresiones sobre todo lo sucedido. Alexander me vio justo cuando salía de la casita y se ofreció a bajarme en coche. Rechacé su oferta,

no quería complicaciones; empezaba a no fiarme de él después de lo que había visto. Durante el trayecto me alegré de haber bajado andando. Ir en coche con aquella niebla era una temeridad; también lo era descender a pie, pero tuve la precaución de bajar por el arcén izquierdo junto a la montaña. La probabilidad de que algún coche subiera en dirección contraria era casi inexistente, así que me dejé atrapar por mis pensamientos con tranquilidad mientras me abría paso entre la densa bruma.

Nada más llegar a Zumaque, percibí que la rutina inquebrantable del municipio había sido modificada. Los zumaqueños habían dejado sus puestos de trabajo y, a pesar del frío y la niebla, se arremolinaban en corrillos de diversos tamaños sobre las calles empedradas. Pude oírlos antes que verlos; su parloteo los anticipaba mucho antes de que la niebla los hiciera visibles. Todos parecían contrariados, aturdidos. Me deshice de las orejeras con el fin de aguzar el oído y enterarme del motivo de su excitación, pero había tantas lenguas funcionando a la vez que apenas pude distinguir un par de palabras sueltas: horrible e inaudito. Si hubiera estado en mi pueblo, no habría dudado ni dos segundos en preguntar qué había ocurrido, pero en Zumaque me sentía aún una extraña y el carácter sombrío de algunos lugareños no invitaba precisamente a la sociabilización. Estimé que lo más oportuno era esperar a que Dani me contara lo sucedido. Por suerte El Alquimista estaba a tan solo unos pasos; en realidad en Zumaque todo estaba a unos pocos pasos. Bajo el letrero verde con letras moradas que rotulaban el nombre de la cafetería, un grupo compuesto por dos mujeres y tres hombres formaban un nuevo corrillo. Una de las mujeres se llevaba las manos a la boca en señal de espanto y pude escuchar a otra diciendo: «Es espeluznante, ¿cómo ha podido suceder?». La curiosidad me carcomía y me apresuré a entrar en El Alquimista ávida de información.

Empujé con ansia la puerta de cristal con molduras de madera blanca y la campanilla que colgaba del techo tintineó avisando de mi llegada. Para mi sorpresa no había nadie a quién avisar. Lo normal a esa hora —la del

desayuno tardío de los sábados— era que encontrar un sitio libre para tomar un café y comer uno de los deliciosos bollitos de canela marca de la casa fuese una misión complicada, pero estaba claro que ese no era un sábado normal. Todas las sillas estaban vacías; en las mesitas blancas de madera, algunas tazas con restos de café y platos con migas de pan delataban que lo que quiera que hubiese sucedido esa mañana en el pueblo había acelerado el desayuno de los clientes habituales de El Alquimista. Ni siquiera Dani estaba apostado tras la barra, como era habitual.

—¿Holaaaaaa? ¿Hay alguien aquí? —pregunté acercándome a la barra, reparando en que los adornos de Navidad aún decoraban las paredes.

Al instante Dani salió tan apresuradamente de la cocina que olvidó agacharse y se golpeó la cabeza con el marco del hueco en la pared que hacía de puerta de acceso entre las dos estancias. Dejé escapar un silbido que evidenciaba mi empatía con su dolor.

—Ah, hola, Diana. Perdona, no había oído la campanilla.

No era el saludo que esperaba de él y menos después de lo de la noche anterior. Parecía distraído, ensimismado, pero al instante recobró la percepción de dónde se hallaba o eso me pareció. Cambió el semblante distante de su rostro por uno que reflejaba su asombro y consternación y, como si me hubiera vuelto a ver por primera vez esa mañana, me preguntó:

—¿Te has enterado ya? ¿Sabes lo que ha pasado?

—No, pero esperaba que tú me lo contaras. ¿Qué demonio ha pasado esta mañana en este pueblo?

Me abrazó de improviso. En cualquier otra circunstancia, era muy probable que yo hubiera tomado el gesto como una señal clara de sus sentimientos hacia mí y se lo habría devuelto. Aún más, habría acercado mis labios entreabiertos al lóbulo de su oreja de proporciones perfectas acabadas en punta, como la de los duendecillos traviosos, y lo habría mordido suavemente para probar el sabor de su piel con la punta de mi lengua. Pero en aquellas extrañas circunstancias, su abrazo solo parecía lo que era: el prelude de una terrible

noticia. Deshizo el nudo de sus brazos para cogerme con dulzura de los míos. Sentí calor, en parte porque aún no me había quitado el abrigo y en parte porque los nervios elevaban mi temperatura corporal. Me miró a los ojos sin pestañear y soltó la bomba sin artificios ni rodeos:

—Han encontrado muerta a Sandra.

El suelo se resquebrajó bajo mis pies como si, en lugar de estar posados sobre las losetas de cuadros blancos y negros de El Alquimista, lo estuvieran sobre un lago helado. Esas cinco palabras habían originado en mi mente un batiburrillo de pensamientos que pugnaban entre ellos para sacarme de la conmoción. Mientras luchaba con las diversas imágenes que mi cerebro proyectaba, intenté ganar tiempo para procesar lo ocurrido con una pregunta absurda cuya respuesta era más que evidente.

—¿Qué Sandra?

—Sandra Rueda —contestó Dani con voz grave, con sus pupilas fijas en las mías y con sus brazos, que todavía me sujetaban.

—Pero no puede ser, yo estuve anoche con ella. Estaba bien, estaba...

Me interrumpí al ser consciente de lo ridículo de mis palabras, como si el hecho de haberla visto estando viva poco antes imposibilitara la tragedia, como si no fuera justamente la vida la que hace posible la muerte.

Me senté ayudada por Dani en una de las sillas verdes de la cafetería.

—¿Cómo ha sido? —me atreví a preguntar.

—Unos chicos la han encontrado temprano esta mañana. —Dani hablaba de manera pausada intentando transmitirme calma, pero era evidente que luchaba por contener el nudo de su garganta—. El hijo del carnicero y su primo... Los pobres no tienen más de nueve o diez años. Menudo mal trago.

Dani hizo una pausa para tomar aliento, pero debió notar la impaciencia en mis ojos y prosiguió raudo con el relato:

—Se dirigían al bosque y, al cruzar el puente, se detuvieron para jugar un rato en la orilla del arroyo cuando tropezaron con algo. A esas horas la niebla era espesa en ese punto y al principio creyeron que habían topado con un

animal muerto. Incluso se quedaron jugando allí un poco hasta que a uno de ellos le pareció ver una mano. Regresaron asustados a casa y se lo contaron a sus padres.

Me costaba asimilar la información; todo parecía irreal. No podía ser que Dani estuviera contándome esa historia, que bien parecía el comienzo de una novela negra.

—Pero ¿seguro que es Sandra?

—Sí, es Sandra. —Me tomó las manos al afirmarlo y sentí, para mi propia sorpresa dadas las circunstancias, que se me erizaban los vellos de los brazos—. Los padres avisaron al jefe de policía y con él se dirigieron al puente para comprobar la historia de los chicos, aunque no se lo habían tomado muy en serio. Me han dicho que se quedaron petrificados al ver el cuerpo. La reconocieron de inmediato; todo el pueblo conoce a Sandra. ¿Y sabes qué es lo peor?

Lo miré resignada, convencida de que no podía haber nada peor que aquello que me relataba, pero Dani prosiguió sin poder contener por más tiempo la amargura en su tono de voz.

—Lucía, la madre de Sandra, estaba aquí desayunando café solo y tortitas con mermelada. Jamás voy a poder olvidarlo; fue su último desayuno siendo una persona feliz. —Se enjugó una lágrima con la manga de su jersey—. Y entonces vinieron, vinieron todos. El jefe de policía, el carnicero, su hermano y algunos otros que se habían ido enterando en el trayecto del puente a la cafetería. Se acercaron a su mesa y uno de los policías le pidió que por favor lo acompañara fuera. Pude ver el terror en el rostro de la madre de Sandra. No quería salir, no quería oír nada, como si fuera consciente de que, si escuchaba lo que querían decirle, su vida se rompería para siempre. El jefe de policía le dijo algo en voz baja y ella estalló en lágrimas. La ayudaron a levantarse de la silla y salió de aquí escoltada por algunos vecinos. No tardé en enterarme de toda la historia. Sigo en *shock*. Es terrible.

«Es algo más que terrible —pensé—; es imposible». Las lágrimas se

agolpaban en mis ojos, pero una parte de mí quería contenerlas en el lagrimal. Si daba rienda suelta a las emociones que me invadían, aquello se convertiría en real. Y no podía ser cierto. Sandra, mi Sandra, me negaba a creerlo. Era tan extraño. ¿Qué había podido sucederle en unas pocas horas? Eran las tres de la madrugada cuando la dejé como una rosa en la puerta de su casa y, apenas unas horas después, unos chavales encontraban su cuerpo junto al puente, en las afueras del pueblo, en dirección opuesta a su casa. No tenía sentido. Escenas de la noche anterior desfilaban por mi mente intentando recabar información. Entonces caí en la cuenta de que Dani no había mencionado la causa de la muerte. ¿Se había dado un golpe?, ¿había sufrido un desvanecimiento?

—¿Se sabe qué le ha pasado? Es decir, ¿se sabe cómo ha...? —me interrumpí al escuchar el tintineo de la campanilla.

Arturo, el jefe de policía, escoltado por otros dos agentes uniformados, irrumpían en ese momento en la cafetería. Pensé que era muy oportuno que hicieran una parada en El Alquimista: así obtendría información de primera mano de lo sucedido. Pero entonces ellos fijaron su atención en mí y, decididos, encaminaron sus pasos hacia donde yo me hallaba. Las sienes comenzaron a palpitarme presintiendo quizás lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Es usted la señorita Diana Aranda?

Asentí con un movimiento de cabeza y un temor en suspensión.

—Desde este momento queda usted detenida por el asesinato de Sandra Rueda Estévez.

## Un amor capaz de traspasar la línea del tiempo y una promesa que nunca será olvidada.



«Ahora puedo sentirte... ¡Vuelve a mí!». Mónica supo desde el primer momento que no había sido un sueño. Él había irrumpido en su vida de repente, sin previo aviso, para protegerla y ayudarla a cumplir una misión. Una pitonisa, una promesa hecha hace muchos siglos y una carta de un caballero de otra época irrumpirán en su vida hasta llegar a obsesionarla y forzarla a buscar respuestas a todas las incógnitas.

Aldan Macrae se resiste a realizar el deber encomendado por su padre: acompañar a un muchacho inglés hasta la abadía de Kinloss. Ese joven representa la esperanza para las Tierras Altas, pero el guerrero no considera que sea un cometido para el jefe del clan Macrae. Su actitud cambia cuando descubre que bajo esa apariencia de niño se esconde una bella dama, Katherine Dunnottar, una joven misteriosa que guarda un gran secreto. ¿Mónica o Katherine? ¿Pasado o Presente? Ella tendrá que elegir, pero antes deberá vencer sus miedos y peligros que desde el siglo XI la persiguen.

**Jimena Cook** nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.



Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Jimena Cook

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-57-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

La promesa

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Jimena Cook](#)

[Créditos](#)